

El Caso de Charles Dexter Ward

Por

H. P. Lovecraft

Freeditorial 

UN RESULTADO Y UN PRÓLOGO

No hace mucho que desapareció de un hospital privado para enfermos mentales cercano a Providence, Rhode Island, un individuo muy peculiar. Atendía al nombre de Charles Dexter Ward, y fue internado allí muy a su pesar por su afligido padre, que había visto cómo su enajenación pasaba de ser una mera excentricidad a una siniestra manía que implicaba tanto la posibilidad de tendencias homicidas como un profundo y extraño cambio en el aparente contenido de su imaginación. Los médicos admiten su considerable desconcierto ante el caso, puesto que ofrecía anomalías generales de carácter fisiológico y psicológico.

En primer lugar, el paciente parecía extrañamente mayor de lo que correspondería a sus veintiséis años. Es cierto que el desequilibrio mental acelera el envejecimiento; pero el rostro de este joven había adoptado un matiz que por norma general sólo adquieren los muy ancianos. En segundo lugar, sus funciones orgánicas mostraban unas extrañas proporciones sin parangón en la práctica médica. La respiración y el ritmo cardíaco manifestaban una sorprendente falta de simetría; había perdido la voz y no podía emitir sonidos por encima de un susurro; la digestión era increíblemente prolongada y estaba reducida al mínimo, y las reacciones neurológicas a los estímulos normales no guardaban relación alguna con ningún registro conocido, ni normal ni patológico. La piel tenía una sequedad y una frialdad enfermizas, y la estructura celular del tejido parecía exageradamente tosca e inconexa. Incluso había desaparecido una gran marca de nacimiento de color oliváceo de la cadera derecha y en cambio se le había formado en el pecho un lunar o mancha negruzca muy característica y que no tenía antes. En general, todos los médicos coinciden en que los procesos metabólicos de Ward se habían ralentizado de manera inaudita.

Psicológicamente, Charles Ward también era único. Su demencia no guardaba afinidad con ninguna de las recogidas en los tratados más modernos y exhaustivos, y se combinaba con unos poderes mentales que lo habrían convertido en un genio o en un líder si no se hubiesen pervertido y adoptado formas grotescas y extrañas. El doctor Willett, el médico de la familia Ward, afirma que, a juzgar por sus respuestas a preguntas al margen de la esfera de su locura, su capacidad intelectual había aumentado desde el ataque. Es cierto que Ward siempre había sido un erudito y estudioso de la Antigüedad, pero ni siquiera sus obras tempranas más brillantes exhiben la prodigiosa comprensión y profundidad demostradas durante los últimos reconocimientos llevados a cabo por los médicos. De hecho, tan lúcido y poderoso parecía el juicio del joven, que costó mucho conseguir una autorización legal para internarlo en el hospital; y sólo las pruebas aportadas por terceros, y el peso de las numerosas y anómalas lagunas de su intelecto a pesar de su inteligencia, permitieron por fin su internamiento. Hasta el momento mismo de su desaparición fue un lector insaciable y tan gran conversador como lo permitía su exigua voz; los observadores más avezados, que no supieron prever su fuga, predecían que no tardaría en dejar de estar bajo custodia.

Sólo el doctor Willett, que había traído a Charles Ward al mundo y había visto crecer su cuerpo y su espíritu desde entonces, parecía asustado al pensar en su futura libertad. Había pasado por una vivencia terrible y realizado un descubrimiento no menos terrible que no se atrevía a revelar a sus escépticos

colegas. De hecho, la relación de Willett con el caso supone también un pequeño misterio. Fue el último en ver al paciente antes de su fuga, y salió de aquella última conversación sumido en una mezcla de horror y alivio que muchos recordaron cuando supieron de la fuga de Ward tres horas más tarde. La fuga misma es otro de los enigmas sin resolver del hospital del doctor Waite. Una ventana abierta a diez metros del suelo difícilmente puede considerarse una explicación, y no obstante es innegable que tras la charla con Willett el joven había desaparecido. El propio Willett no ha dado explicaciones públicas, aunque, curiosamente, parece más tranquilo que antes de la fuga. Lo cierto es que hay quien opina que estaría dispuesto a decir más si pensara que iban a creerle. Había visto a Ward en su habitación, pero poco después de su partida los enfermeros llamaron en vano. Cuando abrieron la puerta el paciente no estaba y sólo encontraron la ventana abierta, la fría brisa de abril y una nube de fino polvo gris azulado que a punto estuvo de asfixiarles. Es cierto que los perros estuvieron aullando un momento antes, y que luego se calmaron a pesar de que no habían cobrado ninguna pieza. Enseguida avisaron por teléfono al padre de Ward, que se mostró más triste que sorprendido. Cuando el doctor Waite le llamó personalmente, el doctor Willett había hablado ya con él y ambos negaron tener noticia o haber sido cómplices de la fuga. Sólo a través de algunos amigos íntimos del doctor Willett y de Ward padre se han conocido algunas pistas, demasiado descabelladas y fantasiosas para darles crédito. La realidad sigue siendo que hasta el momento no se ha hallado ni rastro del demente desaparecido.

Charles Ward se interesó por la Antigüedad desde niño, sin duda inspirado por la venerable ciudad en que vivía y por las reliquias del pasado que abarrotaban hasta el último rincón de la antigua mansión de sus padres en Prospect Street, en lo alto de la colina. Con los años, su devoción por las cosas antiguas aumentó; de modo que la historia, la genealogía, el estudio de la arquitectura colonial, el mobiliario y la artesanía acabaron por eclipsar a todo lo demás en su esfera de intereses. Conviene tener presentes estos gustos al considerar su demencia, pues aunque no formen su núcleo esencial, sí desempeñan un importante papel en la superficie. Las lagunas de información que llamaron la atención de los médicos se referían todas a cuestiones modernas y, tal como demostró un hábil interrogatorio, habían sido invariablemente sustituidas por un excesivo aunque disimulado conocimiento de cuestiones pasadas; de modo que daba la impresión de que el paciente se trasladara literalmente a una época anterior mediante alguna oscura forma de autohipnosis. Lo raro era que Ward no parecía preocuparse ya por las antigüedades que tan bien conocía. Por lo visto, había perdido el interés por pura familiaridad, y hacia el final todos sus esfuerzos estaban obviamente concentrados en comprender esos hechos corrientes del mundo moderno que habían sido total e inconfundiblemente suprimidos de su conciencia. Hacía todo lo posible por ocultar tal cosa, pero para cualquiera que lo observara era evidente que todas sus lecturas y conversaciones estaban inspiradas por el frenético deseo de empaparse de conocimientos sobre su propia vida y el contexto práctico y cultural corriente del siglo XX, que debería haber poseído por haber nacido en 1902 y haberse educado en las escuelas de nuestro tiempo. Ahora los médicos quisieran saber cómo, en vista de esa disparidad de datos vitales, se las arregla el fugado para sobrevivir en el complicado mundo de hoy en día; la opinión predominante es que está oculto en algún lugar modesto y sosegado hasta que pueda recobrar la información sobre la vida moderna.

Los médicos no se ponen de acuerdo sobre el inicio de la demencia de Ward. El doctor Lyman la eminente autoridad de Boston, la sitúa en 1919 o 1920, durante el último año de estancia del muchacho en la Moses Brown School, cuando abandonó de pronto el estudio del pasado para embarcarse en el estudio de lo oculto, y se negó a presentarse a los exámenes con la excusa de que tenía cosas mucho más importantes que averiguar por su cuenta. Ciertamente así lo corrobora el cambio de costumbres de Ward y sobre todo su continua búsqueda en los archivos de la ciudad y en los antiguos cementerios de

cierta tumba excavada en 1771: la tumba de un antepasado llamado Joseph Curwen, algunos de cuyos documentos afirmaba haber encontrado detrás del enmaderado de una casa muy antigua en Olney Court, en Stampers' Hill, que, según se sabe, construyó y habitó Curwen. En general, es innegable que en el invierno de 1919-1920 se produjo un gran cambio en Ward, a partir del cual interrumpió sus indagaciones históricas y se dedicó a profundizar en materias ocultas tanto aquí como en el extranjero, con la única variación de esa extraña e insistente búsqueda de la tumba de su antepasado.

No obstante, el doctor Willett discrepa sustancialmente de esta opinión, basándose en su trato constante y cercano con el paciente y en ciertas pavorosas investigaciones y descubrimientos que hizo hacia el final. Dichas investigaciones y descubrimientos le han marcado de tal modo que no puede hablar de ellos sin balbucear y le tiembla la mano cuando intenta ponerlos por escrito. Willett admite que el cambio acontecido en 1919-1920 podría señalar el inicio de una progresiva decadencia que culminó en la horrible y extraña enajenación de 1928, pero apunta que sus observaciones personales le obligan a hacer más distinciones. Aunque admite sin reparos que el muchacho siempre fue de temperamento inestable, y con tendencia al entusiasmo exagerado en su respuesta a los fenómenos que le rodeaban, se niega a aceptar que la primera alteración señalara el verdadero paso de la cordura a la demencia, y la atribuye en cambio a la propia afirmación de Ward de que había descubierto o redescubierto algo cuyo efecto en el pensamiento humano iba a ser profundo y maravilloso. Es seguro que la verdadera demencia llegó con un cambio posterior; después de que descubriera el retrato de Curwen y los documentos antiguos; de que hiciese un viaje a varios lugares desconocidos en el extranjero y entonara ciertas terribles invocaciones en circunstancias extrañas y secretas; de que recibiese ciertas respuestas a dichas invocaciones y escribiese una desquiciada carta bajo circunstancias inexplicables y angustiosas; de la oleada de vampirismo y de las inquietantes habladurías de Pawtuxet, y de que la memoria del paciente empezara a excluir imágenes contemporáneas al tiempo que su voz se iba debilitando y su aspecto físico sufría las sutiles modificaciones que muchos notaron posteriormente.

Sólo entonces, apunta con agudeza el doctor Willett, los rasgos de pesadilla quedaron indudablemente ligados a Ward; y el médico asegura con un escalofrío que hay pruebas lo bastante sólidas para corroborar la afirmación del joven respecto a su crucial descubrimiento. En primer lugar, dos operarios de notable inteligencia vieron los antiguos documentos de Joseph Curwen, el muchacho mostró en una ocasión dichos documentos y una página del diario de Curwen al doctor Willett, y todos y cada uno de ellos parecían auténticos. El hueco en que Ward afirmaba haberlos encontrado era una realidad palpable y Willett tuvo ocasión de hojearlos por última vez en un lugar apenas creíble y cuya existencia es probable que jamás pueda demostrarse. Por otro lado, hay que tener en cuenta las coincidencias y los enigmas de las cartas de Orne y Hutchinson, la cuestión de la caligrafía de Curwen y lo que descubrieron los detectives sobre el doctor Allen; y a todo eso hay que añadir el terrible mensaje en letras minúsculas medievales hallado en el bolsillo de Willett cuando recobró el sentido tras su pavorosa vivencia.

Y lo más concluyente de todo son los espantosos resultados que obtuvo el doctor de cierto par de fórmulas en el curso de sus últimas investigaciones, resultados que prácticamente demostraron la autenticidad de los documentos y de sus monstruosas implicaciones, al tiempo que los arrancaron para siempre del conocimiento humano.

Hay que considerar la vida anterior de Charles Ward como algo tan perteneciente al pasado como las antigüedades que tanto amaba. En el otoño de 1918, con un marcado entusiasmo por la instrucción

militar de la época, había empezado el último curso en la Moses Brown School, ubicada muy cerca de su casa. El viejo edificio principal, levantado en 1819, había cautivado siempre su juvenil sensibilidad por lo antiguo, y el espacioso parque en que se halla la academia atraía su aguda pasión por el paisaje. Su vida social era escasa; pasaba las horas en casa, dando paseos por el campo, en la instrucción o en sus clases, buscando datos históricos y genealógicos en el Ayuntamiento, el Parlamento, la Biblioteca pública, el Ateneo, la Sociedad Histórica, las bibliotecas John Carter Brown y John Hay de la Universidad de Brown, y la recién inaugurada biblioteca Shepley de Benefit Street. Uno todavía puede imaginárselo tal y como era en esos días: alto, delgado y rubio, con ojos atentos y ligeramente encorvado, vestido con cierto descuido, y dando más una impresión de torpeza inofensiva que de atractivo.

Sus paseos eran siempre incursiones en el pasado, en los que se las arreglaba para reconstruir, a partir de los miles de reliquias de una ciudad antigua y elegante, un retrato vívido y coherente de los siglos pretéritos. Su casa era una gran mansión georgiana en lo alto de la escarpada colina que se alza justo al este del río; y desde las ventanas traseras de sus laberínticas alas podía contemplar con cierta sensación de vértigo los apiñados campanarios, cúpulas, tejados y torres de la ciudad y las purpúreas montañas que se levantan a lo lejos. Era su casa natal y la niñera lo sacaba en su cochecito por el precioso pórtico clásico de la fachada de ladrillo, pasaban ante la pequeña granja blanca construida doscientos años antes y engullida por la ciudad hacía tiempo y ante los majestuosos edificios de la universidad por la calle umbría y lujosa, cuyas viejas mansiones de ladrillo y casas de madera con estrechos pórticos de columnas dóricas soñaban sólidas y suntuosas en medio de las espaciosas plazuelas y jardines.

También iban por la soñolienta Congdon Street, un poco más abajo en la empinada colina, con todas sus casas orientadas al este sobre altas terrazas. Allí las casitas de madera eran más antiguas, pues la ciudad al crecer había ido trepando por la colina, y en esos paseos se había empapado del colorido de una pintoresca ciudad colonial. La niñera se sentaba a menudo a charlar con los policías en los bancos de Prospect Terrace, y uno de los primeros recuerdos del niño era el borroso mar de tejados, cúpulas y campanarios al oeste y las lejanas montañas que vio una tarde de invierno desde aquel mirador, violáceas y misteriosas bajo un febril y apocalíptico atardecer de rojos, dorados, púrpuras y extraños verdes. La gran cúpula de mármol del Parlamento resaltaba con su gigantesca silueta y la estatua que la remataba estaba bañada por la fantástica luz de un haz que se deslizaba a través de un claro en las nubes coloreadas que cubrían el cielo inflamado.

Cuando creció, empezaron sus famosos paseos; primero acompañado de su impaciente niñera, y luego solo en soñolienta meditación. Cada vez se fue aventurando más lejos por la colina casi perpendicular y llegando a niveles más antiguos y pintorescos de la antigua ciudad. Bajaba con agilidad por la empinada Jenckes Street con sus muros y saledizos coloniales hasta la esquina de la sombría Benefit Street, donde se hallaba una casa antigua de madera que poseía dos entradas con pilastras jónicas, y a un lado un tejado en mansarda con los restos de un primitivo corral y la casona del juez Durfee, con sus decadentes vestigios de grandeza georgiana. Aquella zona empezaba a ser un barrio depauperado, pero los titánicos olmos arrojaban una sombra vivificante sobre el lugar y el muchacho paseaba en dirección sur, más allá de las hileras de casas anteriores a la Revolución con sus grandes chimeneas centrales y las clásicas entradas. Las del lado este estaban construidas sobre basamentos con barandillas y dos tramos de escaleras de piedra, y el joven Charles podía imaginarlas tal como eran cuando la calle estaba recién construida y los tacones rojos y las pelucas realzaban los pedimentos pintados cuyos signos de deterioro se hacían ahora tan evidentes.

Al oeste, la colina descendía con una pendiente casi tan pronunciada como antes, hasta la antigua Town Street, que los fundadores habían construido a la orilla del río en 1636. En ella desembocaban innumerables callejuelas con casas inclinadas y apretujadas de gran antigüedad; y, pese a lo mucho que le fascinaban, tardó en atreverse a internarse entre su arcaica verticalidad por miedo a que todo resultase ser un sueño o la entrada a terrores desconocidos. Mucho menos temible le parecía seguir por Benefit Street, pasar la verja de hierro del escondido cementerio de Saint John, la parte de atrás de la Colony House, construida en 1971, y la enorme mole de la posada La Bola de Oro donde se alojó Washington. En Meeting Street —conocida sucesivamente en otras épocas como Gaol Lane y King Street— miraba hacia el este y veía las escaleras porticadas por las que la calle subía la pendiente, y abajo, hacia el oeste, veía el edificio de ladrillo de la vieja escuela colonial que sonríe al otro lado del camino al antiguo cartel de Shakespear's Head, donde antes de la Revolución se imprimía la Providence Gazette and Country-Journal. Luego llegaba la exquisita Primera Iglesia Baptista de 1775, con su impecable aguja estilo Gibbs, y los tejados y cúpulas georgianos que la rodean. Desde allí, y hacia el sur, el barrio tenía mejor reputación y florecía al fin en un maravilloso grupo de mansiones tempranas; no obstante, antiguas callejuelas seguían descendiendo por el precipicio hacia el oeste, espectrales en el arcaísmo de sus muchos saledizos, y se sumían en un caos de iridiscente decadencia, donde los viejos y siniestros muelles aún recuerdan los días del comercio con las Indias Orientales, entre una pobreza y un vicio políglotas, embarcaderos podridos, legañosas tiendas de efectos navales y callejones que han conservado nombres como Packet, Bullion, Gold, Silver, Coin, Doubloon, Sovereign, Guilder, Dollar, Dime y Cent.

A veces, cuando creció y se volvió más osado, el joven Ward se aventuraba en ese torbellino de casas destartaladas, dinteles rotos, escalones partidos, balaustradas torcidas, rostros atezados y olores incalificables; iba de South Main a South Water en busca de los muelles donde aún atracaban los vapores del estrecho y la bahía, y volvía hacia el norte pasando por delante de los almacenes de tejados inclinados construidos en 1816 y por la amplia plaza del Puente Grande, donde aún sigue en pie el edificio del mercado de 1773 sobre sus antiguos arcos. En dicha plaza se detenía a empaparse de la extraña belleza del casco antiguo de la ciudad que se alza sobre el risco que hay al este, engalanada por dos campanarios georgianos y coronada por la cúpula de la nueva iglesia de la Ciencia Cristiana, igual que Londres lo está por la de la catedral de San Pablo. Sobre todo le gustaba llegar allí a última hora de la tarde, cuando los rayos del sol poniente tiñen de oro el mercado y los antiguos tejados y campanarios y colman de magia los muelles soñolientos donde amarraban los barcos de Providence a punto de partir hacia la India. Después de echar una larga mirada, se sentía casi transfigurado por la belleza poética de la escena, y trepaba de vuelta a casa por la pendiente, más allá de la vieja iglesia blanca, por las estrechas y empinadas callejas donde empezaban a vislumbrarse resplandores en las ventanas y a través de los montantes de las puertas con dos tramos de escalones y curiosas barandillas de hierro forjado.

Años después, en diversas ocasiones, buscaría vívidos contrastes; daba la mitad de sus paseos por las ruinosas regiones coloniales al norte de su casa, donde la colina desciende hasta la cima más baja de Stamper's Hill con su gueto y su barrio negro apiñados en torno al lugar de donde partía la diligencia antes de la Revolución, y la otra mitad por el elegante reino del lado sur, por George Street, Benevolent Street, Power Street y Williams Street, donde la antigua colina conserva inmutables las bellas mansiones así como fragmentos de jardines tapiados y empinados senderos que atesoran fragantes recuerdos. Esos paseos, unidos a los diligentes estudios que los acompañaban, explican sin duda en gran parte el amor por lo antiguo que acabó desplazando al mundo moderno de la conciencia de Charles Ward, e ilustran el terreno mental en que cayeron, aquel temible invierno de 1919-1920, las semillas que

dieron un fruto tan extraño y temible.

El doctor Willett está seguro de que, hasta aquel aciago invierno en que se produjeron los primeros cambios, el amor por la Antigüedad de Charles Ward estuvo desprovisto de cualquier tinte enfermizo. Los cementerios no ejercían sobre él ningún atractivo en particular, más allá de su valor histórico y pintoresco, y carecía por completo de instintos violentos o agresivos. Luego, pareció dar, de forma insidiosa, una extraña continuación a uno de los triunfos genealógicos del año anterior; el descubrimiento, entre sus antepasados maternos, de cierto longevo personaje llamado Joseph Curwen, llegado de Salem en marzo de 1692, y sobre el que circulaban una serie de historias de lo más peculiar e inquietante.

Welcome Potter, el tatarabuelo de Ward, se había casado en 1785 con cierta «Ann Tillinghast, hija de la señora Eliza, hija del capitán James Tillinghast», y de cuyo padre la familia no había conservado dato alguno. Luego, en 1918, mientras examinaba un volumen original de registros del Ayuntamiento en manuscrito, el joven genealogista descubrió una entrada que daba fe de un cambio de nombre legal, mediante el cual, en 1722, una tal Eliza Curwen, viuda de Joseph Curwen, recobraba, junto con su hija de siete años Ann, el nombre de soltera Tillinghast, alegando «que el nombre de su marido se había convertido en motivo de pública vergüenza por lo sabido tras su fallecimiento, que confirmaba un antiguo rumor, al que su leal esposa no había querido dar crédito hasta verlo demostrado sin sombra de duda». Dicha entrada apareció al separarse de forma accidental dos hojas que habían sido pegadas cuidadosamente y modificadas para que parecieran una mediante una laboriosa alteración de los números de página.

Charles Ward comprendió enseguida que había descubierto a un antepasado suyo hasta entonces desconocido. El descubrimiento le emocionó doblemente porque había oído vagas alusiones y leído referencias dispersas sobre dicha persona, de quien quedaban tan pocos datos disponibles, aparte de los que se habían hecho públicos en época moderna, que casi parecía que hubiese habido una conspiración para borrarlo de la memoria. Por otro lado, lo aparecido era de una naturaleza tan singular y enigmática que cualquiera se habría preguntado con curiosidad qué era lo que se habían esforzado en ocultar y olvidar los archiveros coloniales, o habría sospechado que su eliminación se debía a razones bien fundadas.

Antes de eso, Ward se había contentado con fantasear acerca del viejo Joseph Curwen, pero tras descubrir su parentesco con aquel personaje «silenciado», se dedicó a recopilar del modo más sistemático posible cuanto pudo encontrar sobre él. Tan emocionante búsqueda tuvo más éxito del que esperaba, pues las viejas cartas cubiertas de telarañas, los diarios y los legajos de memorias sin publicar hallados en las buhardillas de Providence y en otros lugares le proporcionaron muchos textos esclarecedores que sus autores no habían creído necesario destruir. Una importante información incidental le llegó de un lugar tan remoto como el museo de Fraunces' Tavern, en Nueva York, que conservaba cierta correspondencia colonial de Rhode Island. No obstante, lo verdaderamente crucial, y lo que en opinión del doctor Willett causó la demencia de Ward, fue lo que encontró en agosto de 1919 detrás del enmaderado de la casa en ruinas de Olney Court. Eso fue, sin duda, lo que abrió esas negras perspectivas cuyas simas resultaron más profundas que el abismo.

Joseph Curwen, a tenor de lo que revelaban las enrevesadas leyendas materializadas en lo que había descubierto y oído Ward, había sido un individuo sorprendente, enigmático, siniestro y horrible. Había huido de Salem a Providence —ese refugio universal de excéntricos, liberales y disidentes— al principio del gran pánico de la brujería, temiendo que lo acusaran por su carácter solitario y sus extraños experimentos químicos o alquímicos. Era un hombre de unos treinta años y aspecto corriente, y no le costó convertirse en ciudadano libre de Providence; tras lo cual compró un solar al norte del de Gregory Dexter, al extremo de Olney Street. Mandó construir su casa en Stampers Hill al oeste de Town Street, en lo que luego se conocería como Olney Court, y en 1761 la reemplazó por otra más grande levantada en el mismo lugar y que todavía sigue en pie.

Lo primero que llama la atención acerca de Joseph Curwen es que no parecía haber envejecido desde su llegada. Se dedicó a los negocios navieros, compró un muellaje cerca de la cala de Mile End, colaboró en la reconstrucción del Puente Grande en 1713, y en 1723 fue uno de los fundadores de la Iglesia congregacional; pero siempre conservó el aspecto indefinido de un hombre de unos treinta o treinta y cinco años. A medida que fueron pasando los decenios, esa peculiaridad empezó a dar que hablar; pero Curwen siempre lo explicó diciendo que descendía de antepasados recios y que llevaba una vida sencilla y poco fatigosa. Sus conciudadanos nunca llegaron a entender cómo podía conciliarse esa vida sencilla con las inexplicables idas y venidas del misterioso comerciante y el extraño resplandor que veían en sus ventanas a cualquier hora de la noche, y tendían a atribuir a otras causas esa juventud y longevidad tan prolongadas. Se decía que las incesantes mixturas y cocciones de productos químicos que realizaba Curwen tenían mucho que ver con su estado. Se cotilleaba sobre las extrañas sustancias de Londres y las Indias que le traían en sus barcos, o que adquiriría en Newport, Boston y Nueva York, y cuando el viejo doctor Jabez Bowen llegó de Rehoboth y abrió su botica del Mortero y el Unicornio al otro lado del Puente Grande, circularon incesantes chismorreos sobre las drogas, ácidos y metales que el taciturno recluso le compraba o encargaba. Convencidos de que Curwen poseía un prodigioso y secreto don para la medicina, muchos enfermos acudieron a él en busca de ayuda, pero pese a que parecía alentar dicho convencimiento con evasivas y siempre les proporcionaba pociones de extraños colores en respuesta a sus peticiones, repararon en que lo que administraba a los demás rara vez tenía efectos beneficiosos. Por fin, transcurridos cincuenta años desde la llegada del desconocido sin que, a juzgar por el aspecto de su físico y su rostro, hubieran pasado para él más de cinco, las murmuraciones de la gente se volvieron más sombrías y le resultó más fácil satisfacer el deseo de aislamiento que siempre había demostrado.

Las cartas privadas y los diarios de la época revelan también muchas otras razones por las que Joseph Curwen fue admirado, temido y finalmente evitado como la peste. Su pasión por los cementerios, en los que se le veía a todas horas y en cualquier circunstancia, era notoria, aunque nadie lo sorprendiera realizando ninguna actividad que pudiera calificarse de macabra. Era dueño de una granja en la carretera de Pawtuxet, donde por lo general pasaba los veranos, y a la que acudía a menudo a caballo a diversas horas del día y de la noche. Sus únicos criados, granjeros y aparceros eran un par de hoscos indios narragansett; el marido, sordo y cubierto de extrañas cicatrices, y la mujer, cuyo color de piel era repulsivo, probablemente por una mezcla con sangre negra. En un cobertizo de dicha granja se hallaba el laboratorio donde llevaba a cabo la mayoría de sus experimentos. Los arrieros y carreteros

que entregaban botellas, sacos y cajas en la puerta trasera hablaban de las extrañas redomas, crisoles, alambiques y hornos que había en aquel cobertizo, y profetizaban en voz baja que el callado «quimista» —con lo que querían decir «alquimista»— no tardaría en dar con la piedra filosofal. Los vecinos más cercanos a la granja —los Fenner, que vivían a quinientos metros de allí— contaban cosas aún más extrañas sobre ciertos sonidos que según decían oían de noche en casa de Curwen. Afirmaban que eran gritos y aullidos prolongados. No les gustaba que tuviese tanto ganado pastando en los campos, pues semejante cantidad era innecesaria para proporcionar carne, leche y lana a un anciano solitario y un par de criados. El ganado cambiaba de una semana a otra, pues no dejaba de comprar nuevos rebaños a los granjeros de Kingstown. También había algo aborrecible en cierta dependencia de piedra que tenía tan sólo unas altas y finas rendijas a modo de ventanas.

Los que paseaban por el puente Grande también tenían mucho que contar sobre la casa de Curwen en Olney Court, pero no tanto de la elegante casa nueva construida en 1761, cuando el hombre debía de tener casi un siglo, como de la primera casa más baja, con tejados en mansarda, desván sin ventanas y hastiales de tablillas, cuyas vigas puso tanto cuidado en quemar después de la demolición. Es cierto que no era tan misteriosa, pero las horas a las que se veían luces encendidas, el hermetismo de los dos atezados extranjeros que eran sus únicos criados, el balbuceo odioso e incomprensible de la viejísima ama de llaves francesa, las enormes cantidades de comida que entraban en la casa habitada sólo por cuatro personas, y el tono de ciertas voces que se oían susurrando a menudo a horas intempestivas, se añadían a lo que se sabía de la granja de la carretera de Pawtuxet para dar mala fama al lugar.

También en los círculos más escogidos se hablaba de la casa de Curwen, pues a medida que el recién llegado se fue integrando en la iglesia y la vida comercial de la ciudad, conoció a gente de buen tono, de cuya compañía y conversación le permitían disfrutar sus modales. Se sabía que era de buena cuna, pues los Curwen o Corwin de Salem no necesitan presentación en Nueva Inglaterra. Se supo asimismo que Joseph Curwen había viajado mucho en su juventud, había vivido un tiempo en Inglaterra y había hecho al menos dos viajes a Oriente; y su forma de hablar, cuando se dignaba dirigirse a alguien, era la de un inglés culto y educado. Pero por alguna razón Curwen no estaba interesado en la vida social. Aunque nunca rechazó una visita, se refugiaba tras un muro de reserva que hacía que muy pocos supieran qué decirle sin resultar anodinos.

Sus modales parecían ocultar una arrogancia críptica y sardónica, como si hubiese llegado a aburrirle la gente tras frecuentar a seres más extraños y poderosos. Cuando el doctor Checkley, el famoso erudito, llegó de Boston en 1738 para ser párroco de la King's Church, no olvidó visitar a quien tantos comentarios suscitaba; pero se marchó enseguida por culpa de cierto trasfondo siniestro que le pareció percibir en la conversación de su anfitrión. Mientras hablaban de Curwen una tarde de invierno, Charles Ward le dijo a su padre que daría cualquier cosa por saber qué le había dicho el misterioso anciano a aquel cura tan animoso, sin embargo todos los diaristas coinciden en subrayar las reticencias del doctor Checkley a repetir lo que había oído. El buen hombre se había llevado una impresión espantosa, y fue incapaz de volver a visitar a Joseph Curwen sin perder visiblemente la alegre urbanidad por la que era tan conocido.

Más claros, no obstante, son los motivos por los que otro hombre educado y de buen gusto evitaba al altivo ermitaño. En 1746, John Merritt, un anciano inglés con aficiones científicas y literarias, llegó de Newport a la ciudad que empezaba a aventajarla en importancia, y se construyó una hermosa casa de campo en el Istmo, en lo que hoy se considera el centro del mejor barrio residencial. Vivía con una elegancia y comodidad notables, fue el primero en tener coche propio y criados con librea, y estaba muy

orgulloso de su telescopio, su microscopio y su bien escogida biblioteca de libros latinos e ingleses. Al oír que Curwen poseía la mejor biblioteca de Providence, el señor Merritt no tardó en ir a visitarle, y fue recibido con más cordialidad que la mayoría de los demás visitantes de la casa. La admiración por las amplias estanterías de su anfitrión, que además de los clásicos griegos, latinos e ingleses incluían una considerable cantidad de obras filosóficas, matemáticas y científicas, entre ellas las de Paracelso, Agrícola, Van Helmont, Silvio, Glauber, Boyle, Boerhaave, Becher y Stahl, llevó a Curwen a sugerirle que fuesen a su granja y al laboratorio a los que nunca había llevado a nadie hasta entonces, y los dos se pusieron en camino en el coche del señor Merritt.

El señor Merritt siempre admitió no haber visto nada horrible en la granja, aunque según él los títulos de los libros sobre cuestiones taumatúrgicas, alquímicas y teológicas que guardaba Curwen en el salón principal bastaron por sí solos para inspirarle una aversión duradera. No obstante, es posible que las expresiones faciales de su propietario mientras se los enseñaba contribuyeran a causarle aquel prejuicio. Tan extraña colección, aparte de una gran cantidad de obras clásicas que el señor Merritt no pudo sino mirar con envidia, incluía a casi todos los cabalistas, demonólogos y magos conocidos, y era una auténtica mina de datos sobre los dudosos campos de la alquimia y la astrología. Ahí estaban Hermes Trismegisto en la edición de Mesnard, la Turba philosophorum, el Liber investigationis de Geber y La clave de la sabiduría de Artefio, apretujados junto al cabalístico El Zohar, la edición de Peter Jammy de Alberto Magno, el Ars magna et ultima de Ramon Llull en la edición de Zetzner, el Thesaurus chemicus de Roger Bacon, el Clavis alchimiae de Fludd y el De lapide philosophico de Tritemio. Había una abundante representación de libros medievales árabes y judíos, y el señor Merritt empalideció cuando al sacar de la estantería un hermoso volumen claramente titulado Quanoon-e-Islam descubrió que en realidad se trataba del prohibido Necronomicón del árabe loco Abdul Alhazred, de quien había oído murmurar cosas tan espantosas hacía ya años, cuando salieron a la luz los innombrables ritos del extraño puerto de pescadores de Kingsport, en la provincia de la bahía de Massachusetts.

Pero, extrañamente, el respetable caballero reconoció que lo que le inquietó de un modo más inexplicable fue un mero detalle sin importancia. Sobre la enorme mesa de caoba había un maltrecho ejemplar de Borellus, con numerosas y crípticas anotaciones hechas por Curwen en los márgenes y entrelíneas. El libro estaba abierto más o menos por la mitad, y en un párrafo el visitante vio tales trazos trémulos y gruesos bajo las líneas de extraños caracteres que no resistió la tentación de leerlo. Ignoraba si fue la naturaleza del pasaje, o el ímpetu febril de los trazos con que estaba subrayado, pero algo en dicha combinación le afectó de un modo muy profundo y peculiar. Lo recordó hasta el fin de sus días, lo transcribió de memoria en su diario y en cierta ocasión trató de recitárselo a su íntimo amigo el doctor Checkley, hasta que reparó en lo mucho que turbaba al educado párroco. Decía así:

Las sales esenciales de los animales pueden prepararse y conservarse de tal modo que un hombre ingenioso pueda tener toda el arca de Noé en su propio estudio, y recrear a voluntad la hermosa forma de un animal a partir de sus cenizas; mediante un método parecido, de las sales esenciales del polvo humano podría un filósofo, sin incurrir en necromancia criminal, convocar la forma de cualquiera de sus antepasados a partir del producto de su cuerpo incinerado.

No obstante, era cerca de los muelles, a lo largo de la parte sur de Town Street, donde circulaban los peores rumores sobre Joseph Curwen. Los marineros son supersticiosos, y los curtidos lobos de mar que tripulaban las infinitas balandras dedicadas al tráfico de ron, esclavos y melaza, los veloces corsarios y los grandes bergantines de los Brown, los Crawford y los Tillinghast, hacían extraños y disimulados

gestos para ahuyentar la mala suerte cada vez que veían la figura, esbelta y engañosamente joven, ligeramente encorvada y de cabello rubio entrar en el almacén de Curwen en Doubloon Street o partir con los capitanes y sobrecargos en el largo muelle donde cabeceaban inquietos sus barcos. Los propios empleados y capitanes de Curwen le temían y detestaban, y todos sus marineros eran mestizos de la peor calaña procedentes de la Martinica, San Eustaquio, La Habana o Port Royal. En cierto sentido el temor más agudo y palpable que inspiraba el anciano se debía a la frecuencia con que reemplazaba a sus marineros. Una tripulación bajaba a tierra de permiso, encargaba un recado a alguno de sus miembros, y cuando volvían a juntarse siempre faltaba un hombre o más. Todos tenían presente que muchos de dichos recados tenían relación con la granja de la carretera de Pawtuxet y que muy pocos marineros habían vuelto de allí; así que con el tiempo a Curwen le resultó muy difícil conservar a sus variopintas tripulaciones. De manera casi invariable, muchos desertaban al enterarse de los chismorreos que circulaban por los muelles de Providence, y el mercader tuvo cada vez más dificultades para encontrar sustitutos en las Antillas.

En 1760, Joseph Curwen se había convertido prácticamente en un apestado de quien se sospechaban vagos horrores y pactos demoníacos que parecían tanto más amenazadores porque no podían nombrarse, entenderse o siquiera demostrarse. La gota que colmó el vaso tal vez fue el caso de los soldados desaparecidos en 1758: en marzo y abril de ese año, estuvieron acuartelados en Providence dos regimientos reales que iban camino de Nueva Francia y cuyo número fue reduciéndose a un ritmo inexplicablemente mayor que el de las deserciones habituales. Los rumores hablaban de la frecuencia con que se veía a Curwen hablar con los desconocidos de casaca roja, y cuando muchos empezaron a desaparecer, la gente recordó lo que ocurría con sus tripulaciones. Es imposible saber lo que habría sucedido si los regimientos no hubiesen recibido orden de partir.

Entretanto, los asuntos mundanos del comerciante iban viento en popa. Prácticamente monopolizaba el comercio de salitre, pimienta negra y canela en la ciudad, y aventajaba a cualquier otra naviera, salvo la de los Brown, en las importaciones de latón, añil, algodón, lana, sal, aparejos, hierro, papel y artículos ingleses de todo tipo. Tenderos como James Green, en el almacén del Elefante, en Cheapside; los Russell en el Águila Dorada, al otro lado del puente; o Clark y Nightingale en la Sartén y el Pescado, cerca del Café Nuevo, dependían de él casi por entero para vender sus productos, y sus acuerdos con las destilerías locales, los lecheros y criadores de caballos de Narragansett y los fabricantes de cirios de Newport lo convertían en uno de los principales exportadores de la ciudad.

A pesar del ostracismo al que estaba sometido, no carecía de espíritu cívico. Cuando se incendió la Colony House, contribuyó generosamente a la colecta realizada en 1761 con la que se recaudaron fondos para construir el nuevo edificio de ladrillo que todavía se alza en la antigua calle mayor. En ese mismo año también ayudó a reconstruir el Puente Grande tras el temporal de octubre. Reemplazó muchos de los libros de la biblioteca pública que habían ardido en el incendio de la Colony House, y aportó una gran cantidad a la colecta hecha para pavimentar la fangosa Market Parade y Town Street, que siempre estaba surcada de profundas roderas, y construir un paseo de adoquines o «acera» en el centro. Por esa época también mandó construir la sencilla pero excelente casa nueva cuyo pórtico sigue siendo un logro de tallado de la piedra. Cuando los seguidores de Whitefield se separaron de la iglesia del doctor Cotton en 1743 y fundaron la iglesia del diácono Snow al otro lado del puente, Curwen se contaba entre ellos, aunque su fervor no tardó en enfriarse y pronto dejó de asistir a los servicios religiosos. Ahora, no obstante, volvió a mostrarse piadoso, como si quisiera desembarazarse de la sombra que lo había empujado a aquel aislamiento y que no tardaría en hundir sus negocios si no ponía algún remedio.

Ver a aquel hombre pálido y extraño, que apenas aparentaba haber llegado a la madurez a pesar de que debía de tener más de cien años, esforzándose por salir de una nube de miedo y odio demasiado vaga para definirla o analizarla, era al mismo tiempo patético, trágico y despreciable. No obstante, es tal el poder de la riqueza y de los gestos externos que, de hecho, disminuyó en parte la visible aversión que se le profesaba; sobre todo desde que cesaron las desapariciones de marineros. También debió de poner gran cuidado y discreción en sus expediciones a los cementerios, pues nadie volvió a sorprenderle merodeando por ellos, y los rumores sobre los extraños sonidos y actividades en la granja de Pawtuxet disminuyeron al mismo tiempo. Su ritmo de consumo de comida y de compra de ganado continuó siendo muy alto, pero hasta tiempos modernos, cuando Charles Ward revisó sus libros de cuentas y sus facturas en la Biblioteca Shepley, a nadie —salvo tal vez a cierto joven amargado— se le ocurrió hacer siniestras comparaciones entre el enorme número de negros importados de Guinea hasta 1766 y el número inquietantemente bajo que constaba en las facturas de venta legales tanto a los negreros del Puente Grande como a los plantadores de la región de Narragansett. Sin duda, la astucia e ingenio de este aborrecido personaje eran muy grandes, sobre todo cuando se veía ante la necesidad de ejercerlos.

Aun así, el efecto de su tardío propósito de enmienda fue, como era de esperar, leve. La gente siguió desconfiando de él y evitándolo, tal como habría justificado el solo hecho de su perpetua juventud, y por fuerza tuvo que darse cuenta de que al final su suerte tenía que cambiar. Cualesquiera que fuesen sus complicados estudios y experimentos, parecían requerir grandes ingresos, y puesto que un cambio de ubicación le habría privado de las ventajas comerciales que había conseguido, no le convenía empezar de nuevo en un lugar diferente. El buen juicio exigía que renovase su relación con los ciudadanos de Providence, de modo que su presencia no acallara las conversaciones, ni hiciera que se le dieran excusas evidentes para ir a hacer un recado a otra parte, o provocara tensión e intranquilidad. Sus empleados, reducidos ahora a un puñado de holgazanes e indigentes a los que nadie más habría contratado, empezaron a ser un quebradero de cabeza; y si conservaba a los capitanes y primeros oficiales de sus barcos era mediante su habilidad para conseguir tener cierto ascendiente sobre ellos: una hipoteca, un pagaré o determinada información relacionada con su bienestar. Los diaristas anotaron con temor que, en muchos casos, Curwen tenía un poder casi mágico para desenterrar secretos familiares a los que dar un uso más que dudoso. Durante los últimos cinco años de su vida fue como si sólo una conversación directa con quienes llevaban mucho tiempo muertos pudiera explicar algunos de los datos que con tan sospechosa elocuencia acudían a sus labios.

Por esa época el taimado erudito recurrió a un último intento desesperado para recuperar su posición en la comunidad. Tras haber sido un completo ermitaño, decidió contraer matrimonio con alguna dama cuya indiscutible posición social hiciera imposible el ostracismo. Puede que también tuviese razones más profundas para desear semejante unión; razones mucho más allá de la conocida esfera cósmica que sólo los documentos hallados un siglo y medio después de su muerte permitieron sospechar y que nunca serán conocidas con certeza. Como es natural, era consciente del horror e indignación con que sería recibido su noviazgo, así que buscó a alguna candidata sobre cuyos padres pudiera ejercer la presión conveniente. Comprobó que no era tarea fácil, pues tenía exigencias muy concretas sobre la belleza, los logros y la posición social de la joven. Por fin, centró su atención en la casa de uno de sus mejores y más antiguos capitanes, un viudo de noble cuna y reputación intachable llamado Dutee Tillinghast, cuya única hija Eliza parecía dotada de todas las virtudes imaginables aunque carecía de perspectivas como heredera. El capitán Tillinghast estaba totalmente dominado por Curwen y accedió, tras una terrible conversación en su casa de Power's Lane Hill, a aprobar una unión tan blasfema.

Eliza Tillinghast tenía a la sazón dieciocho años y había disfrutado de una educación esmerada, si se tienen en cuenta las apuradas circunstancias económicas por las que pasaba su padre. Había asistido a la escuela de Stephen Jackson en el Paseo del Palacio de Justicia, y su madre, antes de morir de viruela en 1757, la había instruido diligentemente en todas las artes y refinamientos de la vida doméstica. En los salones de la Sociedad Histórica de Rhode Island se conserva todavía un dechado suyo, hecho en 1753, a los nueve años. Tras la muerte de su madre había tenido que llevar la casa con la única ayuda de una criada negra. Las discusiones con su padre sobre la propuesta de matrimonio de Curwen debieron de ser muy penosas, aunque no nos ha quedado constancia de ellas. Lo cierto es que rompió su compromiso con el joven Ezra Weeden, segundo oficial del paquebote Enterprise, propiedad de los Crawford, y que su unión con Joseph Curwen tuvo lugar el 7 de marzo de 1763 en la iglesia baptista, en presencia de los más notables de la ciudad; la ceremonia la ofició el joven Samuel Winsor. La Gazette aludió brevemente al acontecimiento, y en casi todos los ejemplares que han sobrevivido la noticia parece haber sido recortada o arrancada. Ward encontró un único ejemplar intacto después de mucho buscar en los archivos de un conocido coleccionista privado y reparó divertido en la insulsa urbanidad del lenguaje utilizado:

El pasado lunes por la tarde se celebraron los esponsales entre Joseph Curwen, comerciante de esta ciudad, y la señorita Eliza Tillinghast, hija del capitán Dutee Tillinghast, una joven de grandes virtudes y hermosa figura, que a buen seguro adornarán su matrimonio y perpetuarán su felicidad.

La correspondencia Durfee-Arnold, descubierta por Charles Ward poco antes de que se manifestara su demencia, en la colección privada del caballero Melville F. Peters, de George Street, abarca esta etapa y un periodo anterior y arroja una vívida luz sobre el ultraje que supuso este mal concertado matrimonio para la opinión pública. No obstante, la influencia social de los Tillinghast era innegable y una vez más Joseph Curwen vio su casa frecuentada por personas a quienes no habría podido obligar a cruzar su puerta de ningún otro modo. Sin embargo, la aceptación no fue ni mucho menos completa y una gran parte de la sociedad consideró que se había forzado a la esposa a aceptar aquella unión, pero en cualquier caso se derribó en parte el muro de ostracismo. Por otro lado la exquisita consideración y el trato amable del novio sorprendieron tanto a la comunidad como a la recién casada. En la nueva casa en Olney Court no volvieron a producirse manifestaciones inquietantes, y aunque Curwen pasaba mucho tiempo en la granja de Pawtuxet, que su mujer no visitaba jamás, parecía un ciudadano mucho más normal que en cualquiera de sus largos años de residencia. Sólo una persona siguió profesándole una enemistad manifiesta: el joven oficial cuyo compromiso con Eliza Tillinghast se había roto de forma tan inesperada. Ezra Weeden había jurado venganza, y aunque amable y callado por naturaleza, cultivaba un odio obstinado que no auguraba nada bueno para el marido usurpador.

El 7 de mayo de 1765 nació Ann, la única hija de Curwen, y fue bautizada por el reverendo John Graves de King's Church, de la que tanto el marido como la esposa se habían convertido en feligreses, a fin de alcanzar cierto compromiso entre sus respectivas filiaciones congregacional y baptista. El registro de este nacimiento, al igual que el del matrimonio dos años antes, fue borrado tanto de los libros de la iglesia como de los archivos municipales, y Charles Ward los encontró con gran dificultad después de que el descubrimiento del cambio de nombre de la viuda le revelara su propio parentesco y despertara el febril interés que lo empujó a la locura. La entrada del nacimiento, de hecho, apareció curiosamente en la correspondencia del reverendo lealista Graves, que se llevó consigo una copia de los archivos cuando dejó la parroquia tras el estallido de la Revolución. Ward buscó dicha fuente a sabiendas de que su tatarabuela, Ann Tillinghast Potter, había sido episcopaliana.

Poco después del nacimiento de su hija, un acontecimiento que pareció celebrar con un fervor que no estaba en consonancia con su habitual frialdad, Curwen decidió posar para un retrato. Se lo encargó a un escocés con mucho talento llamado Cosmo Alexander, que residía a la sazón en Newport y que se ha hecho famoso por ser uno de los primeros maestros de Gilbert Stuart. Se decía que lo había ejecutado en un panel de la biblioteca de la casa en Olney Court, pero ninguno de los diarios en los que se hacía alusión al retrato daba pistas sobre su paradero definitivo. En ese periodo el errático erudito dio muestras de un peculiar ensimismamiento, y pasaba el mayor tiempo posible en su granja de la carretera de Pawtuxet. Al parecer se encontraba en un estado de excitación o tensión contenidas, como si esperase algo inusual o estuviese a punto de hacer un extraño descubrimiento. Debía de tratarse de algo relacionado con la química o la alquimia porque se llevó a la granja casi todos los libros sobre dichas cuestiones que había en la casa.

Su fingido interés por los asuntos públicos no disminuyó, y no perdió la ocasión de ayudar a importantes personajes como Stephen Hopkins, Joseph Brown y Benjamin West en sus esfuerzos por elevar el nivel cultural de la ciudad, que por aquel entonces estaba muy por detrás de Newport en lo que se refiere al mecenazgo a las artes liberales. Había ayudado a Daniel Jenckes a fundar su librería en 1763 y se convirtió en su mejor cliente, amplió igualmente su ayuda a la agonizante Gazette que se publicaba todos los miércoles en Shakespeare's Head. En política, apoyó con fervor al gobernador Hopkins contra el partido de Ward cuya fuerza principal estaba en Newport, y el elocuente discurso de 1765 en Hacker's Hall contra la proclamación de North Providence como una ciudad independiente tal como defendía Ward en la Asamblea general, contribuyó más que ninguna otra cosa a eliminar los prejuicios en su contra. Pero Ezra Weeden, que lo vigilaba de cerca, siempre se burló con cinismo de todas esas actividades y juraba y perjuraba que no eran más que una máscara para ocultar algún intercambio incalificable con los más negros abismos del Tártaro. El vengativo joven llevaba a cabo una sistemática vigilancia del hombre y de sus negocios cada vez que llegaba a puerto, por la noche pasaba horas en los muelles con una barca preparada siempre que veía luces en los almacenes de Curwen y seguía el pequeño bote que a veces se internaba a hurtadillas en la bahía. También se dedicó a vigilar de cerca la granja de Pawtuxet, y en una ocasión sufrió graves mordeduras de los perros que le azuzó la vieja pareja de indios.

3

En 1766 se produjo un cambio definitivo en Joseph Curwen. Fue tan repentino que enseguida llamó la atención de los curiosos vecinos, pues se deshizo de su aire tenso y expectante como de un capote viejo y lo reemplazó por una mal disimulada exaltación triunfal. Curwen parecía tener dificultades para contenerse y no proclamar en público lo que había descubierto o averiguado, pero por lo visto la necesidad de guardar el secreto era mayor que sus deseos de compartir su alegría, pues jamás dio explicación alguna. Justo después de la citada transición, que aconteció a primeros de julio, el siniestro erudito empezó a sorprender a la gente con la posesión de datos que sólo sus antepasados fallecidos mucho tiempo atrás habrían podido comunicarle.

Sin embargo, las febriles actividades secretas de Curwen no cesaron con dicho cambio. Al contrario, más bien se intensificaron, hasta el punto de que fue dejando sus negocios navieros en manos de los capitanes a quienes tenía sojuzgados por el miedo, igual que antes los había dominado por el temor a la bancarrota. Abandonó por completo el tráfico de esclavos, alegando que sus beneficios eran cada vez más escasos. Pasaba todo el tiempo posible en la granja de Pawtuxet, aunque de vez en cuando corrían rumores de su presencia en lugares que, pese a no estar próximos a los cementerios, tenían tal relación

con ellos que los más despiertos se preguntaban hasta qué punto habían cambiado en realidad las costumbres del viejo mercader. Ezra Weeden, a pesar de que sus periodos de espionaje eran necesariamente breves e intermitentes debido a las temporadas que pasaba embarcado, poseía una vengativa pertinacia de la que carecía la mayor parte de ciudadanos y granjeros, y sometió los negocios de Curwen a un escrutinio más implacable que nunca.

Muchas de las extrañas maniobras de los barcos del extraño mercader parecían justificadas por lo atribulado de aquellos tiempos, en los que todos los colonos parecían decididos a oponerse a las disposiciones de la Ley del Azúcar que limitaban un tráfico cada vez más floreciente. El contrabando y el fraude eran la norma en la bahía de Narragansett y el desembarco nocturno de cargamentos ilícitos era habitual. Pero Weeden, tras muchas noches siguiendo las balandras y las barcazas que veía salir de los almacenes de Curwen en los muelles de Town Street, pronto se convenció de que no eran los barcos de Su Majestad lo que procuraba evitar el furtivo y siniestro personaje. Antes del cambio acontecido en 1766, dichas embarcaciones iban cargadas de negros encadenados a los que transportaban al otro lado de la bahía y desembarcaban en un lugar sin determinar de la orilla justo al norte de Pawtuxet; luego los llevaban por los acantilados y campo a través hasta la granja de Curwen, donde los encerraban en aquella enorme dependencia de piedra que sólo tenía unas rendijas a modo de ventanas. Después del mencionado cambio, no obstante, se modificó por completo aquel procedimiento. La importación de esclavos cesó de pronto, y Curwen interrumpió por un tiempo sus expediciones a medianoche. Luego, hacia la primavera de 1767, adoptó una nueva estrategia. Las barcazas volvieron a partir de los muelles oscuros y silenciosos para internarse en la bahía, tal vez hasta Namquit Point, donde se encontraban con barcos de considerable calado y aspecto variopinto y recogían cierto cargamento, que los marineros de Curwen desembarcaban en el lugar habitual, transportaban por tierra hasta la granja y guardaban bajo llave en el mismo misterioso edificio de piedra donde antes habían encerrado a los negros. El cargamento en cuestión consistía sobre todo en cajas y baúles, gran parte de los cuales eran pesados y rectangulares e inquietantemente parecidos a ataúdes.

Weeden siguió vigilando la granja con una constancia incansable, la visitó cada noche durante largos periodos de tiempo, y rara vez dejó pasar una semana sin ir a verla a no ser que el suelo estuviera cubierto de delatora nieve. Incluso entonces se acercaba lo más posible por la carretera o el río helado para ver las huellas que pudieran haber dejado otros. Como sus obligaciones le impedían ejercer una vigilancia continua, llegó a un acuerdo con un compañero de taberna llamado Eleazar Smith para que la prosiguiera en su ausencia. Aunque entre los dos podrían haber puesto en circulación rumores extraordinarios, no lo hicieron porque sabían que pondría a la presa sobre aviso y les sería imposible avanzar en sus averiguaciones. Antes de pasar a la acción querían estar seguros. Lo que descubrieron debió de ser ciertamente sorprendente. En más de una ocasión Charles Ward les dijo a sus padres lo mucho que lamentaba que Weeden hubiese decidido quemar sus anotaciones. Lo único que puede saberse de sus hallazgos es lo que Eleazar Smith garabateó en un diario no demasiado coherente, y lo que otros diaristas y corresponsales han repetido medrosamente de las afirmaciones que finalmente hicieron, según las cuales la granja era sólo el cascarón de una amenaza vasta y repulsiva, de un alcance y profundidad demasiado profundos e intangibles para ser comprendidos más que de manera vaga y oscura.

Se deduce que Weeden y Smith se convencieron desde el principio de que debajo de la granja había una serie de túneles y catacumbas habitadas por un considerable número de personas además del viejo indio y su mujer. La casa era una antigua reliquia de mediados del siglo XVII con una enorme chimenea y celosías en las ventanas; el laboratorio se hallaba en una dependencia que daba al norte y cuyo tejado

casi llegaba hasta el suelo. Dicho edificio estaba separado de los demás; sin embargo, a juzgar por las voces que se oían a horas intempestivas en el interior, debía de ser accesible por pasadizos ocultos y subterráneos. Dichas voces, antes de 1766, eran murmullos y susurros de los negros, o gritos frenéticos acompañados de extraños cánticos o invocaciones. Tras esa fecha, no obstante, adquirieron un carácter peculiar y terrible pues recorrían toda la gama de matices, desde zumbidos de sorda aquiescencia hasta explosiones de dolor o furia frenética, pasando por conversaciones susurradas, gemidos de súplica, jadeos de angustia y gritos de protesta. Parecían proferidos en distintas lenguas, todas ellas conocidas por Curwen, cuya voz ronca era reconocible a menudo en réplicas de reprobación o amenaza. A veces daba la impresión de que había varias personas en la casa: Curwen, varios prisioneros y sus guardianes. Había voces que ni Weeden ni Smith habían oído jamás, a pesar de que ambos habían visitado muchos puertos extranjeros, y muchas que acertaron a identificar como propias de este o aquel país. Las conversaciones eran una especie de interrogatorio, como si Curwen estuviera extrayendo información de unos prisioneros rebeldes o aterrorizados.

Weeden tenía muchas anotaciones tomadas al pie de la letra de lo que había oído, pues a menudo hablaban en inglés, francés y español, lenguas que él conocía bien, pero ninguna de esas notas ha sobrevivido. No obstante afirmó que, aparte de unos cuantos diálogos macabros referidos a los asuntos pasados de las familias de Providence, la mayoría de las preguntas y respuestas que acertó a comprender versaban sobre cuestiones históricas o científicas, a veces sobre épocas y lugares muy lejanos. Una vez, por ejemplo, interrogó en francés a una figura hosca y airada acerca de la matanza cometida por el Príncipe Negro en Limoges en 1370, como si hubiese alguna razón oculta que quisiera conocer. Curwen preguntó al prisionero —si es que era tal cosa— si la orden de iniciar la matanza se había dado por el Signo de la Cabra hallado en el altar de la antigua cripta romana que había debajo de la catedral, o si el Hombre Oscuro del aquelarre de Haute Vienne había pronunciado las Tres Palabras. Al no obtener respuesta, el inquisidor al parecer había recurrido a medidas extremas, pues se oyó un grito aterrador seguido de un silencio, un balbuceo y un golpe sordo.

Ninguno fue testigo ocular de estos coloquios pues siempre encontraban las cortinas echadas. No obstante, en una ocasión, durante un discurso en una lengua desconocida, se vio una sombra proyectada en la cortina que sobresaltó mucho a Weeden y le recordó, a una de las marionetas de un espectáculo que había visto en 1764 en Hacker's Hall, cuando un hombre de Germantown, Pennsylvania, había ofrecido un inteligente espectáculo mecánico anunciado como «Vista de la famosa ciudad de Jerusalén, en la que se representan Jerusalén, el Templo de Salomón, su Trono Real, las famosas torres y colinas, los sufrimientos de Nuestro Salvador desde el huerto de Getsemaní hasta la Cruz en la colina del Gólgota; un ingenioso ejemplo de estatuaria que pasmará a los curiosos». Ésa fue la ocasión en la que Weeden, que se había acercado a la ventana de la puerta principal de donde llegaban las voces, dio un respingo y despertó a la vieja pareja de indios, que le azuzaron los perros. Después de eso no volvieron a oírse conversaciones en la casa, así que Weeden y Smith dedujeron que Curwen había trasladado sus actividades a regiones subterráneas.

Que dichas regiones existían realmente parecía indudable por varios motivos. De vez en cuando se oían gritos apagados y gemidos que parecían surgir de las profundidades de la Tierra, lejos de cualquier dependencia de la casa; oculta en la parte de atrás, entre los arbustos que había a la orilla del río, justo donde la pendiente descendía bruscamente hasta el valle de Pawtuxet, encontraron una puerta de roble en un arco de gruesa mampostería que obviamente era una entrada a las cavernas del interior de la montaña. Weeden ignoraba cuándo o cómo podían haberse construido aquellas catacumbas, pero a menudo subrayó la facilidad con que una cuadrilla de obreros habría podido llegar hasta allí sin que

nadie se diera cuenta. ¡Joseph Curwen sin duda utilizaba a sus marineros mestizos para las tareas más diversas! Durante las abundantes lluvias de 1769 los dos espías vigilaron con atención las orillas del río por si salía a la luz algún secreto subterráneo, y su insistencia se vio recompensada con el hallazgo de una gran cantidad de huesos humanos y animales en varias profundas zanjas excavadas en la orilla. Como es natural, había mil maneras de explicar su presencia en la parte de atrás de la granja en un lugar donde abundaban los cementerios indios, pero Weeden y Smith sacaron sus propias conclusiones.

En enero de 1770, cuando los dos seguían discutiendo en vano qué hacer o pensar acerca de tan desconcertante asunto, ocurrió el incidente del buque Fortaleza. Exasperada por el incendio de la balandra guardacostas Liberty en Newport el verano anterior, la flota aduanera al mando del almirante Wallace había reforzado la vigilancia de las embarcaciones desconocidas; y en esa ocasión la goleta de Su Majestad Cygnet, al mando del capitán Charles Leslie, capturó tras una breve persecución a primera hora de la mañana a la bricbarca Fortaleza de Barcelona, España, capitaneada por Manuel Arruda, que, según el diario de a bordo, hacía el trayecto desde El Cairo, Egipto, hasta Providence. Al registrarla en busca de contrabando, hicieron el sorprendente descubrimiento de que su cargamento consistía exclusivamente en momias egipcias, consignadas al «Marinero A. B. C.», que debía recogerlas en una barcaza enfrente de Namquit Point y cuya identidad el capitán Arruda creyó deshonroso desvelar. El Tribunal del Vicealmirantazgo de Newport, perplejo puesto que el cargamento no podía considerarse contrabando a pesar de que había entrado a escondidas en la bahía, optó por seguir las recomendaciones del jefe de Aduanas Robinson y liberar el barco tras prohibirle fondear en aguas de Rhode Island. Luego corrieron rumores de que se le había visto fondeado en Boston, aunque nunca llegó a entrar en el puerto.

Tan extraordinario incidente no pasó desapercibido en Providence y no faltaron quienes apuntaron a la existencia de alguna relación entre el cargamento de momias y el siniestro Joseph Curwen. Sus exóticos estudios, sus extrañas importaciones de productos químicos y su afición a los cementerios eran bien conocidos, y no hacía falta mucha imaginación para relacionarlo con una extravagante importación que no podía estar destinada a nadie más. Como si fuese consciente de tales sospechas, Curwen tuvo la precaución de aludir como de pasada en varias ocasiones al valor químico de los bálsamos hallados en las momias, movido tal vez por el convencimiento de que así el asunto parecería menos antinatural, aunque sin admitir del todo su implicación. Weeden y Smith, por supuesto, no tuvieron dudas del significado del incidente, y concibieron las teorías más descabelladas sobre Curwen y sus monstruosas investigaciones.

La primavera siguiente, como la del año anterior, fue muy lluviosa y los dos espías vigilaron con suma atención la orilla del río detrás de la granja de Curwen. El agua se llevó gran parte de un ribazo y sacó a la luz varios huesos, pero no desveló ninguna cámara ni túnel subterráneo. No obstante, algo se dijo en el pueblo de Pawtuxet, dos kilómetros más abajo, donde el río discurre por varias cascadas hasta llegar a una cala plácida y resguardada. Allí, donde las pintorescas cabañas se encaramaban a la colina desde el puente rústico y las barcas de pesca aguardaban soñolientas amarradas a los embarcaderos, circularon vagas informaciones de que se habían visto cosas flotando por el río que habían asomado un instante a la superficie al caer por las cascadas. Claro que el Pawtuxet es un río muy largo que serpentea por varias regiones habitadas donde abundan los cementerios, y las lluvias habían sido muy abundantes, pero a los pescadores del puente no les gustó el modo en que les miró una de aquellas cosas mientras pasaba a sus pies por el agua cristalina, ni la manera en que otra soltó una especie de chillido pese a que, a juzgar por su estado, distara mucho de poder hacer tal cosa. El rumor llevó a Smith —pues Weeden se hallaba embarcado por entonces— a la parte de atrás de la granja, donde sin duda debía de quedar alguna prueba tras el derrumbe. No obstante, en la orilla no quedaba ni rastro dado que la avalancha en

miniatura había dejado sólo una compacta pared de piedra y arbustos. Smith incluso llegó a excavar aquí y allá tratando de encontrar algo, pero desistió ante la falta de éxito, o tal vez por miedo a tenerlo. Resulta interesante especular con lo que habría hecho el insistente y vengativo Weeden de haberse encontrado en la orilla.

4

En otoño de 1770 Weeden juzgó llegada la hora de contar lo que había descubierto, pues eran muchos los hechos que podía relacionar entre sí y disponía de un segundo testigo ocular para refutar cualquier posible acusación de que los celos o la venganza hubiesen acicateado su imaginación. Como primer confidente escogió al capitán James Mathewson del Enterprise, que lo conocía lo bastante como para no dudar de su sinceridad y al mismo tiempo gozaba de suficiente influencia en la ciudad para que le escuchasen con respeto. La conversación tuvo lugar en una de las habitaciones del piso de arriba de la taberna La Sabina, cerca de los muelles; Smith estuvo presente para corroborar prácticamente todas sus afirmaciones y quedó claro que el capitán Mathewson estaba muy impresionado. Como casi todo el mundo en la ciudad, abrigaba negras sospechas sobre Joseph Curwen, y los nuevos datos bastaron para convencerlo por completo. Al final del coloquio se quedó muy serio y miró en riguroso silencio a los dos jóvenes. Dijo que transmitiría por separado aquella información a una decena de los ciudadanos más eminentes y cultivados de Providence y recabaría sus opiniones sobre el particular. En cualquier caso, era necesario obrar con el mayor sigilo, pues no era un asunto que pudieran dejar en manos de los alguaciles de la ciudad o de la milicia, y por encima de todo era esencial ocultárselo a la colérica muchedumbre, no fuese a repetirse el terrible pánico de Salem acontecido un siglo antes y que había llevado a Curwen hasta allí.

En su opinión, las personas más idóneas serían el doctor Benjamin West, cuyo opúsculo sobre el tránsito de Venus demostraba su erudición y agudeza; el reverendo James Manning, rector de la universidad, que acababa de llegar de Warren y estaba instalado temporalmente en la escuela nueva de King Street mientras se completaba su edificio en la colina que había sobre Presbyterian Lane; el ex gobernador Stephen Hopkins, que había sido miembro de la Sociedad Filosófica de Newport y era hombre de amplias miras; John Carter, el director de la Gazette; los cuatro hermanos Brown, John, Joseph, Nicholas y Moses, cuatro magnates locales, de los cuales Joseph era un científico aficionado; el anciano doctor Jabez Bowen, cuya erudición era considerable y que estaba al tanto de las extrañas adquisiciones de Curwen, y el capitán Abraham Whipple, un corsario de enorme energía y osadía con quien se podía contar para poner en práctica cualquier medida que consideraran necesaria. Si todos expresaban su conformidad, se reunirían para deliberar y a ellos correspondería la decisión de informar o no al gobernador de la colonia, Joseph Wanton, de Newport, antes de pasar a la acción.

La misión del capitán Mathewson tuvo más éxito del esperado, pues aunque dos de los confidentes escogidos se mostraron escépticos sobre la parte más horrenda de la historia de Weeden, no hubo ninguno que no juzgara necesario llevar a cabo alguna acción secreta y coordinada. Era evidente que Curwen constituía una vaga amenaza potencial para la prosperidad de la ciudad y de la colonia, y que era imprescindible eliminarla a cualquier coste. A finales de diciembre de 1770, el grupo de notables se reunió en casa de Stephen Hopkins y discutió las diversas medidas posibles. Leyeron con cuidado las notas que Weeden había entregado al capitán Mathewson, y le convocaron a él y a Smith para que corroborasen los detalles. Antes de que concluyese el encuentro, una sensación muy parecida al miedo se había adueñado de los presentes, aunque acabó imponiéndose una adusta determinación expresada por las sonoras blasfemias del capitán Whipple. No informarían al gobernador, porque era necesario

saltarse la ley. Si de verdad Curwen poseía poderes ocultos de naturaleza desconocida, no podían amenazarle para que abandonase la ciudad, pues podría tomar inconcebibles represalias, e incluso si aquel siniestro ser accedía a marcharse, sería como trasladar a otro lugar una carga inmunda. Eran tiempos confusos y no era probable que unos hombres que llevaban años burlando a las autoridades aduaneras fuesen a volverse atrás si se sentían obligados por motivos tan graves. Juzgaron imprescindible presentarse por sorpresa en la granja de Pawtuxet con una partida de corsarios curtidos y darle a Curwen una última oportunidad de explicarse. Si resultaba ser un loco que se entretenía con chillidos, conversaciones imaginarias y voces fingidas, lo encerrarían como parecía conveniente. Si el asunto demostraba ser más grave y los horrores subterráneos eran ciertos, habría que matarle a él y a todos los que le acompañaban. Podía hacerse con discreción y sin que la viuda ni su padre llegaran a enterarse de lo sucedido.

Mientras discutían tan graves medidas se produjo un incidente en la ciudad tan terrible e inexplicable que por un tiempo no se habló de otra cosa en varios kilómetros a la redonda. En mitad de una noche de luna del mes de enero en que una espesa capa de nieve cubría el terreno, resonaron en el río y en la colina unos gritos que hicieron que se asomaran cabezas soñolientas a todas las ventanas; los habitantes de Weybosset Point vieron una enorme cosa blanca que se abría paso frenéticamente por el terreno mal despejado delante de la Cabeza de Turco. Se oyeron ladridos en la distancia, pero cesaron a medida que el clamor de la ciudad al despertarse se fue volviendo más audible. Grupos de hombres con mosquetes y linternas se apresuraron a salir para ver lo que ocurría, pero su búsqueda no se vio recompensada. No obstante, a la mañana siguiente, hallaron un gigantesco cadáver musculoso y totalmente desnudo en los trozos de hielo atrapados en los embarcaderos al sur del Puente Grande, donde el muelle se ensanchaba junto a la destilería de Abbott, y la identidad de aquel individuo fue objeto de infinitos rumores y especulaciones. No fueron tanto los jóvenes como los viejos quienes murmuraron, pues sólo en los ancianos despertó algún recuerdo aquel rostro rígido con los ojos desencajados por el miedo. Temblorosos, intercambiaron susurros furtivos de sorpresa y temor, pues en aquellos rasgos rígidos y espantosos vieron un sorprendente parecido que casi equivalía a una identidad: la de un hombre muerto más de cincuenta años antes.

Ezra Weeden estaba presente cuando lo encontraron; al recordar los ladridos de la noche anterior, siguió por Weybosset Street y cruzó el puente de Muddy Dock de donde procedían los gritos. Abrigaba una extraña esperanza y no le sorprendió descubrir un curioso rastro en la nieve al final de la zona habitada, donde la calle se convertía en la carretera de Pawtuxet. Al gigante desnudo lo habían perseguido perros y muchos hombres calzados con botas, y era fácil seguir el rastro que habían dejado a su regreso. Habían abandonado la persecución al llegar a la ciudad. Weeden sonrió obstinado y siguió el rastro hasta su origen. Tal como había imaginado, llegaba hasta la granja que Joseph Curwen tenía en Pawtuxet, y si el patio no hubiese estado tan pisoteado aún habría averiguado más cosas. No obstante, no se atrevió a curiosear a plena luz del día. El doctor Bowen, a quien Weeden comunicó enseguida su descubrimiento, llevó a cabo la autopsia del extraño cadáver y halló en él varias peculiaridades que lo desconcertaron mucho. El tracto digestivo del gigante no parecía haber sido utilizado, y la piel tenía una textura tosca e inconexa imposible de explicar. Impresionado por lo que murmuraban los viejos sobre el parecido del cadáver con el herrero Daniel Green fallecido mucho tiempo atrás, y cuyo bisnieto Aaron Hoppin era sobrecargo en uno de los barcos de Curwen, Weeden se dedicó a hacer preguntas por ahí y descubrió el lugar donde estaba enterrado Green. Esa noche, un grupo de diez personas visitó el viejo cementerio que hay enfrente de Herrenden's Lane y abrieron una tumba. La hallaron vacía, tal como habían imaginado.

Entretanto, habían dado instrucciones a los jinetes de posta para interceptar el correo de Joseph Curwen, y poco después del incidente del cadáver desnudo llegó a sus manos una carta de un tal Jedediah Orne de Salem que dio mucho que pensar a los conjurados. Algunos fragmentos fueron copiados y conservados en los archivos particulares de la familia Smith, donde los encontró Charles Ward. Decían lo siguiente:

Mucho me complace que continuéis investigando los antiguos asuntos con vuestros métodos, y no creo que el señor Hutchinson obtuviera mejores resultados en Salem. Sin duda H. sólo convocó un puro espanto y apenas consiguió una parte. Lo que me enviasteis no funcionó, ya fuese porque faltaba alguna cosa o porque no pronuncié o transcribí bien las palabras. Estoy confundido. No poseo vuestras artes químicas para seguir a Borellus y admito mi perplejidad ante el Libro VII del Necronomicón que me recomendasteis. Pero os recuerdo lo que se nos dijo de tener cuidado con quien convocamos, pues ya sabéis lo que escribe el señor Mather en Magnalia de ***, y vos mismo podréis juzgar con qué veracidad se describe a ese horrendo ser. Insisto en que no convoquéis nada que no podáis controlar, y con eso me refiero a algo que pueda convocar a su vez alguna otra cosa contra vos y contra lo que vuestras artes resulten inútiles. Llamad a los Menores, no sea que los Mayores se nieguen a responder y lleguen a dominaros. Me asustó leer que sabíais lo que Ben Zariatnatmik tenía en su ataúd de caoba, pues comprendí quién debía de habérselo dicho. Y una vez más os pido que me llaméis Jebediah y no Simon. En esta comunidad no se puede vivir tanto tiempo y ya sabéis la artimaña a la que recurrí para volver haciéndome pasar por mi hijo. Estoy deseoso de que me pongáis al corriente de lo que el Hombre Negro averiguó de Sylvanus Cocidius en la cripta al pie de la muralla romana, y os quedaré muy agradecido si me prestáis el manuscrito del que me habláis.

Otra carta sin firmar procedente de Filadelfia también les dio mucho que pensar, en especial por el pasaje siguiente:

Tendré en cuenta lo que decís de enviar los informes sólo en vuestros barcos, pero no siempre sé cuándo esperarlos. Respecto a lo que hablamos, sólo necesito una cosa más, pero antes quiero estar seguro de haberos entendido bien. Decís que no debe faltar ninguna parte para obtener el mejor resultado, pero no imagináis lo difícil que resulta estar seguro. Supone un gran riesgo y una carga llevarse la caja entera, y en la ciudad (por ejemplo en San Pedro, San Pablo, Santa María o Santo Cristo) apenas es posible. Sin embargo, conozco las imperfecciones del que convocasteis el pasado octubre, y cuantos especímenes vivos hubisteis de utilizar antes de dar con el procedimiento adecuado en 1776, así que seguiré todos vuestros consejos. Estoy impaciente por la llegada de vuestro bergantín y pregunto a diario en el muelle del señor Biddle.

Una tercera carta sospechosa estaba en una lengua e incluso un alfabeto desconocidos. En el diario de Smith hallado por Charles Ward aparece sólo una combinación de caracteres copiados con torpeza que se repiten varias veces; las autoridades de la Universidad de Brown han determinado que el alfabeto es amhárico o abisinio, pero no han identificado la palabra. Ninguna de estas epístolas fue entregada a Curwen, aunque la desaparición de Jedediah Orne de Salem, producida poco después, demuestra que los ciudadanos de Providence tomaron ciertas medidas. En la Sociedad Histórica de Pennsylvania se conservan varias cartas extrañas relativas a la presencia de determinado personaje indeseable en Filadelfia. No obstante, las medidas más decisivas seguían en el aire y el fruto de los hallazgos de Weeden debemos buscarlo en las reuniones secretas que antiguos corsarios y marineros probados y juramentados celebraron a altas horas de la noche en los almacenes de los Brown. Poco a poco fueron urdiendo un plan de ataque que no dejaría ni rastro de los odiosos misterios de Joseph Curwen.

A pesar de todas las precauciones, algo debió de sospechar Curwen, pues adoptó un aire extremadamente preocupado. Su coche se veía a todas horas en la ciudad o en la carretera de Pawtuxet, y poco a poco abandonó la fingida cordialidad con que había intentado combatir los prejuicios en la ciudad. Sus vecinos más próximos, los Fenner, observaron una noche un gran rayo de luz que se alzaba hasta el cielo por una abertura en el tejado del misterioso edificio de piedra con las ventanas tan altas y estrechas, y se apresuraron a comunicar el suceso a John Brown en Providence. El señor Brown se había puesto al mando del selecto grupo de juramentados dispuestos a acabar con Curwen, y había informado a los Fenner de que pronto pasarían a la acción. Lo juzgó necesario puesto que por fuerza habrían de presenciar el ataque definitivo y lo justificó diciendo que habían averiguado que Curwen era un confidente de las autoridades aduaneras de Newport, contra quienes todos los armadores, comerciantes y granjeros estaban enfrentados ya fuese de manera declarada o clandestina. No está claro que los vecinos que habían sido testigos de tantas cosas extrañas llegaran a creerse aquella mentira, pero es evidente que los Fenner estaban dispuestos a atribuir toda clase de maldades a un hombre de costumbres tan extrañas. El señor Brown les confió la tarea de vigilar la granja de Curwen y de informarle de cualquier incidente que tuviese lugar en ella.

5

La posibilidad de que Curwen pudiera estar sobre aviso e intentase algo inesperado, tal como parecía indicar el extraño rayo de luz, terminó de precipitar el plan tan cuidadosamente tramado por aquel grupo de ciudadanos responsables. Según el diario de Smith, una partida de unos cien hombres se reunió a las diez de la noche del viernes 12 de abril de 1771 en el salón de la taberna de Thruston El León Dorado, en Weybosset Point, al otro lado del puente. Del grupo de notables, además de John Brown, en calidad de jefe, estaban presentes el doctor Bowen con su maletín de instrumental quirúrgico, el presidente Manning, sin la enorme peluca (la mayor de las colonias) por la que era conocido, el gobernador Hopkins, envuelto en un capote negro y acompañado por su hermano Esek, el marino, a quien había informado de todo en el último momento con permiso de los demás, John Carter, el capitán Mathewson, y el capitán Whipple, que iba a estar al frente de la partida. Los jefes departieron en un reservado tras lo cual el capitán Whipple se presentó en el salón e impartió las últimas instrucciones. Eleazar Smith se quedó con los jefes mientras esperaban en el reservado a que llegara Ezra Weeden, cuya misión era vigilar a Curwen y avisar cuando saliese en su coche hacia la granja.

A eso de las diez y media se oyó un gran estrépito en el Puente Grande seguido del ruido de un coche en la calle, y a nadie le hizo falta esperar a Weeden para saber que el sentenciado se había puesto en camino hacia su última noche de sacrílega brujería. Un instante después, cuando el coche traqueteaba sobre el puente de Muddy Dock, llegó Weeden, y los asaltantes salieron en silencio a la calle, formaron en orden militar y se echaron al hombro los fusiles de chispa, las carabinas y los arpones balleneros que llevaban consigo. Weeden y Smith formaban parte de la partida, y entre quienes habían participado en las deliberaciones se presentaron también el capitán Whipple, que estaba al mando, el capitán Esek Hopkins, John Carter, el presidente Manning, el capitán Mathewson y el doctor Bowen, además de Moses Brown, que había llegado a las once y no había participado en la sesión preliminar en la taberna. Sin más demora, emprendieron la marcha con los cien marineros. Hoscos y temerosos dejaron atrás Muddy Dock y siguieron por la leve pendiente de Broad Street hacia la carretera de Pawtuxet. Al pasar por la iglesia del diácono Snow, algunos se volvieron para echar una mirada de despedida a la ciudad de Providence que se extendía bajo las primeras estrellas de la primavera. Las agujas y los tejados se alzaban oscuros y elegantes y la brisa marina soplaba suavemente desde la caleta al norte del puente. Vega se alzaba al otro lado del agua sobre la alta colina, cuya cresta de árboles interrumpía la línea del

tejado del inacabado edificio de la universidad. Al pie de esa colina, y a lo largo de los estrechos callejones, dormía la antigua ciudad; la Vieja Providence en nombre de cuya cordura y seguridad iba a eliminarse una blasfemia tan monstruosa y colosal.

Una hora y cuarto después, los asaltantes llegaron, tal y como habían acordado, a la granja de los Fenner, donde oyeron los últimos informes acerca de su víctima. Había entrado en su granja una media hora antes, y poco después la extraña luz había vuelto a proyectarse en el cielo, pese a que no se veían luces en las ventanas. Así había ocurrido en los últimos tiempos. Justo mientras les contaban aquella noticia un gran resplandor se alzó en dirección sur, y los de la partida comprendieron que se hallaban en el escenario de prodigios temibles y sobrenaturales. El capitán Whipple dividió sus fuerzas en tres grupos: el primero, formado por veinte hombres al mando de Eleazar Smith, se dirigiría a la playa y custodiaría el embarcadero ante la posible llegada de refuerzos hasta que enviasen un mensajero a buscarle si la situación se volvía desesperada; el segundo grupo, integrado por otros veinte hombres al mando del capitán Esek Hopkins, bajaría sin hacer ruido por el valle de detrás de la granja y con hachas y cargas de pólvora echaría abajo la puerta de roble en el empinado ribazo, mientras el tercero atacaría la casa y las dependencias anejas. De este último grupo de hombres un tercio entraría en el misterioso edificio de piedra de ventanas altas y estrechas, otro seguiría al capitán Whipple hasta la propia granja y el último se desplegaría en círculo alrededor de los diversos edificios hasta que les llamaran con una señal de emergencia.

El grupo del río echaría la puerta abajo al oír un único toque de silbato, y esperaría y capturaría a cualquier ser que pudiera surgir del interior. Si oían dos toques de silbato avanzarían por la puerta para enfrentarse al enemigo o unirse al resto de los atacantes. El grupo encargado de atacar el edificio de piedra respondería del mismo modo a ambas señales: forzando la entrada al oír la primera o internándose en cualquier pasadizo subterráneo que encontrase, en caso de oír la segunda, para participar en los combates o escaramuzas que pudieran librarse en las cavernas. Una tercera señal de emergencia de tres toques de silbato serviría para llamar a la reserva que se dividiría igualmente en dos grupos y se adentraría en las profundidades desconocidas tanto desde la granja como desde el edificio de piedra. La fe del capitán Whipple en la existencia de las catacumbas era absoluta y no barajó ninguna otra posibilidad al trazar sus planes. Llevaba consigo un sonoro silbato para estar seguro de que no pudieran malinterpretarse sus señales. El último grupo de reserva del embarcadero, por supuesto, estaba tan lejos que apenas podría oírlos y sería necesario enviar un mensajero para pedir ayuda. Moses Brown y John Carter fueron con el capitán Hopkins a la orilla del río, mientras que el presidente Manning partió con el capitán Mathewson hacia el edificio de piedra. El doctor Bowen se unió a Ezra Weeden y a la partida del capitán Whipple, encargada de asaltar la propia granja. El ataque tendría lugar en cuanto llegase el mensajero enviado por el capitán Hopkins para advertir al capitán Whipple de que habían llegado al río. El jefe daría entonces un único toque de silbato y los distintos grupos iniciarían el ataque simultáneamente por tres flancos. Poco antes de la una de la madrugada las tres partidas salieron de la granja de los Fenner; una para montar guardia en el embarcadero, la otra para encaminarse hacia el río y la puerta en el ribazo y la tercera para dividirse y encargarse de los diversos edificios de la granja.

Eleazar Smith, que fue con los del embarcadero, anota en su diario una marcha sin incidentes y una larga espera junto a los riscos de la bahía, interrumpida sólo por lo que les pareció el sonido lejano del pitido de la señal y luego por una mezcla de gritos y rugidos amortiguados y por una explosión que parecía proceder del mismo sitio. Después uno de los hombres creyó oír disparos a lo lejos, y más tarde el propio Smith oyó el fragor de unas palabras titánicas y atronadoras en el aire. Justo antes de que amaneciera llegó un mensajero muy demacrado, con la mirada desencajada y un extraño olor en la ropa,

y dio órdenes al destacamento de que se dispersaran, regresasen discretamente a sus casas y no volvieran a pensar ni a hablar de lo acontecido aquella noche ni de la persona de Joseph Curwen. La actitud del mensajero revelaba una convicción que no habría podido transmitir con simples palabras, pues pese a ser un marinero a quien conocían muchos de los presentes, su alma había perdido o ganado algo que lo apartó de ellos para siempre. Lo mismo ocurrió cuando encontraron a otros antiguos camaradas que habían estado en aquel horroroso lugar. La mayoría habían ganado o perdido algo imponderable e indescriptible. Habían visto u oído algo que no estaba destinado a los seres humanos y no podían olvidar. Jamás hicieron un solo comentario al respecto, pues hay límites incluso para el más común de los instintos humanos. Y los de la playa percibieron tal espanto en aquel mensajero que casi bastó para sellar sus propios labios. Apenas circuló ningún rumor, y el diario de Eleazar Smith es el único registro escrito que ha sobrevivido de la expedición que partió de la taberna del León Dorado a la luz de las estrellas.

No obstante, Charles Ward descubrió otra vaga información incidental en unas cartas de los Fenner que encontró en Nueva Londres, donde sabía que había vivido otra rama de la familia. Parece que los Fenner, desde cuya casa se distinguía a lo lejos la granja fatídica, vieron partir las columnas de asaltantes y oyeron con claridad los ladridos furiosos de los perros de Curwen seguidos del primer toque de silbato que precipitó el ataque. Después del pitido volvió a surgir el gran haz de luz del edificio de piedra, y un instante después, tras el sonido de la segunda señal ordenando un ataque general, se oyó el crepitar de los tiros de mosquete seguido de un horrible grito que Luke Fenner reprodujo en su carta con los caracteres «¡Waaaahrrrr... R'waaahrrr!». El grito, no obstante, poseía una cualidad que la simple escritura no podía reproducir, y el corresponsal añade que su madre se desmayó al oírlo. Luego el grito se repitió con menos fuerza y siguieron nuevos aunque amortiguados estampidos de disparos junto a una ruidosa explosión junto al río. Cerca de una hora más tarde los perros empezaron a ladrar de un modo temible, el suelo retumbó y temblaron los candeleros de la repisa de la chimenea. Se notó un fuerte olor a azufre, y el padre de Luke Fenner aseguró haber oído el pitido de la señal de emergencia, aunque los otros no lo oyeron. Volvieron a oírse disparos de mosquete, seguidos de un profundo chillido menos penetrante pero más horrible que los que le habían precedido; una especie de tos o gorgoteo gutural, desagradable y ondulante cuya cualidad de grito debía prestársela más su duración e impresión psicológica que su verdadero valor sonoro.

Luego vieron de pronto un ser envuelto en llamas en el lugar donde debía hallarse la granja de Curwen y se oyeron gritos de hombres desesperados y aterrorizados. Los mosquetes continuaron disparando hasta que aquel ser cayó ardiendo al suelo. De pronto surgió otro ser idéntico y se oyó un grito con mucha claridad. Fenner escribió que incluso acertó a distinguir algunas de las palabras proferidas en mitad de aquel frenesí: «¡Dios Todopoderoso, protege a tu cordero!». Luego se oyeron más disparos, y el segundo ser también fue derribado. A continuación sobrevino un silencio que duró unos tres cuartos de hora, al cabo del cual Arthur Fenner, el hermano de Luke, exclamó que había visto una «niebla roja» alzarse a lo lejos hasta las estrellas desde la granja maldita. Sólo el niño pudo dar testimonio de tal cosa, pero Luke admite la significativa coincidencia de que los tres gatos presentes en la habitación arquearon el lomo y erizaron el pelo justo en ese instante.

Cinco minutos después se levantó un viento helado, y el aire se impregnó de un hedor tan insoportable que sólo el fresco aroma del mar impidió que lo notaran los de la orilla o quienes estuviesen despiertos en el pueblo de Pawtuxet. Aquella pestilencia no se parecía a nada que hubiesen oído los Fenner y les inspiró una especie de temor indefinido y persistente peor aún que el de la tumba o el pudridero. Casi al instante se oyó la voz terrible que ninguno de aquellos desventurados podría

olvidar jamás. Resonó en el cielo como una maldición y los cristales de las ventanas temblaron a medida que se alejaba. Era profunda y musical; poderosa como el órgano de una iglesia y malvada como los libros prohibidos de los árabes. Nadie entendió lo que decía, pues habló en una lengua desconocida, pero he aquí cómo reprodujo Luke Fenner esas entonaciones demoníacas: DEESMEES-JESHET-BONE DOSEFE DUVEMA-ENITEMOSS. Hasta 1919 nadie relacionó esta tosca transcripción con nada conocido por los mortales, pero Charles Ward palideció al reconocer lo que Mirandola había denunciado estremecido como el más horrible de los conjuros de la magia negra.

Un grito inconfundiblemente humano o un chillido de varias voces emitidas al unísono pareció responder a aquel maligno portento de la granja Curwen, tras lo cual el hedor desconocido se volvió aún más intenso al mezclarse con otro igual de insoportable. Se oyó entonces un lamento claramente distinto de los gritos, que se prolongó ululando en una serie de paroxismos descendentes y ascendentes. A veces casi parecía articulado, aunque nadie acertó a distinguir una sola palabra, y en determinado momento estuvo a punto de rayar los límites de una risa histérica y diabólica. Luego un alarido de pavor absoluto y desquiciado se alzó de docenas de gargantas humanas: un alarido que se oyó con claridad a pesar de las profundidades desde las que debió de emitirse, tras lo cual el silencio y la oscuridad se adueñaron de todo. Volutas de humo de olor acre se alzaron al cielo hasta cubrir las estrellas, aunque no había llamas, y al día siguiente no vieron ningún edificio dañado ni desaparecido.

Hacia el amanecer, dos asustados mensajeros con la ropa impregnada de olores monstruosos e irreconocibles llamaron a la puerta de los Fenner y les pidieron un barril de ron, que pagaron generosamente. Uno de ellos informó a la familia de que el asunto de Joseph Curwen había concluido y de que no debían aludir jamás a lo sucedido aquella noche. Por arrogante que pareciera aquella orden, el aspecto de quien la dio eliminó cualquier suspicacia y le otorgó una temible autoridad; de modo que sólo han quedado esas cartas furtivas de Luke Fenner, que pidió a su pariente que las destruyera, para contarnos lo que se vio y se oyó. Sólo el hecho de que dicho pariente no cumpliera su petición impidió que el asunto cayera en un piadoso olvido. Charles Ward tenía un detalle que añadir como resultado de su larga investigación de las tradiciones ancestrales de los habitantes de Pawtuxet. El viejo Charles Slocum, residente en dicho pueblo, afirmó que su abuelo había oído decir que, una semana después de que se anunciara la muerte de Joseph Curwen, corrió un extraño rumor sobre un cadáver carbonizado y deforme que había aparecido en los campos. Lo que avivó los comentarios fue que dicho cadáver, hasta donde podía apreciarse por su estado quemado y retorcido, no era del todo humano ni se parecía a ningún animal que la gente de Pawtuxet hubiese visto o del que hubiera tenido noticia jamás.

6

Nunca pudo inducirse a ninguno de los participantes en aquel terrible asalto a que dijeran una palabra al respecto, y los pocos datos vagos y fragmentarios que han sobrevivido proceden de gente que no tomó parte directa en él. Resulta escalofriante el cuidado con que los asaltantes destruyeron hasta la más ínfima prueba que guardara la menor relación con el asunto. Ocho marineros perdieron la vida, pero, aunque sus cuerpos nunca se recuperaron, sus familias se contentaron con saber que se había producido una escaramuza con los oficiales de aduanas. La misma explicación sirvió para excusar a los numerosos heridos, todos los cuales fueron vendados y tratados por el doctor Jabez Bowen, que había acompañado a la partida. Más difícil de explicar fue el hedor que impregnaba a los asaltantes y que fue motivo de comentarios durante semanas. De los jefes, el capitán Whipple y Moses Brown fueron quienes sufrieron heridas más graves, y las cartas de sus mujeres dan fe de la perplejidad que despertaron sus reticencias y el excesivo cuidado de sus vendajes. Desde el punto de vista psicológico,

todos los participantes parecían envejecidos, serios y afectados. Afortunadamente, todos eran hombres de acción, fuertes y de convicciones religiosas sencillas y ortodoxas, pues una mayor sutileza o capacidad de introspección o una mayor complejidad intelectual sin duda les habría hecho enfermar. El presidente Manning fue el más afectado, pero incluso él apartó las sombras más oscuras y ahogó los recuerdos con sus oraciones. Todos y cada uno de los jefes desempeñaron un importante papel en los años siguientes, y tal vez fuese una suerte. Apenas doce meses después, el capitán Whipple estuvo a la cabeza de la multitud que incendió el guardacostas Gaspee, y aquel acto arriesgado fue un paso más para borrar de su memoria ciertas imágenes morbosas.

A la viuda de Joseph Curwen le entregaron un extraño ataúd de plomo sellado, que obviamente tenían preparado de antemano, y en el que le aseguraron que yacía el cadáver de su marido. Le dijeron que había muerto en un enfrentamiento con los guardias costeros del que no era prudente proporcionar más detalles. Nadie dio más explicaciones sobre el final de Joseph Curwen, y Charles Ward sólo tuvo una pista con la que construir una teoría. Dicha pista era un hilo finísimo: un tembloroso subrayado en un pasaje de la carta confiscada de Jedediah Orne a Curwen, tal como la transcribió en parte Ezra Weeden. La copia estaba en posesión de los descendientes de Smith, e ignoramos si Weeden se la dio a su camarada antes del fin, como clave muda de la anomalía que había acontecido, o si, como parece más probable, Smith la tenía ya en su poder y la subrayó a partir de lo que logró sonsacarle a su amigo mediante hábiles preguntas y deducciones. El pasaje subrayado dice así:

Insisto en que no convoquéis nada que no podáis controlar, y con eso me refiero a algo que pueda convocar a su vez alguna otra cosa contra vos y contra lo que vuestras artes resulten inútiles. Llamad a los Menores, no sea que los Mayores se nieguen a responder y lleguen a dominaros.

A la luz de este pasaje, y considerando los innumerable aliados que un hombre vencido podría convocar en un momento de extrema necesidad, Charles Ward bien pudo haberse preguntado si de verdad había sido un ciudadano de Providence quien había matado a Joseph Curwen.

Quienes capitanearon el asalto contribuyeron en gran parte a borrar deliberadamente cualquier alusión al muerto de los anales y la vida de Providence. Al principio no pretendieron ser demasiado minuciosos y dejaron que la viuda, su padre y la niña siguieran ignorantes de la verdad de los hechos, pero el capitán Tillinghast era un hombre astuto, y no tardó en desvelar rumores que le llenaron de espanto y le decidieron a exigir que su hija y su nieta cambiaran de nombre, quemasen la biblioteca y cualquier documento que pudieran haber conservado y borrarán la inscripción de la lápida que había sobre la tumba de Joseph Curwen. Conocía bien al capitán Whipple, y es probable que lograra sonsacarle al franco marino más detalles que nadie sobre el final del supuesto hechicero.

A partir de ese momento la eliminación de cualquier recuerdo que pudiera quedar de Curwen se volvió cada vez más inflexible, y acabó extendiéndose de común acuerdo a los registros de la ciudad y a los archivos de la Gazette. En espíritu sólo podría compararse con el silencio que envolvió durante un decenio el nombre de Oscar Wilde tras su deshonor, y en extensión sólo al destino del pecaminoso rey de Runazar, en el cuento de lord Dunsany, a quien los dioses condenaron no sólo a que dejara de existir, sino también a no haber existido.

La señora Tillinghast, como se hizo llamar la viuda a partir de 1772, vendió la casa de Olney Court y vivió con su padre en Power's Lane hasta su muerte, acontecida en 1817. La granja de Pawtuxet, que evitaba toda alma viviente, siguió desmoronándose durante años, y pareció deteriorarse con inexplicable rapidez. En 1780 sólo la piedra y la mampostería seguían en pie, y en 1800 no era más que un montón

de cascotes. Nadie se aventuró a atravesar la maraña de arbustos de la orilla del río tras la cual debía de hallarse la puerta de la ladera de la colina, ni intentó formarse una imagen clara del lugar donde Joseph Curwen se había separado de los horrores que había creado.

Sólo quienes estaban con los oídos atentos oyeron alguna vez murmurar para sus adentros al rudo y anciano capitán Whipple: «La peste se lleve a ése ***, aún no sé de qué se reía mientras chillaba. Era como si el muy *** guardase un as en la manga. Por media corona habría quemado su *** casa».

III

UNA BÚSQUEDA Y UNA EVOCACIÓN

1

Charles Ward, como hemos visto, supo por primera vez de su parentesco con Joseph Curwen en 1872. No es de extrañar que enseguida se despertara en él un gran interés por todo lo relativo al misterioso desaparecido, pues hasta el más vago rumor sobre Curwen se volvió vital para alguien por cuyas venas corría su sangre. Ningún imaginativo y animoso genealogista habría hecho otra cosa que emprender una ávida y sistemática recopilación de datos sobre su antepasado.

Al principio no intentó en absoluto ocultar sus indagaciones, de manera que incluso el doctor Lyman duda a la hora de datar la locura del joven antes de 1919. Hablaba sin tapujos con la familia —aunque a su madre no le agradara demasiado reconocer la existencia de un antepasado como Joseph Curwen— y con los empleados de los museos y las bibliotecas que visitaba. Al solicitar a las familias particulares los registros que, según creía, podían estar en su posesión no ocultaba lo más mínimo su propósito y compartía el divertido escepticismo con que éstas consideraban lo que se contaba en las cartas y los diarios antiguos. A menudo expresó un vivo interés por lo que había sucedido en realidad un siglo y medio antes en aquella granja de Pawtuxet cuya ubicación había tratado de encontrar en vano, y sobre lo que había sido verdaderamente Joseph Curwen.

Cuando topó con el diario y los archivos de Smith y encontró la carta de Jedediah Orne decidió visitar Salem para rastrear las primeras actividades y relaciones de Curwen, y así lo hizo aprovechando las vacaciones de Semana Santa de 1919. En el Instituto Essex, que conocía bien de sus anteriores estancias en la elegante y antigua ciudad de decadentes gabletes puritanos y apelotonados tejados en mansarda, le recibieron con suma amabilidad y pudo recabar muchos datos sobre Curwen. Descubrió que su antepasado había nacido en el pueblo de Salem, hoy Danvers, situado a diez kilómetros de la ciudad, el 18 de febrero (calendario juliano) de 1662-1663 y que se había embarcado a la edad de quince años, sin que nadie tuviese noticias suyas hasta nueve años después, cuando regresó con el habla, la vestimenta y los modales de un inglés nato y se instaló en la propia ciudad de Salem. En esa época tenía poco trato con su familia y pasaba la mayor parte del tiempo con los curiosos libros que había traído de Europa y los extraños productos químicos que le llegaban en barcos de Inglaterra, Francia y Holanda. Ciertas excursiones suyas al campo despertaron la curiosidad de la gente y los cotilleos lo asociaron con vagos rumores de hogueras en las colinas en plena noche.

Los únicos amigos íntimos de Curwen habían sido un tal Edward Hutchinson, del pueblo de Salem, y un tal Simon Orne de Salem. A menudo se le veía reunirse con ellos en las tierras comunales de la

ciudad, y no era infrecuente que se visitaran unos a otros. Hutchinson tenía una casa en medio del bosque, y la gente sensible la evitaba por los ruidos extraños que se oían en ella de noche. Se decía que recibía extrañas visitas y que las luces de las ventanas no siempre eran del mismo color. El conocimiento que demostraba sobre personas largo tiempo fallecidas y acontecimientos ya olvidados se consideraba claramente enfermizo; desapareció más o menos cuando empezó a extenderse el pánico de la brujería y no volvió a saberse de él. En esa época se marchó también Joseph Curwen, aunque pronto se supo que se había instalado en Providence. Simon Orne vivió en Salem hasta 1720, cuando empezó a llamar la atención el hecho de que no envejeciera visiblemente. Luego desapareció, aunque treinta años más tarde se presentó su hijo, que era su vivo retrato, y reclamó su herencia. Sus pretensiones se vieron satisfechas, en virtud de los documentos firmados de puño y letra por Simon Orne, y Jedediah Orne continuó viviendo en Salem hasta 1771, cuando ciertas cartas de los ciudadanos de Providence dirigidas al reverendo Thomas Barnard y otros propiciaron su discreto retiro a un lugar desconocido.

En el Instituto Essex, los juzgados y el registro, había diversos documentos disponibles acerca de tan extraños personajes, unos de naturaleza totalmente inofensiva, como escrituras de propiedad y actas de compraventa, y otros más misteriosos e intrigantes. En los registros de los juicios por brujería había cuatro o cinco alusiones inconfundibles; como cuando un tal Hepzibah Lawson juró al juez Hathorne que «cuarenta brujas y un Hombre Negro se reunían en los bosques detrás de la casa del señor Hutchinson», o cuando una tal Amity How declaró, en una audiencia celebrada el 8 de agosto por el juez Gedney, que «El señor G. B. (el reverendo George Burroughs) puso la Marca del Demonio a Bridget S., Jonathan A., Simon O., Deliverance W., Joseph C., Susan P., Mehitable C. y Deborah B.». Además había un catálogo de los títulos hallados en la misteriosa biblioteca de Hutchinson tras su desaparición, y un manuscrito inacabado y escrito en clave que nadie había podido descifrar. Ward mandó hacer una copia fotostática de dicho manuscrito y empezó a dedicarle atención de cuando en cuando desde el día en que se la dieron. A partir del siguiente agosto, su esfuerzos por descifrarlo se volvieron más intensos y febriles, y a juzgar por sus palabras y su comportamiento, hay razones para creer que encontró la clave entre octubre y noviembre. No obstante, nunca declaró haberlo hecho.

Pero lo más interesante fue el material sobre Orne. Ward tardó poco tiempo en demostrar, basándose en la caligrafía, algo que consideraba ya demostrado por la carta enviada a Curwen: que Simon Orne y su hijo eran la misma persona. Tal como había dicho Orne a su corresponsal, no era seguro vivir demasiado tiempo en Salem, motivo por el cual recurrió a una ausencia de treinta años en el extranjero, y sólo regresó a reclamar sus tierras como representante de una nueva generación. Al parecer Orne había tomado la precaución de destruir la mayor parte de su correspondencia, pero los ciudadanos que participaron en la acción de 1771 encontraron y conservaron algunas cartas y documentos que les llamaron la atención. Había crípticas fórmulas y diagramas escritos con su letra y la de otras personas que Ward transcribió con sumo cuidado o mandó fotografiar, y una carta muy misteriosa en una caligrafía que reconoció, tras compararla con otros documentos del registro, indudablemente como de Joseph Curwen.

Era evidente que, pese a que el año no conste en la fecha, no se trataba de la carta a la que Orne había respondido en la misiva confiscada; y por su contenido Ward pudo fecharla no mucho después de 1750. Tal vez no esté de más transcribir el texto completo, como ejemplo del estilo de alguien cuya historia fue tan terrible y misteriosa. Se dirige al destinatario llamándolo «Simon» pero la palabra está tachada (Ward nunca supo si por Curwen o por Orne).

Primero de mayo (Ut. vulgo)

Al señor Simon Orne

William's Lane, en Salem

Hermano:

Mi antiguo y honrado amigo, con el debido respeto y mis mejores deseos a Aquél a quien servimos por vuestro poder eterno. He llegado al punto que deberíais saber, acerca de la última extremidad y lo que hacer al respecto. No estoy dispuesto a seguir vuestro ejemplo y partir a causa de mis años, pues Providence no es tan estricta como vuestra ciudad a la hora de investigar las cosas fuera de lo común y llevarlas a juicio. Estoy atado por mis barcos y mercancías y no podría hacer como vos, además mi granja de Pawtuxet tiene debajo lo que ya sabéis, y no esperaría a que regresara como otra persona.

Pero, como ya os he dicho, estoy preparado por si cambia mi suerte y he trabajado mucho sobre el modo de volver después de lo Último. Anoche di con las palabras para convocar a YOGGE-SOTHOTHE, y vi por primera vez el rostro del que habla Ben Schacabao en su *** y dijo que en el Salmo III del Liber-Damnatus se halla la clave. Con el sol en la V casa y Saturno en trino, dibujad vuestra estrella de fuego y decid tres veces el noveno versículo. Repetid dicho versículo cada primero de mayo y la víspera de Todos los Santos y el ser prosperará en las esferas exteriores.

Y de la semilla del anciano nacerá Uno que mirará atrás, sin saber lo que busca.

Pero nada de esto servirá si no hay heredero, y si las sales, o el modo de prepararlas, no están a mano; y en eso he de reconocer que no he dado los pasos necesarios ni averiguado gran cosa. Vuestro procedimiento es muy difícil de poner en práctica y requiere tal cantidad de especímenes que me cuesta obtener suficientes, a pesar de los marineros que tengo de las Indias. Los vecinos empiezan a hacerse preguntas, pero sé cómo tenerlos a raya. Aunque los caballeros son peores que el populacho porque son más circunspectos en sus actos y la gente presta más crédito a sus palabras. Temo que ese párroco y el señor Merritt hayan hablado más de la cuenta, aunque de momento no resultan peligrosos. Vuestras sustancias químicas son fáciles de obtener, pues hay dos buenos boticarios en la ciudad, el doctor Bowen y Sam Carew. Estoy siguiendo las instrucciones de Borellus, y he buscado ayuda en el libro de Abdul Al-Hazred. Si averiguo algo os lo haré saber. Y entretanto no dejéis de hacer uso de las palabras que os he dado. Son las correctas, pero si queréis VERLO, emplead lo escrito en la pieza de *** que os incluyo en este paquete. Pronunciad los versículos el primero de mayo y la víspera de Todos los Santos, y si vuestro linaje no se interrumpe, uno vendrá en años venideros que mirará atrás y utilizará las sales, o los materiales para prepararlas, que vos le dejéis. Job 14, 14.

Me alegra que estéis de vuelta en Salem, y confío en veros pronto. Tengo un buen caballo y espero conseguir pronto un coche, puesto que ya hay uno en Providence (el del señor Merritt), aunque los caminos son malos. Si os animáis a viajar, no dejéis de visitarme. Desde Boston tomad el camino de posta que pasa por Dedham, Wrentham y Attleborough, hay buenas posadas en todas esas poblaciones. Pasad la noche en Wrentham donde las camas son mejores que las del señor Hatch, pero comed en el otro sitio, pues la comida es mejor. Desviaos hacia Providence al llegar a las cascadas de Pawtuxet y seguid por el camino hasta la posada del señor Sayles. Mi casa está enfrente de la posada de Epenetus Olney en Towne Street, la primera del lado norte de Olney Court. La distancia desde Boston son unos LXXI kilómetros.

Se despide de vos vuestro antiguo amigo y servidor en Almousin-Metraton,

Es curioso que fuese esta carta la que proporcionó a Ward la ubicación exacta de la casa de Curwen en Providence, pues ninguno de los registros que había consultado hasta el momento había sido tan exacto. El hallazgo fue doblemente sorprendente porque indicaba que la casa nueva construida por Curwen en 1761 para reemplazar a la antigua era un edificio en ruinas que aún seguía en pie en Olney Court y que Ward conocía bien gracias a sus paseos por Stamper's Hill. Se hallaba a pocas manzanas de su propia casa en lo alto de la colina, y era ahora el hogar de una familia negra muy apreciada por su trabajo de lavandería, limpieza y mantenimiento de hornos. Encontrar en la lejana Salem una prueba de la importancia que tenía en su historia familiar aquel nido de grajos impresionó mucho a Ward, que decidió explorar el lugar nada más volver. Las partes más misteriosas de la carta, que interpretó como algún extraño simbolismo, lo dejaron francamente perplejo, aunque apuntó con un estremecimiento de curiosidad que el pasaje bíblico citado —Job 14, 14— era el conocido versículo: «Si muerto el hombre reviviera, esperarí­a que pasara el tiempo de mi milicia, hasta que me llegara la hora del relevo».

2

El joven Ward volvió a casa en un estado de agradable excitación, y dedicó el sábado siguiente a inspeccionar larga y exhaustivamente la casa de Olney Court. El edificio, decrépito por el paso del tiempo, nunca había sido una mansión, sino una modesta vivienda urbana de dos pisos con desván al estilo colonial de Providence, con un sencillo tejado en punta, una gran chimenea central y un umbral artísticamente tallado, con montante en abanico, un pedimento triangular y esbeltas pilastras dóricas. Por fuera apenas había sufrido cambios, y Ward tuvo la sensación de contemplar algo muy próximo a los siniestros asuntos de su búsqueda.

Conocía a los actuales inquilinos, y el viejo Asa y su robusta mujer Hannah le enseñaron el interior con sumo agrado. Dentro se habían producido más cambios de lo que podría imaginarse desde fuera, y Ward vio con pesar que más de la mitad de la hermosa moldura de encima de la chimenea, que representaba una urna con pergaminos, había desaparecido junto con el revestimiento con motivos de conchas de la alacena, mientras que la mayor parte de los paneles y las molduras estaban golpeadas, abolladas y melladas, o habían sido cubiertas por un empapelado barato. En general, la inspección no fue tan productiva como había imaginado Ward, pero al menos le resultó emocionante estar entre los muros ancestrales que habían alojado a un hombre tan espantoso como Joseph Curwen. Reparó con un escalofrío en que habían borrado cuidadosamente un monograma de la antigua aldaba de bronce.

Desde ese momento hasta que terminaron las clases Ward consagró su tiempo a la copia fotostática del manuscrito cifrado de Hutchinson y a recopilar datos sobre Curwen. En lo primero siguió sin obtener resultados; no obstante, logró reunir tanta información y tantas pistas sobre lo segundo que pudo deducir la existencia de ciertas cartas antiguas, y en julio decidió viajar a Londres y a Nueva York para consultarlas. Fue un viaje muy fructífero, pues le proporcionó las cartas de los Fenner, con su terrible descripción del ataque a la granja de Pawtuxet, y la correspondencia Nightingale-Talbot por la que tuvo noticia del retrato pintado en un panel de la biblioteca de Curwen. En particular, se despertó en él un vivo interés por ver aquel retrato, pues habría dado cualquier cosa por saber qué aspecto tenía Joseph Curwen, y decidió volver a inspeccionar la casa de Olney Court para ver si encontraba algún rastro debajo de las capas de pintura desconchada o del mohoso empapelado.

Dicha inspección tuvo lugar a principios de agosto, y Ward recorrió con cuidado las paredes de todas las habitaciones lo bastante grandes para haber alojado la biblioteca del malvado constructor. Prestó

especial atención a los paneles que aún quedaban encima de las chimeneas; al cabo de una hora fue presa de un gran nerviosismo al comprobar que, en un área sobre la chimenea de un amplio salón de la planta baja, la superficie que apareció debajo de varias capas de pintura era notablemente más oscura de lo que era lógico para una pintura de interior o la madera que había debajo. Tras unas catas más cuidadosas hechas con un cuchillo fino supo que había dado con un retrato al óleo de gran tamaño. Con auténtica contención de erudito, el joven decidió no arriesgarse a dañar el cuadro oculto destapándolo con el cuchillo, y abandonó el escenario de su descubrimiento decidido a pedir ayuda a un experto. Al cabo de tres días regresó con un artista de dilatada experiencia, el señor Walter C. Dwight, cuyo estudio está al pie de College Hill; el habilidoso restaurador de cuadros se puso enseguida manos a la obra con los métodos y sustancias químicas adecuadas. Como es natural, tan inesperada visita puso nerviosos al viejo Asa y a su mujer, y Ward tuvo que compensarles adecuadamente por aquella invasión de su hogar.

Día tras día, a medida que avanzaba el trabajo de restauración, Charles Ward contemplaba con creciente interés las líneas y sombras reveladas después de tan largo olvido. Dwight había empezado por abajo, y dado que se trataba de un retrato de tres cuartos el rostro tardó un tiempo en aparecer. Entretanto se vio que el retratado era un hombre sobrio y bien proporcionado que llevaba una levita azul oscuro, chaleco bordado, calzones de raso negro y medias de seda blancas, y ocupaba una silla tallada colocada ante una ventana con muelles y barcos al fondo. Cuando apareció la cabeza se vio que llevaba una pulcra peluca de Albemarle y que poseía un rostro delgado, sereno y poco distinguido que tanto a Ward como al artista les resultó familiar. No obstante, sólo al final el restaurador y su cliente empezaron a reparar con sorpresa en los detalles de aquel rostro pálido y enjuto y a reconocer con un leve espanto la teatral jugarreta gastada por la herencia. Pues hasta que dieron el último baño de aceite y los últimos delicados retoques con el raspador no apareció plenamente la expresión que habían ocultado los siglos y el perplejo Charles Dexter Ward, habitante del pasado, no pudo contemplar sus propios rasgos en el rostro de aquel horrible tatara-tatarabuelo.

Ward llevó a su padres a contemplar la maravilla que había descubierto, y su padre decidió al instante comprar el cuadro por más que estuviese pintado en un panel. El parecido con el muchacho, a pesar de que aparentase tener muchos más años, era impresionante, y era evidente que mediante algún engañoso atavismo los rasgos físicos de Joseph Curwen habían hallado una duplicación exacta después de un siglo y medio. El parecido de la señora Ward con su antepasado no era tan marcado, aunque recordaba a algunos parientes que habían compartido algunos rasgos con su hijo y el desaparecido Curwen. No le gustó el hallazgo y aconsejó a su marido que, en lugar de llevarlo a casa, quemase aquel retrato. Había en él algo malsano, afirmó, y no sólo intrínsecamente sino en el mismo parecido que guardaba con Charles. No obstante, el señor Ward, era un hombre práctico acostumbrado a moverse en el mundo del poder y los negocios —un industrial del algodón dueño de numerosas hilanderías en Riverpoint, en el valle de Pawtuxet— y no quiso prestar oídos a aquellos escrúpulos femeninos. El cuadro le había impresionado mucho por el parecido con su hijo y consideró que el chico se merecía aquel regalo. Huelga decir que Charles no pudo estar más de acuerdo con él, y unos días más tarde, el señor Ward localizó al propietario de la casa —un individuo diminuto con rasgos de roedor y acento gutural— y adquirió la repisa y la parte superior de la chimenea con el cuadro a un precio que estableció de modo tajante para evitar un inminente torrente de untuoso regateo.

Ahora faltaba arrancar el panel y trasladarlo al hogar de los Ward, donde se habían hecho los preparativos para concluir su restauración e instalarlo sobre una chimenea eléctrica simulada que había en el estudio o biblioteca de Charles en el tercer piso. Él fue el encargado de supervisar el traslado y el 28 de agosto acompañó a dos expertos operarios de la empresa de decoración Crooker hasta la casa de

Olney Court donde desmontaron el panel con suma precisión y cuidado para cargarlo en la camioneta de la empresa. Al hacerlo dejaron a la vista los ladrillos del tubo de la chimenea, y el joven Ward reparó en la existencia de un hueco de cerca de un pie cuadrado, que debía de estar justo detrás de la cabeza del retrato. Extrañado por lo que podía significar o contener aquel hueco, el joven se acercó y se asomó al interior, donde encontró debajo de una capa de polvo y hollín unos papeles sueltos y amarillentos, un grueso cuaderno de notas y unos jirones mohosos que debían de haber sido la cinta con que estaban atados. Sopló para limpiar la suciedad y las cenizas, cogió el libro y leyó la tosca inscripción de la cubierta. Estaba escrita en una letra que había aprendido a reconocer en el Instituto Essex y decía que el volumen era el «Diario y notas de J. Curwen, caballero de las plantaciones de Providence, originario de Salem».

Animado por su descubrimiento más allá de lo que puede expresarse con palabras, Ward mostró el libro a los dos curiosos operarios que le acompañaban. Su testimonio sobre la naturaleza y autenticidad del hallazgo es irrefutable, y el doctor Willett se apoya en él para establecer su teoría de que el joven no estaba loco cuando empezaron sus excentricidades. Los demás papeles también tenían la letra de Curwen y uno de ellos parecía especialmente ominoso por la inscripción: «A aquél que vendrá después y cómo podrá llegar más allá del tiempo y sus esferas». Otro estaba escrito en clave; la misma, confió Ward, que había utilizado Hutchinson y que de momento no había logrado descifrar. Un tercero, y eso alegró sobremanera al investigador, parecía la clave del texto cifrado; mientras que el cuarto y el quinto estaban dirigidos respectivamente a «Edward Hutchinson Armiger» y al «caballero Jedediah Orne», «o a su heredero o herederos, o a quienes los representen». El sexto y último tenía la inscripción: «Vida y viajes de Joseph Curwen entre los años 1678 y 1687: adónde viajó, dónde se alojó, a quién vio y lo que aprendió».

3

Llegamos así al momento en el que la mayoría de los médicos fechan la locura de Charles Ward. Nada más producirse el descubrimiento, el joven hojeó el cuaderno y los manuscritos, y es evidente que vio algo que le causó una profunda impresión. De hecho, al mostrar los títulos a los dos obreros procuró que no vieran lo que decía el texto y cayó presa de una agitación que la importancia genealógica e histórica de su hallazgo difícilmente podía justificar. Al volver a casa, comunicó la noticia casi avergonzado, como si quisiera subrayar la importancia de las pruebas sin tener que mostrarlas. Ni siquiera enseñó los títulos a sus padres, sino que se limitó a decirles que había encontrado ciertos documentos de puño y letra de Joseph Curwen, «la mayor parte en clave», y que tendría que estudiarlos con sumo cuidado antes de pronunciarse sobre su verdadero significado. Es probable que sólo se los mostrara a los dos operarios al notar en ellos una evidente curiosidad. Y sin duda quiso evitar así cualquier reticencia que aún les habría dado más motivos para hablar del asunto.

Esa noche Charles Ward se sentó en su cuarto a leer el cuaderno y los papeles que había descubierto, y al hacerse de día no interrumpió la lectura. Cuando su madre subió a preguntar si no se encontraba bien, Ward pidió que le subieran las comidas, y por la tarde salió sólo un momento cuando llegaron los obreros a instalar el cuadro y la repisa de la chimenea en su estudio. La noche siguiente durmió a ratos y sin cambiarse de ropa, mientras se debatía febrilmente con el manuscrito cifrado. Por la mañana su madre vio que estaba trabajando con la copia fotostática del documento en clave de Hutchinson que le había mostrado tantas veces, pero cuando le preguntó respondió que la clave de Curwen no servía para descifrarlo. Esa tarde dejó el trabajo y observó fascinado a los obreros mientras terminaban de instalar el cuadro y el panel sobre un realista tronco eléctrico, y colocaban la chimenea simulada y la repisa de

manera que sobresalieran un poco de la pared norte, como si fuesen de verdad, tras tapar los laterales con paneles parecidos a los de su cuarto. Serraron el panel principal donde estaba pintado el cuadro y colocaron unas bisagras para dejar detrás un hueco. En cuanto se fueron los obreros, el joven llevó su trabajo al estudio y se sentó ante el retrato con la mirada fija a ratos en el manuscrito cifrado y a ratos en aquel cuadro que le devolvía la mirada como un espejo que le añadiera años y le recordara el paso de los siglos.

Sus padres, al recordar su comportamiento en aquella época, proporcionan interesantes detalles sobre la cautela que demostró a partir de entonces. Ante los criados rara vez ocultaba los papeles que estaba estudiando, pues consideraba con razón que la intrincada y arcaica caligrafía de Curwen era demasiado complicada para ellos. No obstante, con sus progenitores se mostraba más reservado, y a menos que el manuscrito en cuestión estuviese cifrado, o incluyese un montón de símbolos crípticos e ideogramas desconocidos (como parecía serlo el titulado: «A aquél que vendrá después, etcétera»), lo tapaba con un papel hasta que el visitante se hubiera marchado. De noche guardaba los papeles bajo llave en un antiguo armarito suyo, donde también los dejaba cada vez que salía de la habitación. Pronto volvió a adoptar costumbres y horarios bastante regulares, aunque perdió el interés por los largos paseos y las otras actividades que hacía fuera de casa. El inicio de las clases, ahora que iba a empezar el último curso, supuso para él un auténtico fastidio y más de una vez afirmó que no pensaba dedicarles ningún tiempo. Según dijo tenía importantes investigaciones que llevar a cabo, que le abrirían más caminos hacia el conocimiento y las humanidades que ninguna universidad del mundo.

Como es natural, sólo alguien que siempre había sido más o menos aplicado, excéntrico y solitario podría haberse comportado así durante mucho tiempo sin llamar la atención. Ward era estudioso y reservado por naturaleza, y sus padres más que sorprenderse lamentaron el secretismo y el encierro por los que había optado. Al mismo tiempo, tanto a su padre como a su madre les pareció raro que no les enseñara ni un solo papel de los que había descubierto, ni les diera el menor dato sobre lo que había descifrado. Él explicó sus reticencias diciendo que prefería esperar hasta poder anunciar algún hallazgo coherente, pero a medida que pasaron las semanas empezó a surgir entre el joven y su familia una especie de tensión, acrecentada en el caso de su madre por su manifiesta disconformidad con cualquier indagación sobre los estudios de Curwen.

En octubre Ward empezó a frecuentar otra vez las bibliotecas, pero no por motivos arqueológicos como en los primeros tiempos. Lo que le interesaba ahora eran la magia, la hechicería, el ocultismo y la demonología, y cuando las fuentes de Providence resultaban insuficientes, cogía el tren a Boston y hurgaba en la riqueza de la gran biblioteca de Copley Square, la biblioteca Widener en Harvard, o la biblioteca de Estudios Sionistas en Brookline, donde encontró disponibles varias obras raras sobre temas bíblicos. Compró mucho y mandó instalar una estantería nueva en su estudio para colocar las obras recién adquiridas sobre cuestiones muy peculiares; aprovechando las vacaciones de Navidad hizo varias excursiones fuera de la ciudad, entre ellas una a Salem, para consultar ciertos archivos en el Instituto Essex.

A mediados de enero de 1920, su rostro adquirió una expresión triunfal que no llegó a explicar y dejó de trabajar en el manuscrito cifrado de Hutchinson. En lugar de eso empezó a hacer experimentos químicos al tiempo que seguía buscando en los archivos. Para lo primero instaló un laboratorio en el desván de la casa, y para lo segundo repasó una y otra vez los censos y archivos estadísticos de Providence. Los proveedores de sustancias químicas y material de laboratorio aportaron, en ulteriores interrogatorios, un extraño y descabellado catálogo de los productos y el instrumental que había

adquirido; no obstante, los funcionarios de la Cámara Legislativa y de las diversas bibliotecas coinciden en el objeto de su otro interés: estaba obsesionado con la búsqueda febril de la tumba de Joseph Curwen, de cuya lápida una antigua generación había borrado sabiamente el nombre.

Poco a poco la familia Ward fue convenciéndose de que algo iba mal. Charles había tenido antes caprichos y pequeños cambios de interés, pero aquel creciente secretismo y su absorción en extrañas indagaciones eran atípicos incluso en alguien como él. Apenas fingía estudiar y aunque no le suspendieron ningún examen era evidente que su antigua aplicación había desaparecido. Ahora tenía otras preocupaciones, y cuando no estaba encerrado en su laboratorio con una veintena de antiguos libros de alquimia, podía encontrarse o bien repasando los viejos registros de los cementerios o encerrado con sus libros de ocultismo en su estudio, donde los rasgos, sorprendentes y uno casi diría que cada vez más parecidos, de Joseph Curwen lo contemplaban con mirada vacua desde encima de la chimenea de la pared norte.

A finales de marzo Ward añadió a su búsqueda en los archivos una macabra serie de paseos por los antiguos cementerios de la ciudad. La causa se supo después, cuando los funcionarios municipales dieron a entender que era probable que hubiese encontrado una pista relevante. De pronto, había dejado de buscar la tumba de Joseph Curwen y se había interesado por la de un tal Naphthali Field; aquel cambio se explicó cuando al examinar los registros que había estudiado, los investigadores encontraron un registro fragmentario del entierro de Curwen que no había sido eliminado como los demás, y que decía que el extraño ataúd de plomo había sido enterrado «A diez pies al sur y cinco pies al oeste de la tumba de Naphtali Field en ***». La omisión del cementerio en el registro complicaba mucho la búsqueda, y la tumba de Naphtali Field resultó ser tan difícil de encontrar como la de Curwen; aunque en ese caso nadie se había dedicado a borrar todas las pistas y cabía la posibilidad de encontrar la lápida por más que el registro hubiese desaparecido. De ahí los paseos, de los que excluyó tanto el cementerio de Saint John (antes de King's) como el camposanto que hay en mitad del cementerio de Swan Point, pues otras estadísticas le habían dado a entender que el único Naphthali Field (fallecido en 1729), a cuya tumba debía referirse el registro había sido baptista.

4

Hacia el mes de mayo el doctor Willett, a petición de Ward padre, y provisto de todos los datos sobre Curwen que la familia había podido sonsacar a Charles antes de que adoptara aquella actitud tan reservada, habló con el joven. Lo conversación sirvió de poco y apenas fue concluyente, pues Willett tuvo la sensación en todo momento de que Charles era totalmente dueño de sí mismo y de que se hallaba inmerso en asuntos de verdadera importancia, aunque al menos obligó al misterioso joven a dar una explicación racional de su comportamiento reciente. Ward no era de los que se amilanan fácilmente y, pálido e impasible, accedió a hablar del motivo de sus investigaciones pero no a revelar su objeto. Afirmó que los documentos de su antepasado contenían varios secretos notables sobre conocimientos científicos antiguos, en su mayor parte en clave, y de un alcance comparable a los del fraile Bacon, aunque tal vez incluso los sobrepasaran. No obstante, carecían de sentido a menos que se comparasen con una serie de conocimientos hoy anticuados, por lo que si los presentaba al mundo basándose sólo en la ciencia moderna no podría apreciarse su importancia y su dramática trascendencia. Para que ocuparan su lugar en la historia del pensamiento alguien debía establecer su relación con el trasfondo histórico en que habían sido concebidos, y a esa tarea estaba dedicado él ahora. Se esforzaba en dominar lo mejor posible aquellas artes antiguas y olvidadas, imprescindibles para quien de verdad quisiera interpretar los datos de Curwen, y con el tiempo esperaba hacer un anuncio de crucial interés para el pensamiento y la

humanidad. Ni siquiera Einstein, afirmó, podría revolucionar de manera más profunda nuestro modo actual de entender las cosas.

En cuanto a su búsqueda en los cementerios, cuyo objeto admitió de buen grado, aunque sin dar detalles de sus progresos, declaró que tenía razones para pensar que en la lápida mutilada de Joseph Curwen había ciertos símbolos misteriosos —inscritos según las instrucciones de su testamento y respetados por la ignorancia de quienes habían borrado su nombre— y que eran absolutamente esenciales para resolver la clave. Según creía, Curwen había deseado guardar su secreto con el mayor cuidado y en consecuencia había desperdigado los datos del modo más extraño. Cuando el doctor Willett le pidió ver los misteriosos documentos, Ward se mostró muy reticente e intentó satisfacerle enseñándole unas copias fotostáticas del documento en clave de Hutchinson y de las fórmulas y diagramas de Orne, pero al fin le permitió ver la portada de algunos de los papeles de Curwen que había hallado: El «Diario y notas», el documento cifrado (con el título también en clave) y el mensaje lleno de fórmulas «A aquél que vendrá después», y le permitió hojear los que estaban escritos con extraños caracteres.

También abrió el diario por una página cuidadosamente seleccionada por su inocuidad y dejó que Willett vislumbrara la apretada escritura de Curwen en inglés. El médico examinó con cuidado su letra elaborada e indescifrable, y el aura general del siglo XVII que rodeaba tanto a la caligrafía como el estilo a pesar de que el escritor había sobrevivido hasta el XVIII, y enseguida se convenció de que el documento era auténtico. El texto en sí mismo era relativamente trivial, y el doctor Willett recordaba sólo un fragmento:

Miércoles 16 de octubre de 1754. Mi balandra Wakeful arribó hoy de Londres con XX hombres recién reclutados en las Indias, españoles de la Martinica y 2 holandeses de Surinam. Los holandeses es probable que deserten pues han oído hablar mal de estas empresas, pero intentaré convencerlos de que se queden. Para el señor Knight Dexter de la bahía 120 piezas de camelote, 100 piezas de tafetán de colores variados, 20 piezas de muletón azul, 100 piezas de chalón, 50 piezas de calamaco, 300 piezas de paños de lino y algodón indio. Para el señor Green del Elefante 50 hervidores de un galón, 20 calentadores, 15 moldes de hornear, 10 tenazas de chimenea. Para el señor Perrigo, 1 juego de leznas. Para el señor Nightingale, 50 resmas de holandesas de primera calidad. Dije SABAOTH tres veces anoche, pero no apareció nadie. Tengo que averiguar más del señor H. de Transilvania, aunque es difícil ponerse en contacto con él y me parece raro que no quiera dejarme usar lo que él ha empleado tan bien durante cientos de años. Simon no ha escrito esta semana, pero espero tener noticias suyas pronto.

Cuando al llegar a ese punto el doctor Willett hizo ademán de pasar la página, Ward se lo impidió enseguida y prácticamente le arrancó el cuaderno de las manos. Lo único que el médico pudo entrever en la otra página fueron un par de frases muy breves, que, por curioso que parezca, se le quedaron grabadas en la memoria. Decían: «Puesto que he recitado el verso del Liber-Damnatus V primeros de mayo y IV vísperas de Todos los Santos, tengo la esperanza de que el ser se reproduzca más allá de las esferas. Traerá a Uno que tiene que venir, si llego a conseguir que así sea, y pensará en cosas pasadas y recordará a través de los años, para todo lo cual tengo que tener dispuestas las sales o Aquello con que prepararlas».

Willett no vio más, pero de algún modo aquel breve vistazo prestó un nuevo y vago horror a los rasgos pintados de Joseph Curwen que miraba inexpresivamente desde encima de la chimenea. A partir de ese momento tuvo la extraña sensación —por más que sus conocimientos médicos le indicaran que debía tratarse de una fantasía— de que los ojos del retrato tenían el propósito, si no la tendencia, de

seguir al joven Charles Ward mientras se movía por la habitación. Antes de salir del estudio se detuvo a examinar de cerca el cuadro, maravillado por su parecido con Charles, y memorizó hasta el último detalle de su rostro lívido e inescrutable, incluido el pequeño hoyuelo o cicatriz que tenía en la ceja del ojo derecho. Cosmo Alexander, decidió, era un pintor digno de la Escocia que había producido un Raeburn y un no menos digno profesor de su industrioso alumno Gilbert Stuart.

Convencidos por el médico de que la salud mental de Charles no corría peligro y de que, por otro lado, estaba inmerso en investigaciones que podían tener verdadera importancia, los Ward se mostraron más benévolo que de costumbre cuando el junio siguiente el joven se negó a matricularse en la universidad. Tenía, afirmó, investigaciones mucho más importantes que llevar a cabo, y expresó su deseo de viajar al extranjero al año siguiente para consultar ciertas fuentes no disponibles en Estados Unidos. Ward padre se opuso a aquel viaje que le parecía absurdo para un muchacho de sólo dieciocho años, pero aceptó en lo relativo a la universidad, por lo que, tras terminar sin demasiada brillantez sus estudios en la Moses Brown School, Charles pasó tres años consagrado a los estudios de ocultismo y a buscar en los cementerios. Se labró fama de excéntrico y los amigos de la familia apenas volvieron a verle; pasaba el tiempo trabajando y sólo de vez en cuando viajaba a otras ciudades para consultar oscuros archivos. En una ocasión fue al sur para hablar con un extraño anciano mulato que vivía en un pantano y acerca del cual un periódico había publicado un curioso artículo. Otra vez viajó a un pueblecito en las Adirondacks donde tuvo noticia de ciertas prácticas ceremoniales extrañas. No obstante, sus padres continuaron prohibiéndole el viaje al Viejo Mundo que tanto ansiaba realizar.

En abril de 1923, al alcanzar la mayoría de edad, y tras heredar una pequeña pensión de su abuelo materno, Ward decidió emprender aquel viaje a Europa que hasta entonces le habían impedido realizar. No dijo nada del itinerario previsto, sólo que sus estudios lo llevarían a lugares diferentes, pero prometió escribir larga y puntualmente a sus padres. Cuando vieron que no podían disuadirle, cejaron en su oposición y le ayudaron en cuanto pudieron; así, en junio, el joven partió hacia Liverpool con las bendiciones de su padre y de su madre, que lo acompañaron a Boston y le saludaron con la mano desde el muelle de la White Star, en Charlestown, hasta que se perdió de vista. Pronto recibieron cartas informándoles de que había llegado sano y salvo y se había instalado en Great Russell Square, en Londres, donde pensaba quedarse, sin visitar a los amigos de la familia, hasta que hubiera agotado los recursos del Museo Británico. Apenas les habló de su vida cotidiana, pues no había mucho que decir. El estudio y los experimentos consumían todo su tiempo y aludió a un laboratorio que había instalado en sus habitaciones. Sus padres consideraron un claro indicio de hasta qué punto lo habían absorbido sus nuevos intereses el hecho de que no dijera nada de paseos históricos por la elegante y antigua ciudad, con su atractivo perfil de viejas cúpulas y campanarios y su maraña de calles y pasajes cuyas misteriosas vueltas y revueltas alegran tanto como sorprenden.

En junio de 1924, una breve nota les informó de su partida hacia París, donde había hecho varias visitas relámpago a la Bibliothèque Nationale. A partir de entonces y por espacio de tres meses sólo envió tarjetas postales, con remite en la rue St. Jacques, y en ellas mencionaba su búsqueda entre los manuscritos de un coleccionista anónimo. Evitó a los conocidos que habían ido a hacer turismo a la ciudad de modo que todos regresaron sin noticias suyas. Luego se produjo un silencio, y en octubre los Ward recibieron una tarjeta postal desde Praga, Checoslovaquia, en la que Charles les informaba de que se hallaba en esa antigua ciudad con el propósito de visitar a un hombre muy anciano que al parecer era la última persona con vida que poseía ciertos datos muy curiosos sobre la Edad Media. Les dio una dirección en la Neustadt, y no anunció ningún otro traslado hasta el enero siguiente, cuando les envió varias tarjetas desde Viena contándoles que estaba de paso en esa ciudad camino de otro lugar más al

este donde lo había invitado uno de sus corresponsales dedicado como él al estudio del ocultismo.

La siguiente postal llegó desde Klausenburg en Transilvania, y les habló del viaje de Ward hacia su lugar de destino. Se proponía visitar a un tal barón Ferenczy, cuyas fincas estaban en las montañas al este de Rakus, y debían escribirle a Rakus a la dirección de dicho noble. Una semana después llegó desde Rakus otra tarjeta diciendo que su anfitrión había enviado un coche a recogerle y que iba a dejar el pueblo para dirigirse a las montañas. Aquél fue su último mensaje durante una larga temporada; de hecho no respondió a las frecuentes cartas de sus padres hasta mayo, cuando escribió para disuadir a su madre del plan de verse con él en Londres, París o Roma en verano, momento en que los Ward tenían planeado viajar a Europa. Sus investigaciones, afirmó, le impedían abandonar su actual lugar de residencia, y el castillo del barón Ferenczy no era un sitio agradable para ir de visita. Se hallaba en lo alto de un risco entre montañas boscosas, en una región que los lugareños evitaban de tal modo que la gente normal no podía sino sentir cierta inquietud. Además, el barón no era persona que pudiera caer en gracia a unas personas correctas y conservadoras de Nueva Inglaterra. Su aspecto y sus modales tenían una peculiar idiosincrasia, y su edad era tan avanzada que casi resultaba inquietante. Sería mejor, escribió Charles, que sus padres aguardasen a su regreso a Providence, que ya no podía demorarse mucho.

No obstante, dicho regreso no tuvo lugar hasta mayo de 1926, cuando tras enviar unas cuantas tarjetas en las que anunciaba su llegada, el joven viajero llegó discretamente a Nueva York a bordo del Homeric y recorrió en autobús los largos kilómetros hasta Providence, deleitándose con las verdes y onduladas montañas, los huertos fragantes y en flor, y los pueblos blancos con sus campanarios de la Connecticut primaveral; era su primer contacto con la vieja Nueva Inglaterra después de casi cuatro años. Cuando el autobús cruzó el Pawcatuck y entró en Rhode Island entre la feérica luz dorada de una tarde de finales de primavera se le aceleró el corazón, y la entrada en Providence por las avenidas Reservoir y Elmwood lo dejó sin aliento a pesar de los insondables saberes prohibidos en que se había sumergido. En la plaza donde confluyen Broad Street, Weybosset Street y Empire Street, vio ante sí a la luz del atardecer las hermosas casas que tan bien recordaba, las cúpulas y los pináculos de la antigua ciudad, y la cabeza le dio vueltas mientras el vehículo rodaba hasta la terminal situada detrás del Biltmore, mostrando a su paso la enorme cúpula y el verdor salpicado de tejados de la antigua colina al otro lado del río, y el alto campanario colonial de la Primera Iglesia Baptista teñida de rosa por la mágica luz y recortada sobre el verde primaveral del escarpado fondo.

¡La vieja Providence! Era aquel lugar y las misteriosas fuerzas de su larga y continuada historia lo que le había dado el ser y le había empujado a prodigios y secretos cuyos límites no podría fijar profeta alguno. Allí se hallaban los arcanos, temibles o maravillosos, para los que lo habían preparado tantos años de viajes y estudios. El taxi que tomó cruzó la plaza de Correos, desde donde vislumbró el río, pasó frente al antiguo edificio del mercado, en lo alto de la bahía, y subió por la empinada cuesta de Waterman Street en dirección a Prospect, donde la enorme y reluciente cúpula y las columnas jónicas iluminadas por el sol poniente de la Iglesia de la Ciencia Cristiana emitían sus reflejos hacia el norte. Ocho manzanas más adelante pasó ante las viejas y hermosas mansiones que conocía desde la infancia y las pintorescas aceras de ladrillo que tan a menudo había hollado en la juventud. Y por fin dejaron a la derecha la pequeña granja blanca y a la izquierda quedó el porche estilo Adam y la elegante fachada de color rojizo de la gran casa de ladrillo donde había nacido. Estaba atardeciendo y Charles Dexter Ward había vuelto a su hogar.

Algunos médicos no tan académicos como el doctor Lyman atribuyen a su viaje por Europa el inicio de la demencia de Ward. Admiten que estaba cuerdo cuando partió, pero consideran que el comportamiento observado a su regreso implica un cambio desastroso. Sin embargo, el doctor Willett se niega a aceptarlo. Insiste en que algo debió de suceder más tarde, y explica las rarezas del joven en esa época por la práctica de los rituales que aprendió en el extranjero, extraños sin duda, aunque no impliquen un trastorno mental por parte de quien los celebraba. Aunque visiblemente envejecido y endurecido, por lo general Ward seguía teniendo reacciones normales y en varias conversaciones con Willett demostró un equilibrio que ningún loco —ni siquiera incipiente— habría podido fingir de forma continuada. Lo que indujo a pensar en algún tipo de trastorno durante esa época fueron los sonidos que se oían a todas horas en el laboratorio del desván, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Eran cánticos, repeticiones y atronadoras declamaciones de ritmos extraños, y aunque fuese siempre la voz de Ward quien los pronunciara, había algo en la cualidad de dicha voz, y en los acentos de las fórmulas que repetía, que helaba la sangre de quienes las escuchaban. Nig, el venerable y amado gato negro de la casa, erizaba el pelo y arqueaba el espinazo al oír algunas de aquellas declamaciones.

Los olores que en ocasiones emanaban del laboratorio resultaban igual de peculiares. A veces eran repugnantes, pero más a menudo aromáticos, y poseían una cualidad elusiva y cautivadora que parecía tener el poder de evocar imágenes quiméricas. Quienes los olían tendían a vislumbrar por un momento espejismos de vastos paisajes, con peculiares colinas o interminables avenidas de esfinges e hipogrifos que se extendían hasta el infinito. Ward no reanudó sus antiguos paseos, sino que se concentró en los extraños libros que había traído consigo y en las investigaciones no menos extrañas que llevaba a cabo en su cuarto; explicó que las fuentes europeas habían aumentado mucho las posibilidades de su trabajo y prometió grandes revelaciones en los años venideros. Su aspecto envejecido aumentó de manera sorprendente su parecido con el retrato de Curwen que había en su biblioteca, y el doctor Willett a menudo se detenía a contemplarlo al finalizar sus visitas, maravillado por aquella identidad virtual, y pensaba que sólo el hoyuelo sobre el ojo derecho seguía distinguiendo al hechicero muerto hacía tanto tiempo del joven estudioso. Las visitas de Willett, hechas a petición de los Ward, eran ciertamente extrañas. Ward nunca se negó a recibir al médico, aunque éste notó que no conseguía penetrar en su psicología. Con frecuencia reparaba en la presencia de objetos curiosos: figuritas de cera de grotescas formas sobre las mesas o las estanterías, y restos medio borrados de círculos, triángulos o estrellas de cinco puntas trazados con tiza o carboncillo en el centro de la gran habitación. De noche siguieron oyéndose aquellos ritmos y encantamientos atronadores, hasta que fue muy difícil conservar a los sirvientes y acallar las conversaciones furtivas sobre la demencia de Charles.

En enero de 1927 ocurrió un incidente peculiar. Una noche, a eso de las doce, mientras Charles entonaba un ritual cuya desagradable cadencia resonaba por toda la casa, llegó de la bahía una súbita racha de viento helado y se produjo un leve y oscuro temblor de tierra que se notó en todo el vecindario. El gato dio extraordinarias muestras de espanto y los perros en un kilómetro a la redonda se pusieron a aullar. Fue el prelude a una repentina tormenta, anómala en esa época del año, que produjo tal estruendo que el señor y la señora Ward pensaron que había caído un rayo en la casa. Corrieron al piso de arriba para comprobar los daños, pero Charles les recibió a la puerta del desván; pálido, fatuo y decidido, con una combinación casi temible de triunfo y seriedad pintada en el semblante. Les aseguró que no había caído ningún rayo y que la tormenta cesaría enseguida. Se asomaron a la ventana y comprobaron que estaba en lo cierto, pues los relámpagos se fueron alejando y los árboles dejaron de cimbrarse bajo la extraña racha de viento llegada del mar. Poco a poco los truenos se convirtieron en una especie de murmullo sordo hasta apagarse del todo. Asomaron las estrellas y la marca del triunfo en

el rostro de Charles Ward cristalizó en una expresión peculiar.

Durante algo más de dos meses después del incidente, Ward dejó de encerrarse con tanta frecuencia en su laboratorio. Exhibió un curioso interés por el tiempo e hizo extrañas preguntas sobre el inicio del deshielo en primavera. Una noche, a finales de marzo, salió de casa después de las doce y no regresó hasta poco antes del amanecer; su madre, que estaba despierta, oyó ronronear un motor junto a la entrada de carruajes. Se oyeron varios juramentos contenidos y la señora Ward se levantó, se asomó a la ventana y distinguió cuatro siluetas oscuras que, dirigidas por Charles, sacaban una caja larga y pesada de un camión. Oyó jadeos y pisadas en las escaleras y por fin un golpe sordo en el desván, luego volvió a oír las pisadas, los cuatro hombres reaparecieron en el exterior y se marcharon en su camión.

Al día siguiente, Charles se encerró de nuevo en el desván y bajó las persianas de las ventanas del laboratorio; al parecer estaba trabajando con algún metal. Se negó a abrir la puerta a nadie y rechazó obstinadamente toda la comida que le llevaron. A mediodía, se oyó un violento sonido seguido de un grito terrible y de una caída, pero cuando la señora Ward llamó a la puerta su hijo respondió con un hilo de voz que no había pasado nada. El espantoso e indescriptible hedor que emanaba del desván era totalmente inocuo y por desgracia necesario. Lo esencial era que lo dejaran solo, después bajaría a cenar. Esa tarde, cuando cesaron los extraños silbidos que se oían tras la puerta cerrada, apareció por fin muy demacrado y prohibió que entraran en el laboratorio bajo ningún pretexto. De hecho, fue el inicio de un nuevo período de secretismo, pues no permitió que nadie visitara la misteriosa buhardilla, ni el almacén adyacente que él mismo había limpiado, amueblado con austeridad y añadido como dormitorio a sus dominios inviolables. Allí vivió con los libros que subió desde la biblioteca hasta el momento en que compró el bungalow de Pawtuxet y se trasladó allí con todo su instrumental científico.

Por la tarde, Charles se hizo con el periódico antes de que pudiera leerlo su familia y estropeó una parte fingiendo un accidente. Luego el doctor Willett, tras averiguar la fecha por las indicaciones de los criados, leyó un ejemplar intacto en las oficinas del Journal y descubrió que en la parte destruida figuraba la siguiente noticia:

SORPRENDEN A UNOS DESCONOCIDOS CAVANDO DE NOCHE EN EL CEMENTERIO NORTE

Robert Hart, el vigilante nocturno del Cementerio Norte, sorprendió esta madrugada a un grupo de hombres con un camión en la parte más antigua del cementerio, pero al parecer consiguió ahuyentarlos antes de que lograsen su propósito.

El suceso tuvo lugar alrededor de las cuatro, cuando Hart oyó el ruido de un motor desde su caseta. Al salir a investigar vio un camión a varios metros del camino principal, pero el ruido de sus pasos en la grava delató su llegada. Los hombres metieron apresuradamente una caja muy grande en el camión y se alejaron antes de que pudiera alcanzarles, y puesto que ninguna tumba estaba dañada, Hart está convencido de que pretendían enterrar la caja en cuestión.

Los intrusos debían de llevar un buen rato cavando cuando los descubrió, pues Hart encontró un enorme hoyo excavado a considerable distancia de la carretera por la parte de Amasa Field, donde hace tiempo que han desaparecido casi todas las lápidas. El hoyo, grande y profundo como una tumba, estaba vacío y no coincidía con ninguna inhumación citada en los registros del cementerio.

El sargento Riley, del Segundo Distrito, inspeccionó el lugar y expresó su opinión de que el hoyo lo habían cavado contrabandistas a modo de macabro e ingenioso escondrijo para el licor. Al ser

interrogado, Hart afirmó que creía que el camión había huido por Rochambeau Avenue, aunque no estaba seguro.

Los días siguientes, Ward apenas se dejó ver. Tras añadir el dormitorio a sus dominios del desván, se enclaustró allí, pidió que le dejaran la comida en la puerta y no abría hasta que el criado se había ido. El zumbido de las monótonas fórmulas y los cánticos de extraños ritmos se repetían de vez en cuando, mientras en otras ocasiones quienes escuchaban oían el tintineo del vidrio, el silbido de los productos químicos, el correr del agua o el zumbido de las llamas del mechero. Los olores que a veces emanaban por debajo de la puerta eran totalmente inclasificables y distintos de los que habían notado hasta entonces, y el aire de tensión que podía apreciarse en el joven recluso cada vez que se aventuraba a salir unos instantes bastaban para avivar las especulaciones más sutiles. En una ocasión hizo un apresurado viaje al Ateneo a buscar un libro que necesitaba, y en otra contrató a un mensajero para que le llevase un oscuro volumen de Boston. La sensación reinante era de inquietud, y tanto la familia como el doctor Willett se confesaban perdidos respecto a qué hacer o pensar al respecto.

6

Entonces, el 15 de abril, se produjo un hecho muy extraño. Aunque en apariencia todo pareció seguir igual, es evidente que supuso un terrible cambio cualitativo y el doctor Willett lo considera muy revelador. Aquel día era Viernes Santo, un detalle al que los criados concedieron mucha importancia, aunque los demás lo descartaran como una simple coincidencia. A última hora de la tarde el joven Ward empezó a repetir cierta fórmula en voz más alta de lo habitual, y al mismo tiempo quemó alguna sustancia tan acre que su olor impregnó toda la casa. La fórmula se oía con tanta claridad desde el rellano que la señora Ward no pudo sino memorizarla mientras esperaba y escuchaba angustiada, y más tarde la transcribió a instancias del doctor Willett. Los expertos han informado al doctor Willett que guarda un claro parecido con los escritos místicos de Eliphas Lévi, aquella alma misteriosa que se asomó por una rendija de la puerta prohibida y vislumbró la imagen terrible del vacío que había más allá. Dice así:

Per Adonai Eloim, Adonai Jehova,
Adonai Sabaoth, Metraton On Agla Mathon,
Verbum pythonicum, mysterium salamandrae,
Conventus sylvorum, antra gnomorum,
Daemonia Coeli God, Almousin, Gibor, Jehosua,
Evam, Zariatnatmik, veni, veni, veni.

Así siguió durante más de dos horas, sin cambios ni interrupciones, hasta que los perros del vecindario se pusieron a aullar de un modo terrible. La magnitud de aquel pandemonio de aullidos puede juzgarse por el espacio que le dedicaron los periódicos al día siguiente, pero en casa de los Ward pasó a un segundo plano por el olor que notaron de pronto; un hedor espantoso que lo impregnó todo y que ninguno de ellos había olido antes ni ha vuelto a oler jamás. En mitad de aquella emanación mefítica se produjo un resplandor como el de un rayo, que habría sido cegador e impresionante de no ser por la luz del día, y se oyó la voz que nadie de los que la escucharon podrá olvidar nunca, debido a su atronadora lejanía, su increíble profundidad y su sobrenatural diferencia con la voz de Charles Ward. Conmovió toda la casa y la oyeron con claridad al menos dos de los vecinos a pesar de los aullidos de

los perros. La señora Ward, que había estado escuchando desesperada tras la puerta del laboratorio de su hijo, se estremeció al reconocer su carácter infernal, pues Charles le había hablado de su fama funesta en los libros oscuros y del modo en que, según las cartas de Fenner, se había oído atronadora sobre la granja maldita de Pawtuxet la noche de la aniquilación de Joseph Curwen. Era imposible confundir esa frase de pesadilla, ya que Charles la había descrito con gran viveza en los tiempos en que hablaba con franqueza de sus pesquisas acerca de Curwen. Y, sin embargo, fue sólo este fragmento en un lenguaje arcaico y olvidado: DIES MIES JESCHET BOENE DOESEF DOUVEMA ENITEMAUS.

Justo después de aquel trueno, el día se oscureció por unos instantes, pese a que faltaba más de una hora para el crepúsculo, y a continuación sobrevino otro hedor diferente del primero aunque igualmente desconocido e insoportable. Charles reanudó sus cánticos y su madre oyó sílabas que sonaban como «Yi-nash-Yog-Sothoth-he-lgeb-fi-throdag» y terminaban con un «¡Yah!» cuya fuerza maníaca aumentaba en un crescendo capaz de reventarle los tímpanos a cualquiera. Un segundo después, cualquier recuerdo anterior quedó borrado por el quejoso chillido que estalló frenético y se transformó gradualmente en un paroxismo de risas histéricas y diabólicas. La señora Ward, con una mezcla de temor y el valor ciego característico de una madre, se adelantó y, asustada, dio unos golpes en los paneles, pero no obtuvo respuesta. Volvió a golpear, pero se interrumpió desfallecida al oír un segundo chillido en el que reconoció de forma inconfundible la voz de su hijo, que coincidió con las aún atronadoras carcajadas de la otra voz. En ese instante se desmayó, aunque sigue sin poder recordar cuál fue la causa exacta e inmediata. La memoria a veces sufre olvidos piadosos.

El señor Ward volvió de sus negocios a las seis y cuarto, y cuando no encontró abajo a su mujer, los criados le dijeron asustados que probablemente estuviese vigilando la puerta del cuarto de Charles, donde los ruidos habían sido más raros que nunca. Subió a toda prisa y encontró a la señora Ward tendida en el pasillo; al reparar en que se había desmayado corrió a llenar un vaso de agua de una jarra que había en un rincón. Salpicó su rostro con el líquido frío y le reconfortó observar una inmediata respuesta por su parte; justo en el instante en que ella abrió los ojos aturdida, le recorrió un escalofrío que amenazó con reducirlo al mismo estado del que estaba saliendo su mujer. El laboratorio no estaba tan en silencio como parecía, sino que se oían los murmullos de una tensa y callada conversación en un tono tan callado que apenas resultaba comprensible, y de una naturaleza profundamente perturbadora para el alma.

Por supuesto, no era la primera vez que Charles pronunciaba fórmulas, pero esos susurros eran claramente distintos. Sin duda se trataba de un diálogo, o de una imitación de un diálogo, con las alteraciones e inflexiones propias de una serie de preguntas y respuestas. Una voz era sin duda la de Charles, pero la otra era tan hueca y profunda que superaba por completo las dotes de imitación ceremonial del joven. Había en ella algo odioso, blasfemo y anormal, y de no ser por el grito que soltó su mujer al recuperarse y que despejó su imaginación al despertar su instinto de protección es probable que Theodore Howland Ward no hubiese podido seguir alardeando durante casi un año más de no haberse desmayado nunca. El caso es que cogió a su mujer en brazos y la llevó abajo antes de que pudiera escuchar las voces que le habían turbado de manera tan horrible. No obstante, no fue lo bastante rápido y oyó algo que le hizo tambalearse peligrosamente por las escaleras. Pues se hizo evidente que no había sido el único en oír el chillido de la señora Ward, y detrás de la puerta cerrada se oyeron las primeras palabras comprensibles de aquel coloquio susurrado y terrible. Fue sólo una tensa advertencia, pronunciada por la voz de Charles, pero por alguna razón sus implicaciones causaron un terror indecible a su padre. La frase fue sólo: «¡Chist...! ¡Escribe!».

El señor y la señora Ward hablaron después de cenar, y el primero decidió tener una firme y seria conversación con Charles esa misma noche. Por muy importante que fuese su propósito no podían seguir tolerando aquel comportamiento; los últimos acontecimientos sobrepasaban los límites de la cordura y constituían una amenaza para el orden y el equilibrio mental de toda la casa. El joven debía de haber perdido el juicio, pues sólo la locura podría empujar a alguien a dar gritos e imitar conversaciones con voces fingidas. Tenían que poner fin a aquello o la señora Ward caería enferma y resultaría imposible conservar a los criados.

El señor Ward se levantó al terminar la cena y subió a ver a Charles. No obstante, al llegar al tercer piso se detuvo al oír ruidos que parecían proceder de la antigua biblioteca de su hijo. Alguien estaba tirando los libros y revolviendo papeles muy agitado; al cruzar el umbral el señor Ward encontró al joven, cargado con un montón de volúmenes de todas las formas y tamaños. Charles estaba pálido y demacrado, y al oír la voz de su padre soltó lo que llevaba en la mano con un sobresalto. Se sentó, obedeciendo las órdenes de su progenitor, y oyó sus merecidos reproches. No montó ninguna escena. Al final de la reprimenda admitió que su padre tenía razón y que los ruidos, murmullos, encantamientos y olores químicos suponían una molestia inexcusable. Se comprometió a actuar con mayor discreción en el futuro, pero insistió en prolongar su extremo aislamiento. En cualquier caso la mayor parte del trabajo que le quedaba por hacer consistía en consultar diversos libros, y buscaría alojamiento en algún otro sitio para los rituales que pudiese necesitar más adelante. Expresó su más sincera contrición por haber asustado tanto a su madre y por que se hubiese desmayado, y explicó que la conversación que habían oído era parte de un elaborado simbolismo pensado para crear determinado ambiente espiritual. Utilizó abstrusos tecnicismos que dejaron perplejo al señor Ward, aunque cuando se despidieron su impresión fue de una indiscutible cordura y equilibrio a pesar de la misteriosa tensión que conllevaba tanta solemnidad. La conversación fue en realidad muy poco concluyente, y cuando Charles recogió sus libros y salió de su cuarto el señor Ward seguía sin saber a qué atenerse. Le pareció todo tan misterioso como la muerte del bueno de Nig, al que habían encontrado tieso una hora antes en el sótano con los ojos fijos y la boca distorsionada por el miedo.

Movido por un vago impulso detectivesco, el padre miró con curiosidad los estantes vacíos para ver qué se había llevado su hijo al desván. La biblioteca del joven estaba clasificada de modo muy estricto y sencillo, de manera que cualquiera podía ver de un solo vistazo qué libros, o al menos qué clase de libros, se había llevado consigo. El señor Ward se quedó sorprendido al ver que no faltaba ningún volumen de arqueología u ocultismo, aparte de los que había subido previamente. En esta ocasión se trataba de asuntos modernos: libros de historia, tratados científicos y de geografía, manuales de literatura, obras filosóficas y algunos periódicos y revistas contemporáneos. Aquel cambio tan curioso respecto a las últimas lecturas de Charles Ward sumió al padre en un creciente torbellino de perplejidad y en una abrumadora extrañeza. Dicha extrañeza era tan agobiante que casi le oprimía el pecho mientras se esforzaba por entender qué era lo que no encajaba. Porque había algo que no acababa de encajar, y no sólo desde el punto de vista espiritual. Desde el momento en que hizo su entrada en la biblioteca había notado algo extraño, ahora supo por fin de qué se trataba.

En la pared norte se alzaba aún la antigua repisa tallada de la casa de Olney Court, pero un desastre había sobrevenido al enorme retrato de Curwen tan agrietado y sólo precariamente restaurado. El tiempo y el calor excesivo habían completado por fin su obra, y en algún momento posterior a la última limpieza de la habitación había ocurrido lo peor: tras despegarse de la madera, cada vez más abarquillada, y deshacerse por fin en pedazos con una súbita y maligna rapidez, el retrato de Joseph Curwen había dejado para siempre de vigilar al joven con quien guardaba tan gran parecido y yacía

esparcido por el suelo en forma de una fina capa de polvo gris azulado.

IV

UNA MUTACIÓN Y UNA LOCURA

1

La semana siguiente a aquel memorable Viernes Santo Charles Ward se dejó ver más de lo habitual y continuó trasladando libros de la biblioteca al laboratorio del desván. Sus actos eran racionales y silenciosos, pero tenía un no sé qué furtivo y huidizo que a su madre no terminaba de gustarle, y había adquirido un apetito voraz a juzgar por lo que pedía a la cocinera. El doctor Willett había sido informado de los ruidos y acontecimientos del viernes, y el martes siguiente tuvo una larga conversación con el joven en la biblioteca, donde el retrato había dejado de observarles. La entrevista, como de costumbre, no sirvió para aclarar gran cosa, pero Willett continúa dispuesto a jurar que el joven seguía cuerdo y era dueño de sí mismo. Insistió en sus promesas de una próxima revelación, y habló de la necesidad de instalar un laboratorio en alguna otra parte. No pareció lamentar mucho la pérdida del retrato teniendo en cuenta su primer entusiasmo, y en cambio daba la impresión de que le divertiera que se hubiese deshecho de pronto.

La segunda semana Charles empezó a ausentarse de la casa durante largos períodos, y un día en que Hannah, la vieja criada negra, llegó para ayudar con la limpieza de primavera, aludió a sus frecuentes visitas a la vieja casona de Olney Court, adonde acudía con una enorme maleta y en cuyo sótano llevaba a cabo extrañas búsquedas. Siempre había sido muy bueno con ella y con el viejo Asa, pero parecía más preocupado que de costumbre y ella lo lamentaba mucho pues le había visto crecer desde el día en que nació. Otra información sobre sus andanzas llegó de Pawtuxet, donde unos amigos de la familia lo vieron desde lejos en varias ocasiones. Al parecer frecuentaba la playa y el embarcadero de Rhodes on the Pawtuxet, y posteriores pesquisas del doctor Willett desvelaron que iba allí en busca de un acceso entre los setos de la orilla del río, y que luego se alejaba en dirección norte y no regresaba hasta mucho más tarde.

Después, en mayo, se repitieron momentáneamente los ruidosos rituales en el laboratorio del desván, lo que originó un severo reproche del señor Ward y una más bien distraída promesa de enmienda por parte de Charles. Ocurrió por la mañana y fue como si se reanudara la conversación imaginaria de aquel turbulento Viernes Santo. El joven discutió acaloradamente consigo mismo, pues de pronto se oyeron una serie de gritos en tono muy claro a modo de exigencias y negativas que hicieron que la señora Ward corriera a escuchar detrás de la puerta. No oyó más que unas palabras: «Necesitaré sangre durante tres meses», y cuando llamó los ruidos cesaron de inmediato. Cuando su padre le preguntó qué hacía Charles respondió que había ciertos conflictos de esferas de conciencia que sólo podían evitarse con suma habilidad, pero que intentaría transferirlos a otras regiones.

A mediados de junio sucedió un extraño incidente nocturno. A primera hora de la tarde se habían oído ruidos y golpes en el laboratorio, y el señor Ward estaba a punto de subir a ver qué ocurría cuando se interrumpieron de pronto. Esa medianoche, justo después de que la familia se fuese a acostar, el mayordomo estaba cerrando con llave la puerta principal cuando, según sus palabras, Charles apareció

tambaleándose al pie de las escaleras con una enorme maleta y le indicó por gestos que le abriera. El joven no dijo una sola palabra, pero el honrado inglés oriundo de Yorkshire vio la mirada de uno de sus ojos febriles y se puso a temblar. Abrió la puerta y el joven se fue, pero a la mañana siguiente el mayordomo presentó su dimisión a la señora Ward. Según dijo, había algo pecaminoso en el modo en que Charles le había mirado. No era propio de un joven caballero mirar así a una persona honrada, y no estaba dispuesto a quedarse ni una sola noche más. La señora Ward le dejó marchar y no prestó demasiado crédito a sus palabras. Imaginar a Charles desquiciado esa noche le resultaba absurdo, pues mientras estuvo despierta había oído ruidos apagados en el laboratorio, ruidos de sollozos y pasos y un suspiro que revelaba una profunda desesperación. La señora Ward se había acostumbrado a escuchar por las noches, pues el misterio de su hijo había acabado por apartar cualquier otra cosa de su mente.

La noche siguiente, igual que había hecho tres meses antes, Charles Ward cogió el periódico a primera hora y estropeó por accidente las páginas centrales. El incidente cayó en el olvido hasta que el doctor Willett empezó a atar los cabos sueltos y a averiguar detalles aquí y allá. En las oficinas del Journal encontró las páginas que había echado a perder Charles, y señaló dos noticias de posible interés. Decían lo siguiente:

NUEVA PROFANACIÓN EN EL CEMENTERIO

Robert Hart, el vigilante nocturno del Cementerio Norte, descubrió esta mañana que unos profanadores de tumbas habían vuelto a actuar en la parte antigua del cementerio. La sepultura de Ezra Weeden, nacido en 1740 y fallecido en 1824, según constaba en la lápida violentamente arrancada y hecha pedazos, apareció excavada y saqueada, probablemente con una pala sacada de un cobertizo cercano.

Fuese cual fuese su contenido un siglo después de su inhumación, ha desaparecido a excepción de unas astillas de madera podrida. No había huellas de ruedas, pero la policía ha encontrado unas pisadas cerca del lugar que parecen corresponder a las botas de un hombre elegante.

Hart se inclina a relacionar el incidente con la profanación descubierta el pasado mes de marzo, cuando un grupo de hombres emprendió la huida en un camión tras cavar un profundo hoyo; pero el sargento Riley del Segundo Distrito descarta esa teoría y señala evidentes diferencias entre los dos casos. En marzo, la excavación se produjo en un lugar donde no había tumba alguna, mientras que en esta ocasión han profanado premeditadamente una sepultura bien señalada y cuidada, y además hay indicios de ensañamiento tal como demuestra el hecho de que hayan roto la lápida que el día anterior estaba intacta.

Los miembros de la familia Weeden han expresado su pesar y sorpresa al serles notificado el suceso, y no han podido aportar datos sobre ningún enemigo que pudiese tener interés en profanar la tumba de su antepasado. Hazard Weeden, del 598 de Angell Street, recuerda una leyenda familiar según la cual Ezra Weeden estuvo implicado en extrañas circunstancias no deshonrosas para él, poco antes de la Revolución, pero ignora por completo la existencia de cualquier misterio o rencilla actual. El inspector Cunningham se ha hecho cargo del caso y espera encontrar alguna pista en los próximos días.

PERROS RUIDOSOS EN PAWTUXET

Los residentes de Pawtuxet despertaron hoy hacia las tres de la madrugada a causa del colosal alboroto de unos aullidos de perros, al parecer procedentes del río, justo al norte de Rhodes on the Pawtuxet. El volumen y la cualidad de los aullidos eran totalmente inusitados según quienes los oyeron,

y Fred Lemdin, vigilante nocturno en Rhodes, declara que parecían estar mezclados con los gritos de un hombre dominado por el terror o una mortal agonía. Una brusca y breve tormenta que se desató en la orilla puso fin a ese alboroto. Varios olores extraños y desagradables, probablemente procedentes de los depósitos de petróleo de la bahía, se han relacionado con el caso y se cree que tal vez contribuyesen a alterar a los perros.

Charles estaba cada vez más demacrado y esquivo, y todos coinciden en que es posible que quisiera confesar o declarar algo y que sólo se lo impidiese un terror insuperable. La vigilancia enfermiza a que lo sometió su madre desveló el hecho de que hacía frecuentes salidas nocturnas amparado por la oscuridad, y la mayoría de los médicos académicos lo acusan de los repugnantes casos de vampirismo de los que con tanto sensacionalismo informó la prensa y cuya autoría no ha podido establecerse de manera concluyente. Dichos casos, demasiado famosos y conocidos para que valga la pena recordarlos con detalle, afectaron a personas de toda edad y condición y parecieron concentrarse en torno a dos localidades distintas: el área residencial de North End, cerca de la casa de los Ward, y los barrios de las afueras al otro lado del ferrocarril de Cranston, cerca de Pawtuxet. Las víctimas fueron transeúntes y gente que dormía con la ventana abierta, y quienes vivieron para contarlo coinciden en hablar de un monstruo ágil y delgado de ojos enrojecidos que clavaba los dientes en el cuello o la parte superior del brazo y saciaba su sed con voracidad.

El doctor Willett, que se niega a datar la locura de Charles Ward en esas fechas, se muestra cauto al tratar de explicar esos horrores. Tiene, asegura, su propia teoría, y limita sus afirmaciones a una negación concreta: «No entraré en quién o qué perpetró en mi opinión esos ataques y asesinatos, pero sí diré que Charles Ward es inocente. Tengo razones para creer que desconocía el sabor de la sangre, como prueban, mejor que ningún otro argumento, su continuada anemia y su cada vez más acusada palidez. Ward se involucró en cosas terribles, pero lo pagó caro y nunca fue un monstruo ni un malvado. Hoy no quiero pensar más en ello. Me contento con creer que sobrevino un cambio y que el antiguo Charles Ward murió con él. O al menos lo hizo su alma, porque la carne enferma que desapareció del hospital de Waite tenía otra».

Willett habla con autoridad, pues estuvo a menudo en casa de los Ward para tratar a la señora Ward cuyos nervios habían empezado a fallar a causa de la tensión. Sus desvelos nocturnos le habían producido ciertas alucinaciones enfermizas que confió dubitativa al médico y a las que él procuró quitar importancia durante sus conversaciones, por más que a solas le dieran mucho en que pensar. Dichas alucinaciones siempre tenían que ver con los sonidos amortiguados que le parecía oír en el laboratorio del desván y en el dormitorio, e insistía en que se trataba de suspiros y sollozos a las horas más descabelladas. A primeros de julio el doctor Willett envió a la señora Ward a pasar una temporada a Atlantic City para recuperarse y aconsejó al señor Ward y al desmejorado y huidizo Charles que sólo le escribieran cartas alegres. Es probable que deba la vida y la cordura a esa huida impuesta que sólo aceptó a regañadientes.

Poco después de la partida de su madre Charles Ward entró en negociaciones para adquirir el bungalow de Pawtuxet. Era un raquítico edificio de madera, con un garaje de cemento, encaramado en lo alto de la poco poblada orilla del río más allá de Rhodes, pero por alguna extraña razón el joven no se contentó con ninguna otra cosa. Persiguió a los agentes inmobiliarios hasta que uno de ellos consiguió convencer al reticente propietario a cambio de un precio desorbitado, y en cuanto estuvo vacío tomó posesión de él en plena noche y transportó en una furgoneta cerrada todo el contenido de su laboratorio,

incluidos los libros sobre asuntos modernos y extraños que había cogido de la biblioteca. Hizo que cargaran la furgoneta de madrugada, y su padre sólo recuerda haber oído en sueños pisadas y juramentos la noche en que se llevaron las cosas. Después, Charles volvió a mudarse a sus antiguas habitaciones del tercer piso y nunca volvió a subir al desván.

Charles trasladó al bungalow de Pawtuxet todo el secretismo que había rodeado sus dominios del desván, aunque ahora pareció compartir sus misterios con otras dos personas: un mestizo portugués de aspecto patibulario procedente de los muelles de South Main Street, que le hacía las veces de criado, y un desconocido delgado con gafas oscuras y barba de varios días, tan espesa que parecía teñida, cuyo aspecto erudito daba a entender que se trataba de un colega. Los vecinos intentaron en vano conversar con dichas personas. El mulato Gomes apenas hablaba inglés, y el hombre de la barba, que se hacía llamar doctor Allen, imitaba voluntariamente su ejemplo. El propio Ward se esforzó en ser más amable, pero sólo logró despertar la curiosidad de todos con su palabrería acerca de sus investigaciones químicas. Pronto empezaron a circular extraños rumores acerca de luces que no se apagaban en toda la noche, y poco después, cuando dejaron de verse las luces, corrieron murmuraciones aún más extrañas sobre las desproporcionadas cantidades de carne que enviaba el carnicero y sobre los gritos, declamaciones, cantos rítmicos y chillidos que parecían llegar de algún profundo sótano situado debajo del cobertizo. Los honrados burgueses de la zona acogieron con evidente disgusto a sus nuevos vecinos, y no es raro que hubiese quien relacionara aquel lugar odioso con la epidemia de ataques vampíricos y asesinatos, sobre todo desde que el radio de aquella epidemia pareció reducirse por entero a Pawtuxet y las calles cercanas a Edgewood.

Ward pasaba casi todo el tiempo en el bungalow, pero de vez en cuando dormía en casa y aún se le consideraba morador de la casa paterna. En dos ocasiones se ausentó de la ciudad durante más de una semana, aunque todavía no se conoce cuál fue su destino. Se quedó incluso más pálido y demacrado, y ya no repetía con tanta seguridad al doctor Willett su viejísima historia sobre sus investigaciones vitales y revelaciones futuras. Willett le abordaba a menudo en casa de su padre, pues el señor Ward estaba muy preocupado y confundido, y quería tener vigilado a su hijo dentro de lo posible tratándose de un adulto tan reservado e independiente. El médico insiste en que el joven seguía cuerdo incluso entonces y alega muchas conversaciones para demostrar su teoría.

En septiembre se redujeron los casos de vampirismo, pero el enero siguiente Ward estuvo a punto de verse involucrado en un asunto muy grave. Hacía tiempo que la gente comentaba las idas y venidas nocturnas de camiones al bungalow de Pawtuxet, y en ese momento un incidente imprevisto desveló la naturaleza de al menos una parte de su cargamento. Cerca de Hope Valley varios asaltantes tendieron una emboscada a uno de los camiones en busca de licor. No obstante, en esa ocasión se llevaron un buen susto, pues las cajas alargadas que robaron resultaron contener algo ciertamente espantoso, tanto que no pudieron evitar que el rumor se extendiera por los bajos fondos. Los ladrones se apresuraron a enterrar lo que habían descubierto, pero cuando el asunto llegó a oídos de la policía del Estado, tuvo lugar una meticulosa investigación. Un vagabundo detenido hacía poco tiempo accedió, a condición de que no presentaran otros cargos contra él, a mostrarles el lugar; y en aquel improvisado escondrijo hallaron algo repulsivo y vergonzoso. No pareció conveniente, por sentido nacional —e incluso internacional— del decoro, que llegase a saberse lo que habían descubierto los horrorizados policías. No había duda posible, ni siquiera para aquellos agentes iletrados, y se enviaron febriles y apresurados telegramas a Washington.

Las cajas iban dirigidas a Charles Ward, a su bungalow de Pawtuxet, y los agentes estatales y

federales no tardaron en hacerle una visita. Lo encontraron pálido y preocupado en compañía de sus dos extraños ayudantes, y recibieron lo que les pareció una explicación válida y una prueba de su inocencia. Necesitaba ciertos especímenes anatómicos como parte de un programa de investigación de cuya profundidad y relevancia podría dar fe cualquiera que lo hubiera conocido el último decenio, y los había encargado a sociedades que le habían parecido completamente legítimas. Nada sabía sobre la identidad de los especímenes y pareció asustarse mucho cuando los inspectores insinuaron el monstruoso efecto que podría tener aquello sobre la opinión pública y la dignidad nacional si llegara a saberse. Su barbado colega, el doctor Allen, apoyó firmemente su declaración, con aquella extraña voz hueca que expresaba aún más convencimiento que las nerviosas explicaciones de Ward, de manera que al final los agentes no tomaron medida alguna, aunque anotaron cuidadosamente las señas y el nombre de la empresa neoyorquina que Ward les proporcionó para iniciar una investigación que acabó quedando en nada. Conviene añadir que los especímenes se devolvieron discretamente a donde debían estar, sin que el público llegara a tener noticia jamás de tan blasfemo asunto.

El 9 de febrero de 1928 el doctor Willett recibió una carta de Charles Ward a la que otorga una importancia crucial, y sobre la que ha discutido a menudo con el doctor Lyman. Lyman cree que dicha carta contiene pruebas evidentes de un caso avanzado de *dementia praecox*, mientras que Willett la considera la última expresión de cordura del desdichado joven. Subraya el carácter totalmente normal de la caligrafía, que, aunque muestra indicios de unos nervios destrozados, sigue siendo la de Ward. El texto completo dice lo siguiente:

100 de Prospect Street

Providence, R. I.

8 de febrero de 1928

Querido doctor Willett:

Creo que por fin ha llegado el momento de hacer las revelaciones que le prometí hace mucho tiempo y que tantas veces me ha pedido. Nunca le agradeceré lo bastante la paciencia que ha demostrado y su confianza en mi cordura e integridad.

Ahora que me dispongo a hablar, debo admitir con humildad que jamás conoceré el triunfo con el que había soñado. En lugar de eso he descubierto el terror, y mi carta lejos de ser un alarde victorioso es una súplica de ayuda y consejo para salvarme a mí y al mundo de un horror que supera cualquier cosa que nadie pueda imaginar o calcular. Recordará lo que decían las cartas de Fenner sobre el asalto a la vieja granja de Pawtuxet. Es necesario repetirlo, y cuanto antes. De nosotros depende más de lo que puede expresarse con palabras: la civilización, la ley natural y puede que incluso el destino del sistema solar y el universo. He sacado a la luz una anormalidad monstruosa, aunque haya sido en nombre del conocimiento. Ahora debe usted ayudarme a devolverla a las tinieblas en nombre de la vida y la naturaleza.

He dejado la casa de Pawtuxet para siempre, y debemos extirpar todo lo que alberga, esté vivo o muerto. Si oye decir que sigo allí, no lo crea. Le explicaré por qué digo todo esto cuando nos veamos. He vuelto a casa definitivamente y espero que pase a verme en cuanto disponga de cinco o seis horas libres para oír lo que tengo que contarle. Necesitaré todo ese tiempo y créame si le digo que nunca ha tenido usted un deber profesional más acuciante. Mi vida y mi razón no son lo más importante que hay en juego.

No me atrevo a contárselo a mi padre porque no podría entenderlo. Pero le he hablado del peligro que corro y ha contratado a cuatro hombres en una agencia de detectives para que vigilen la casa. No sé si servirán de mucho, pues se enfrentan a fuerzas que ni siquiera usted puede concebir o conocer. Así que venga deprisa si quiere verme con vida y saber cómo puede colaborar a salvar al cosmos del infierno.

Cualquier hora es buena, no saldré de casa. No telefonee usted porque es imposible saber qué o quién podría intentar salirle al paso. Y recemos a los dioses, si es que los hay, para que nada impida su visita.

Con la mayor seriedad y desesperación,

CHARLES DEXTER WARD

P. D.: Si se encuentra con el doctor Allen mátele y disuelva su cuerpo en ácido. No lo queme.

El doctor Willett recibió esta nota a las diez y media de la mañana y lo dispuso todo para dedicar la tarde y la mayor parte de la noche si era necesario a aquella conversación tan trascendental. Su idea era presentarse a eso de las cuatro y hasta esa hora se sumió en especulaciones tan descabelladas que llevó a cabo su trabajo de manera casi mecánica. Por desquiciada que pareciese la carta, Willett conocía demasiado bien las rarezas de Charles Ward para descartarla como un puro delirio. Estaba convencido de que había algo muy delicado, antiguo y horrible detrás de todo aquello, y casi comprendía lo que decía del doctor Allen en vista de lo que se rumoreaba en Pawtuxet sobre el enigmático colega de Ward. Willett no lo había visto nunca, pero había oído hablar tanto de su aspecto y su comportamiento que no podía sino preguntarse cómo serían los ojos que ocultaban las famosas gafas oscuras. A las cuatro en punto el doctor Willett se presentó en casa de los Ward, pero descubrió contrariado que Charles no había respetado su promesa de no salir. Los vigilantes seguían allí, pero dijeron que el joven parecía haber perdido en parte su temor. Uno de los detectives afirmó que había pasado la mañana hablando y discutiendo muy asustado por teléfono, respondiendo a una voz desconocida con frases como: «Estoy muy fatigado y necesito descansar», «No puedo recibir a nadie por un tiempo, tendrá que disculparme», «Por favor, posponga cualquier acción decisiva hasta que podamos llegar a un acuerdo», o «Lo siento mucho, pero ahora necesito descansar; luego hablaré con usted». Después, haciendo acopio de valor, se había escabullido tan discretamente de la casa que nadie lo había visto salir ni supo que se había ido hasta que regresó a la una en punto sin decir palabra. A continuación, subió al piso de arriba, donde debieron de acometerlo de nuevo sus temores, pues al entrar en la biblioteca le oyeron gritar aterrizado, aunque sus gritos se acallaron hasta convertirse en una especie de jadeo ahogado. No obstante, cuando el mayordomo subió a ver lo que ocurría, salió a la puerta con mucha determinación, le indicó con gestos que se fuese, lo que aterrizó al hombre de un modo inexplicable. Luego era evidente que se había dedicado a reorganizar los estantes, pues se oyeron muchos golpes y crujidos, tras lo cual reapareció y volvió a marcharse enseguida. Willett preguntó si había dejado algún recado, pero le dijeron que no. El mayordomo parecía extrañamente turbado por el aspecto y el comportamiento de Charles, y preguntó solícito si había esperanza de cura para sus nervios alterados.

El doctor Willett esperó en vano casi dos horas en la biblioteca de Charles, observando con una sonrisa lúgubre los estantes polvorientos con los huecos dejados por los libros que el joven se había llevado y el panel de encima de la chimenea, donde un año antes los rasgos melifluos del Joseph Curwen miraban con gesto inexpresivo. Luego empezó a oscurecer y a la exultación del crepúsculo siguió un terror vago y creciente que precedía a la noche como una sombra. Por fin llegó el señor Ward

y se llevó una sorpresa y un gran disgusto ante la ausencia de su hijo, después de todas las molestias que se había tomado para tenerlo bajo vigilancia. No sabía nada de la cita de Charles y prometió avisar a Willett en cuanto regresara el joven. Al despedirse del médico expresó su total perplejidad ante el estado de su hijo y le insistió en que hiciese todo lo posible por devolverlo a la normalidad. Willett se alegró de escapar de la biblioteca, pues parecía poseída por algo inmoral y espantoso, como si el desaparecido retrato hubiese dejado tras de sí un legado de maldad. Nunca le había gustado aquel retrato; incluso entonces, pese a ser hombre de nervios templados, tuvo la impresión de que en el panel vacío acechaba algo que le apremiaba a salir cuanto antes al aire libre.

3

A la mañana siguiente, Willett recibió un mensaje de Ward padre diciendo que Charles seguía sin aparecer. El señor Ward añadió que le había telefonado el doctor Allen para avisarle de que Charles se quedaría un tiempo en Pawtuxet y no quería que le molestaran. Era imprescindible que así fuera porque él tenía que ausentarse durante un tiempo y debía dejar todas las investigaciones bajo la supervisión constante de Charles. Charles le enviaba recuerdos y lamentaba las molestias que pudiera causarle aquel brusco cambio de planes. Gracias a aquel recado, el señor Ward había oído por primera vez la voz del doctor Allen, lo que despertó en él un vago y esquivo recuerdo que no logró identificar, aunque le resultaba sumamente inquietante.

Enfrentado a informaciones tan contradictorias y desconcertantes, el doctor Willett no supo qué hacer. La frenética seriedad de la nota de Charles era indiscutible, pero ¿qué pensar del modo en que había faltado enseguida a su promesa? El joven Ward había escrito que sus investigaciones se habían vuelto blasfemas y amenazadoras, que debían ser destruidas junto con su colega a cualquier precio, y que jamás volvería a aquel lugar; sin embargo, de acuerdo con las últimas novedades, había olvidado todo aquello y había vuelto a sumirse en el misterio. El sentido común le aconsejaba dejar al joven con sus rarezas, pero un instinto más profundo impidió que olvidara la impresión causada por la frenética misiva. Willett volvió a leerla, y no consiguió que le sonara tan vacua y desquiciada como daban a entender su exagerada grandilocuencia y su falta de concreción. El terror que le inspiraba era demasiado profundo y real, y sumado a lo que ya sabía, sugería monstruosidades más allá del tiempo y el espacio de un modo demasiado vívido para permitir cualquier explicación cínica. Ahí fuera había horrores desconocidos, y por muy inalcanzables que pareciesen, debía estar preparado para pasar a la acción en cualquier momento.

Durante más de una semana el doctor Willett sopesó el dilema que parecía haberse abatido sobre él, y cada vez se mostró más inclinado a hacer una visita a Charles en el bungalow de Pawtuxet. Ningún amigo del joven se había aventurado jamás a presentarse en aquel lugar prohibido, e incluso su padre conocía su interior sólo por las descripciones que él le había dado, pero Willett estaba convencido de que era necesario mantener una conversación en persona con su paciente. El señor Ward había ido recibiendo breves notas evasivas mecanografiadas, y afirmaba que su mujer apenas había tenido noticias de él en su retiro de Atlantic City. Así que por fin el médico se decidió a actuar, y a pesar de la extraña sensación que le inspiraban las antiguas leyendas sobre Joseph Curwen, y las más recientes revelaciones y advertencias de Charles Ward, se dirigió valientemente al bungalow del acantilado sobre el río.

Willett había estado antes allí por pura curiosidad, aunque por supuesto no había entrado en la casa ni anunciado su presencia, por lo que sabía exactamente qué ruta tomar. Al salir en su pequeño automóvil por Broad Street una tarde de finales de febrero, pensó extrañamente en la hostil partida de

hombres que había recorrido aquel mismo camino solitario ciento cincuenta y siete años antes con una terrible misión que nadie llegaría a comprender jamás.

Pronto dejó atrás las decadentes afueras de la ciudad y se extendieron ante él el pulcro Edgewood y el soñoliento Pawtuxet. Willett dobló a la derecha por Lockwood Street y siguió por aquel camino rural hasta donde pudo, luego se apeó y se dirigió al norte, donde el acantilado se alzaba sobre las solitarias revueltas del río y las neblinosas tierras bajas que había detrás. Seguía habiendo pocas casas y era imposible confundir el bungalow aislado con el garaje de cemento sobre un risco que había a la izquierda. Avanzó decidido por el descuidado sendero de grava, llamó a la puerta con mano firme y habló sin que le temblara la voz con el torvo mulato portugués que abrió sólo una rendija.

Dijo que debía ver a Charles Ward cuanto antes por un asunto de vital importancia. No aceptaría ninguna excusa y si se negaba a recibirle iría a informar al señor Ward. Aun así el mulato dudó y se interpuso cuando Willett intentó abrir la puerta, pero el médico se limitó a alzar la voz y repetir sus exigencias. Entonces oyó desde el oscuro interior de la casa un susurro ronco que le heló la sangre, aunque no habría sabido decir por qué.

—Déjale entrar, Tony —dijo—, ahora es tan buen momento como cualquier otro para hablar.

Pero por perturbador que fuese aquel susurro, lo que siguió le inspiró un temor aún mayor. El suelo crujió, el dueño de aquella voz extraña y crepitante se dejó ver y resultó no ser otro que Charles Dexter Ward.

La minuciosidad con que el doctor Willett recordó y transcribió la conversación de aquella tarde se debe a la importancia que atribuye a aquel período. Por fin admite un cambio crucial en la mentalidad de Charles Dexter Ward, y está convencido de que el cerebro del joven que le habló entonces era totalmente distinto de aquel que había visto desarrollarse a lo largo de veintiséis años. La controversia con el doctor Lyman le ha obligado a ser muy preciso, y data la locura de Charles Ward concretamente en la época en que sus padres empezaron a recibir las notas mecanografiadas. Dichas notas no están escritas en el estilo habitual de Ward, ni siquiera en el de la última y desquiciada carta que envió a Willett. Por el contrario, son extrañas y arcaizantes, como si al perder la razón se hubiesen liberado en su autor las tendencias e impresiones acumuladas inconscientemente durante una infancia consagrada a la arqueología. Se nota un esfuerzo evidente por parecer moderno, pero el espíritu y ocasionalmente el lenguaje pertenecen al pasado.

Un pasado que también se hizo evidente en todas y cada una de las palabras y gestos de Ward cuando recibió al médico en aquel sombrío bungalow. Le saludó con una reverencia, le indicó con un gesto que tomara asiento y empezó a hablarle con aquel extraño susurro al que se esforzó en dar una explicación desde el primer momento.

—Estoy tísico —empezó— por culpa del aire de este río maldito. Debéis disculpar mi lenguaje. Supongo que os envía mi padre para averiguar qué es lo que me aflige, y confío en que no le digáis nada que pueda alarmarle.

Willett prestó mucha atención a aquella voz ronca, pero aún se fijó más en el rostro de quien hablaba. Le pareció que algo no encajaba, y recordó lo que le había contado la familia sobre el pavor que había sentido una noche el mayordomo de Yorkshire. Habría preferido que no estuviese tan oscuro, pero no pidió que subieran las persianas. En lugar de eso le preguntó a Ward por qué razón había faltado a la promesa hecha en la desquiciada nota de hacía poco más de una semana.

—A eso mismo iba —replicó su anfitrión—. Debéis haber notado ya que mis nervios están deshechos, por lo que hago y digo cosas que no sabría explicar. Como os he dicho a menudo, me hallo al borde de grandes cosas, tanto que la cabeza me da vueltas. A cualquier otro le habrían espantado mis descubrimientos, pero yo no me desanimo tan fácilmente. Fui un idiota por poner esos vigilantes en casa, después de haber llegado tan lejos mi único sitio está aquí. Los fisgones de mí vecinos nunca hablan bien de mí, y es posible que la debilidad me empujara a creer lo que dicen. Lo que hago no tiene nada de malo si se hace como es debido. Tened la bondad de esperad seis meses y vuestra paciencia será recompensada.

»Más vale que sepáis que me es posible aprender viejas materias por medios más fiables que los libros, y dejaré que vos mismo juzguéis la importancia de cuál puede ser mi legado para la historia, la filosofía y las artes gracias a las puertas a las que puedo tener acceso. Mi antepasado lo tenía cuando lo asesinaron aquellos estúpidos entrometidos. Y ahora he vuelto a conseguirlo, o estoy a punto de conseguirlo en parte. En esta ocasión, nada de eso debe suceder y menos por mis necios temores. Os ruego que olvidéis la carta que os escribí, señor mío, y que no temáis este lugar ni nada de lo que hay en él. El doctor Allen es un hombre de excelentes dotes, y le debo una disculpa por lo que haya podido decir de él. Ojalá no hubiese tenido que prescindir de su ayuda, pero tenía cosas que hacer en otra parte. Su celo en estas cuestiones es idéntico al mío y supongo que cuando me asustó mi trabajo me asustó también él, que ha sido mi colaborador.

Ward hizo una pausa y el médico apenas supo qué decir o qué pensar. Casi se sintió como un estúpido ante aquella tranquila repulsa de la carta, y, no obstante, seguía siendo consciente de que así como el presente discurso le sonaba extraño, ajeno e insensato, la nota le había parecido trágica por su naturalidad y por ser tan característica del Charles Ward que él conocía. Willett intentó desviar la conversación a asuntos anteriores y recordarle sucesos que permitiesen restablecer un clima más familiar, pero el resultado obtenido en el proceso fue grotesco. Lo mismo les ocurrió después a los médicos. Una parte considerable de los recuerdos de Charles Ward, sobre todo los relativos al mundo moderno y a su vida personal, habían sido borrados de un modo inexplicable, en cambio los estudios históricos de su juventud habían aflorado de algún profundo inconsciente para devorar todo lo contemporáneo y personal. El detallado conocimiento del pasado por parte del joven era impropio y anormal e hizo cuanto pudo por ocultarlo. A menudo, cuando Willett hacía referencia a alguno de los asuntos que más le habían interesado en su juventud, vertía sobre él una luz que ningún mortal podía poseer, y el médico se estremecía ante la elocuencia de las alusiones que escapaban de sus labios.

Era antinatural que supiese cómo se le cayó la peluca al obeso alguacil cuando se agachó durante la función interpretada en la Academia Teatral del señor Douglass en King Street el 11 de febrero de 1772, que fue un jueves; o que los actores destrozaban de tal manera el texto de *Los amantes conscientes* de Steele, que la gente casi se alegró cuando el Ayuntamiento, plagado de baptistas, cerró el teatro una quincena después. Que el coche que tenía Thomas Sabin en Boston era «condenadamente incómodo» pudo haberlo averiguado por cartas antiguas, pero ¿qué historiador podría recordar que los crujidos del nuevo cartel de Epenetus Olney (la llamativa corona que colocó cuando decidió llamar a su taberna *Café la Corona*) eran idénticos a los primeros compases de la nueva pieza de jazz que sonaba en todas las radios de Pawtuxet?

No obstante, Ward apenas se dejó interrogar en ese sentido. Dejó de lado las cuestiones modernas y personales y exhibió un evidente hastío ante las antiguas. Lo único que deseaba era satisfacer la curiosidad de su visitante y que se fuese sin intención de volver. Por ello se ofreció a enseñarle la casa a

Willett y procedió a guiarle por todas las habitaciones desde la bodega hasta el desván. Willett se fijó en todo y reparó en que los libros que había a la vista eran demasiado escasos y demasiado triviales para haber llenado los huecos dejados en los estantes de casa de los Ward, y en que el austero y supuesto «laboratorio» no era más que una pantalla. Estaba claro que había una biblioteca y un laboratorio en alguna otra parte, aunque era imposible saber dónde. Frustrado en su búsqueda de algo que no acertaba a definir, Willett regresó a la ciudad antes de que anocheciera y le contó a Ward padre todo lo ocurrido. Ambos coincidieron en que el joven había perdido la razón, pero decidieron que de momento no era necesario tomar medidas drásticas. Por encima de todo, era imprescindible que la señora Ward siguiese tan ajena a todo aquello como lo permitieran las extrañas notas mecanografiadas de su hijo.

El señor Ward se decidió entonces a ir a ver a su hijo en persona, presentándose por sorpresa. El doctor Willett lo llevó una tarde en su coche, lo dejó ante el bungalow y esperó pacientemente su regreso. La sesión fue larga y el padre salió en un estado confuso y deprimido. El recibimiento de Charles fue muy parecido al que dispensó a Willett, pero esta vez había tardado mucho en aparecer después de que el visitante se abriera paso hasta el vestíbulo y echara de allí al portugués con una orden terminante, y en su actitud alterada no hubo ni rastro de amor filial. Las luces estaban muy tenues y aun así el joven se había quejado de que le cegaban. Con la excusa de tener dolor de garganta apenas había alzado la voz, pero su ronco susurro tenía algo vagamente turbador que el señor Ward no podía quitarse de la cabeza.

Definitivamente confabulados para hacer cuanto pudieran por devolver la salud mental al joven, el señor Ward y el doctor Willett se dedicaron a reunir todos los datos posibles sobre el caso. Primero analizaron las habladurías que circulaban por Pawtuxet, lo cual no les resultó muy complicado puesto que ambos tenían amigos en la zona. Aun así el doctor Willett lo tuvo más fácil porque la gente hablaba con más franqueza con él que con un pariente del interesado. De lo que le contaron dedujo que la vida del joven Ward se había vuelto sumamente extraña. Las malas lenguas seguían relacionando la casa con el vampirismo del verano anterior, mientras que las idas y venidas nocturnas de los camiones daban pie a toda suerte de siniestras especulaciones. Los tenderos locales le hablaron de los extraños pedidos que les hacía el torvo mulato, y en particular de las enormes cantidades de carne y sangre fresca que le servían las dos carnicerías más próximas. Para una casa donde sólo vivían tres personas dichas cantidades eran descabelladas.

Luego estaban los ruidos que se oían bajo tierra. Recopilar esa información resultó más difícil, pero las vagas insinuaciones coincidían en ciertas cuestiones básicas. Sin duda había ruidos de carácter ritual, y a veces a horas en que el bungalow estaba a oscuras. Por supuesto, cabía la posibilidad de que procedieran de la bodega, pero los rumores insistían en que había criptas que se extendían más abajo. Al recordar las antiguas leyendas sobre las catacumbas de Joseph Curwen, y dando por sentado que el actual bungalow había sido escogido por estar situado sobre la antigua casa de Curwen, tal como debía de haberlo revelado alguno de los documentos hallados detrás del cuadro, Willett y el señor Ward prestaron mucha atención a estos chismorreos, y buscaron sin éxito la puerta a la orilla del río de la que hablaban los antiguos manuscritos. En cuanto a la opinión popular sobre los habitantes del bungalow, pronto se hizo evidente que odiaban al sicario portugués, temían al barbado doctor Allen y detestaban al pálido y estudioso joven. Las dos últimas semanas Ward había cambiado mucho, había abandonado sus intentos de mostrarse amable y en las pocas ocasiones que se aventuraba a salir sólo hablaba con susurros roncoss y extrañamente repulsivos.

Tales fueron los retazos y fragmentos recogidos aquí y allá, sobre los que el señor Ward y el doctor

Willettt departieron larga y seriamente en numerosas ocasiones. Se esforzaron al máximo por ejercer la deducción, la inducción y la imaginación constructiva, y por relacionar cualquier dato conocido de la vida de Charles, incluida la desquiciada carta que el doctor le enseñó al padre, con las escasas pruebas documentales disponibles acerca del viejo Joseph Curwen. Habrían dado cualquier cosa por poder hojear los papeles encontrados por Charles, pues era evidente que la clave de la locura del joven se hallaba en lo que había descubierto del antiguo hechicero y sus actividades.

4

Y, no obstante, el siguiente paso en este asunto tan singular no lo dieron el señor Ward ni el doctor Willett. El padre y el médico, frustrados y confundidos por una sombra demasiado informe e intangible para poder combatirla, seguían inquietos y sin saber qué hacer mientras las cartas mecanografiadas del joven Ward se iban volviendo cada vez más escasas. Luego llegó el primero de mes con sus acostumbrados asuntos financieros, y los empleados de ciertos bancos empezaron a mover extrañamente la cabeza y a telefonearse unos a otros. Quienes conocían de vista a Charles Ward fueron al bungalow a preguntarle por qué los cheques de los últimos tiempos parecían burdas falsificaciones, y no quedaron muy convencidos cuando el joven les explicó con voz ronca que una afección nerviosa le impedía escribir normalmente. Según dijo apenas podía trazar las letras excepto con gran dificultad, tal como demostraba el hecho de que se hubiese visto obligado a escribir a máquina sus últimas cartas, incluso las que dirigía a sus padres, como éstos podrían confirmar.

Lo que desconcertó a los investigadores no fue sólo esa circunstancia, para la que no faltaban precedentes y que no resultaba tan difícil de creer, ni siquiera los cotilleos que circulaban por Pawtuxet y cuyos ecos llegaron a sus oídos. Lo que les dejó atónitos fue el confuso discurso del joven, que parecía implicar una falta de memoria casi total respecto a importantes cuestiones financieras que conocía al dedillo apenas uno o dos meses antes. Algo no terminaba de encajar, pues a pesar de la coherencia y racionalidad de su discurso, no había explicación para aquellas mal disimuladas lagunas sobre asuntos de tanta importancia. Además, aunque ninguno de aquellos hombres conocía bien a Ward, no pudieron sino reparar en el cambio producido en su forma de hablar y sus modales. Habían oído decir que era historiador, pero ni los historiadores más fanáticos emplean a diario aquellos gestos y aquella fraseología tan caduca. La combinación de la ronquera, la parálisis de las manos, la mala memoria y el cambio en el habla y los modales debían ser síntomas de una perturbación o enfermedad grave, que sin duda habían dado pie a todos aquellos rumores; tras su partida los empleados consideraron imprescindible tener una conversación con el señor Ward.

De manera que el 6 de marzo de 1928 tuvo lugar una larga y seria conversación en el despacho del señor Ward, tras la cual el confundido padre llamó al doctor Willett con una especie de impotencia resignada. Willett estudió la firma torpe y tensa de los cheques y la comparó en su imaginación con la caligrafía de la última carta. Desde luego, el cambio era profundo y radical, pero al mismo tiempo su nueva manera de escribir le resultó horriblemente familiar. Los trazos eran apretados y arcaicos, y parecían proceder de una escritura distinta de la que había utilizado el joven hasta entonces. Eran muy extraños... pero ¿dónde los había visto antes? En cualquier caso, estaba claro que Charles había perdido la razón. De eso no cabía la menor duda. Y puesto que parecía improbable que pudiera gestionar sus bienes, o seguir relacionándose con el mundo exterior durante mucho más tiempo, era necesario hacer algo cuanto antes para cuidar de él e intentar curarle. Fue entonces cuando se decidieron a llamar a los doctores Peck y Waite de Providence y Lyman de Boston, a quienes el señor Ward y el doctor Willett pusieron al corriente del caso de la manera más exhaustiva posible, tras lo cual se reunieron en la

biblioteca abandonada de su joven paciente y examinaron los libros y documentos que había dejado, tratando de averiguar algo más acerca de su personalidad. Después de revisar todo el material y de estudiar la ominosa nota enviada a Willett, coincidieron en que las investigaciones llevadas a cabo por Charles Ward habrían bastado para desequilibrar o al menos perturbar a cualquier persona normal, y expresaron su deseo de tener acceso al resto de sus papeles, aunque sabían que sólo lo lograrían después de hacer una escena en el bungalow. Willett repasó todo el caso con una febril energía, fue entonces cuando conoció el testimonio de los operarios que habían visto a Charles encontrar los documentos de Curwen, y cuando recuperó en las oficinas del Journal los artículos de periódico destruidos.

El jueves 8 de marzo, los doctores Willett, Peck, Lyman y Waite, acompañados por el señor Ward, hicieron una crucial visita al joven sin ocultarle el propósito de la misma e interrogando con mucha minuciosidad al que ya consideraban paciente. Charles, aunque tardó mucho en salir a recibirles y todavía estaba impregnado de extraños y desagradables olores del laboratorio cuando hizo por fin su aparición, no opuso resistencia y reconoció que su constante dedicación a estudios abstrusos había acabado por afectar su memoria y su equilibrio mental. No se resistió cuando insistieron en la necesidad de trasladarlo a otro lugar y de hecho, al margen de la pérdida de memoria, dio la impresión de poseer una aguda inteligencia. Su conducta habría hecho que los médicos se marchasen confundidos de no ser porque las persistentes tendencias arcaizantes de su habla y la inconfundible sustitución en su conciencia de las ideas modernas por otras mucho más antiguas ponían en evidencia su falta de contacto con la realidad. Acerca de sus investigaciones no quiso dar más detalles a los médicos que los que había dado previamente a su familia y al doctor Willett, y atribuyó la nota desquiciada del mes anterior a los nervios y la histeria. Insistió en que en su sombrío bungalow no había más biblioteca ni laboratorio que los que habían visto, y explicó con subterfugios que en la casa no se notaran los olores que todavía impregnaban su ropa. Atribuyó los cotilleos de los vecinos a las vulgares fantasías despertadas por la perplejidad y la curiosidad. Afirmó no hallarse en situación de dar detalles sobre el paradero del doctor Allen, aunque aseguró a los médicos que el hombre de las gafas y la barba regresaría cuando fuese necesario. Ward no exhibió el menor nerviosismo al despedir al estólido portugués, que se negó a responder a ninguna pregunta, ni al cerrar la puerta del bungalow, que aún parecía ocultar oscuros secretos, aunque notaron en él cierta tendencia a guardar silencio como si escuchara algún levísimo sonido. En apariencia lo animaba una plácida resignación filosófica, como si marcharse fuera un inconveniente pasajero que valía la pena sufrir para evitar mayores complicaciones. Estaba claro que confiaba en que su agudeza, evidentemente intacta, le ayudaría a salir de cualquier situación comprometida en que hubiesen podido meterle sus fallos de memoria, su voz y su escritura perdidas y su comportamiento excéntrico y misterioso. Acordaron no decir nada a su madre y que el padre continuara enviándole notas mecanografiadas en su nombre. Llevaron a Ward al hospital privado dirigido por el doctor Waite en la tranquila y pintoresca isla de Conanicut, en mitad de la bahía, donde todos los médicos relacionados con su caso lo sometieron a un estudio y un interrogatorio detallado. Fue entonces cuando repararon en las peculiaridades físicas: el metabolismo ralentizado, las alteraciones cutáneas y las reacciones neurológicas desproporcionadas. De todos los médicos, el más confundido fue el doctor Willett, pues había atendido a Ward toda su vida y podía valorar con más claridad el alcance de sus desarreglos físicos. Incluso había desaparecido la familiar mancha de nacimiento de color oliváceo, y en cambio tenía en el pecho un gran lunar o cicatriz negra que nunca había tenido, y que hizo preguntarse al doctor Willett si no se habría sometido a alguna «marca de brujería» como las que se decía que se infligían en ciertas turbias celebraciones nocturnas en lugares solitarios y apartados. El médico no podía quitarse de la cabeza las actas de un juicio por brujería en Salem que le había mostrado

Charles antes de volverse tan reservado y que decía: «Esa noche el señor G. B. puso la marca del demonio sobre Bridget S., Jonathan A., Simon O., Deliverance W., Joseph C., Susan P., Mehitable C., y Deborah B.». El rostro del joven también le inquietaba horriblemente, hasta que por fin descubrió el motivo de su espanto. Encima del ojo derecho del joven había algo en lo que no había reparado hasta entonces: una pequeña cicatriz u hoyuelo exactamente igual a la del desaparecido retrato de Joseph Curwen, que tal vez fuese el resultado de alguna repulsiva inoculación ritual a la que ambos se hubiesen sometido en algún momento de sus estudios de las ciencias ocultas.

Mientras Ward desconcertaba a todos los médicos del hospital, se llevó a cabo un estricto escrutinio del correo dirigido a él o al doctor Allen, que el señor Ward había dado órdenes de entregar en la casa familiar. Willett había predicho que no encontrarían nada, pues probablemente utilizaban mensajeros para los recados de vital importancia; pero a últimos de marzo llegó de Praga una carta para el doctor Allen que dio mucho que pensar tanto al padre como al médico. La letra era arcaica y apretada, y aunque estaba claro que no la había escrito un extranjero mostraba los mismos rasgos que el habla del joven Ward. Decía así:

Kleinstrasse 11,

Altstadt, Praga

11 de febrero de 1928

Al señor J. C., de Providence

Hermano en Almousin-Metraton:

Hoy he tenido noticia de lo que convocaron las sales que os envié. Fue un error que indica que alguien había cambiado la lápida del espécimen que me consiguió Barnabas. Ocurre con frecuencia, como debéis saber por lo que convocasteis en la Capilla Real en 1769 y lo que H convocó en el viejo cementerio en 1690, y que casi supuso su fin. Yo convoqué lo mismo en Egipto hace setenta y cinco años, y me causó la cicatriz que el muchacho vio en 1924. Como os dije hace mucho, no convoquéis nada que no podáis controlar, ni de las sales, ni de las esferas exteriores. Tened siempre disponibles las palabras para aplacarlo y detenedlo si tenéis la menor duda de a quién habéis convocado. Las lápidas están cambiadas en nueve de cada diez cementerios. No se puede estar seguro hasta convocarlo. Hoy he sabido de H. que ha tenido dificultades con los soldados. Probablemente lamente que Transilvania pase de Hungría a Rumanía, y se trasladaría si el castillo no estuviese abarrotado de lo que ambos sabemos. Pero sin duda ya os habrá escrito. En mi próximo envío habrá algo de una tumba de una colina del este que os agrada mucho. Entretanto, no olvidéis que estoy necesitado de B. F. si podéis conseguírmelo. Conocéis a G. en Filadelfia mejor que yo. Convocadlo vos primero si queréis, pero no lo utilizéis tanto que se vuelva reticente, pues debo hablar con él.

YOGG-SOTHOTH NEBLOD ZIN

SIMON O.

El señor Ward y el doctor Willett se quedaron atónitos ante aquella aparente muestra de absoluta insania. Sólo con el tiempo llegaron a asimilar lo que parecía dar a entender. ¿Es que el ausente doctor Allen, y no Charles Ward, había llegado a ser el espíritu rector de Pawtuxet? Eso explicaría la brutal alusión y la denuncia de la última carta del joven. Y ¿qué decir de que se dirigiera al barbado desconocido como «señor J. C.»? Sólo podía deducirse una cosa, pero toda monstruosidad concebible

tiene sus límites. ¿Quién era «Simon O.»? ¿El anciano a quien Ward había visitado en Praga cuatro años antes? Tal vez, pero en los siglos pasados había habido otro Simon O.: Simon Orne, alias Jedediah, de Salem, desaparecido en 1771, y cuya peculiar escritura el doctor Willett reconoció entonces sin ningún género de dudas por las copias fotostáticas de las fórmulas de Orne que Charles le había mostrado en una ocasión. ¿Qué horrores y misterios, que contradicciones y contravenciones de la naturaleza, habían regresado después de siglo y medio para hostigar a la vieja Providence con sus cúpulas y campanarios?

El padre y el anciano médico, sin saber qué hacer ni qué pensar, fueron a ver a Charles al hospital y le preguntaron con la mayor delicadeza posible por el doctor Allen, sobre la visita a Praga, y sobre lo que había averiguado de Simon o Jedediah Orne, de Salem. El joven respondió con evasivas a todas sus preguntas, y se limitó a decir con un ronco susurro que había descubierto que el doctor Allen tenía una notable conexión espiritual con ciertas almas del pasado, y que cualquier corresponsal que el hombre de la barba pudiera tener en Praga poseería probablemente dotes parecidas. Cuando se marcharon, el señor Ward y el doctor Willett repararon con consternación en que habían sido ellos los interrogados, y en que, sin proporcionarles ningún dato de importancia, el joven se las había arreglado para sonsacarles lo que decía la carta de Praga.

Los doctores Peck, Waite y Lyman no se sintieron inclinados a conceder tanta importancia a la extraña correspondencia del compañero del joven Ward, pues sabían que a menudo quienes padecen obsesiones y excentricidades similares tienden a juntarse, y pensaron que Charles o Allen habían encontrado a un colega exiliado, tal vez alguien que había visto la letra de Orne y la había copiado para hacerse pasar por la reencarnación del desaparecido personaje. Cabía la posibilidad de que el propio Allen fuese un caso similar, y se las hubiese arreglado para convencer al joven de que era un avatar de Curwen, fallecido hacía largo tiempo. Casos parecidos se habían visto antes; del mismo modo los obstinados médicos descartaron la creciente inquietud de Willett sobre la caligrafía de Ward, que sin duda había estudiado en ejemplares improvisados y obtenidos por medio de alguna artimaña. Willett estaba convencido de haber identificado por fin su extraño parecido, y de que le recordaba vagamente la letra del propio Joseph Curwen, pero los otros lo consideraron una fase imitativa, previsible en una obsesión de esa naturaleza, y se negaron a concederle la menor importancia, ni favorable ni desfavorable. Ante la prosaica actitud adoptada por sus colegas, Willett aconsejó al señor Ward que no les mostrase la carta dirigida al doctor Allen llegada el día 2 de abril desde Rakus, Transilvania, y escrita con una letra tan parecida a la del documento cifrado de Hutchinson que tanto el padre como el médico dudaron un instante, espantados, antes de romper el sello. Decía lo siguiente:

Castillo Ferenczy

7 de marzo de 1928

Para el señor J. C., de Providence

Querido C.:

Vino una patrulla de 20 milicianos a preguntar por los rumores que corren entre los campesinos. Debo excavar más profundo para que se oiga menos. Estos rumanos me acosan constantemente, son importunos y desconfiados, mientras que a los magiares se les podía comprar con comida y un poco de vino. El mes pasado M. me consiguió el sarcófago de las cinco esfinges de la acrópolis, donde dijo que se hallaría aquél a quien voy a convocar, y he tenido tres conversaciones con lo que había inhumado en él. Irá directamente a S. O. en Praga y luego a vos. Es obstinado, pero ya sabéis cómo manejarlo. Habéis sido prudente al tener menos que antes, pues no hay necesidad de conservar a los guardianes con su

forma y que lo devoren todo, y den ocasión de ser descubiertos al menor contratiempo, como bien sabéis. Ahora podéis trasladaros y seguir trabajando en otro sitio donde no sea necesario matar, aunque espero que nada os obligue a seguir por tan molesto camino. Me alegra que ya no tengáis tanto comercio con los de fuera, pues supone un peligro mortal y ya sabéis lo que ocurrió cuando pedisteis protección a uno que no quería dároslo. Vos tenéis la ventaja de contar con las fórmulas que otro puede decir con éxito, pero Borellus ya imaginó que sería así, si se daba con las palabras correctas. ¿Las utiliza a menudo el muchacho? Lamento que se esté volviendo demasiado aprensivo, como temí que ocurriese cuando pasó aquí casi quince meses, pero me consta que sabéis cómo manejarlo. No podéis reducirlo con las fórmulas, pues sólo funcionan con los convocados con las sales por las otras fórmulas, pero seguís teniendo manos fuertes, cuchillo y pistola, y no os será difícil cavar una tumba o quemarlo con ácido. O. dice que le habéis prometido B. F. Luego lo quiero yo. B. no tardará en llegaros, tal vez os proporcione lo que queréis de aquello oscuro hallado bajo tierra en Memphis. Sed cuidadoso con lo que convocáis y guardaos del muchacho. En un año estará lo bastante maduro para convocar legiones subterráneas y no habrá límites para lo que estará a nuestro alcance. Tened confianza en lo que digo, pues conocéis a O. y yo he tenido ciento cincuenta años más que vos para estudiar estos asuntos.

NEPHREN-KA NAI HADOTH

EDW. H.

No obstante, aunque Willett y el señor Ward se abstuvieron de mostrar esta carta a los otros médicos, no dejaron de actuar por su cuenta. Ningún sofisma científico podría negar el hecho de que aquel extraño doctor Allen de la barba y las gafas a quien Charles había descrito en su carta como una amenaza monstruosa mantenía una siniestra correspondencia con dos seres inexplicables a quienes Ward había visitado en sus viajes y que sin duda aseguraban ser reencarnaciones o avatares de los dos antiguos colegas de Curwen en Salem; de que él se consideraba la reencarnación de Joseph Curwen y de que planeaba —o al menos eso le habían aconsejado— asesinar a un «muchacho» que no podía ser otro que Charles Ward. Algo horrible estaba en marcha, y fuera quien fuese el que lo hubiera iniciado, era evidente que el desaparecido doctor Allen se hallaba detrás de todo. Por ello, dando gracias al cielo de que Charles estuviese a salvo en el hospital, el señor Ward contrató a unos detectives para que hiciesen averiguaciones sobre el misterioso y barbado médico: cuál era su procedencia, qué se sabía de él en Pawtuxet y, de ser posible, dónde se encontraba en ese momento. Les proporcionó una de las llaves del bungalow que les había entregado Charles y les animó a registrar la habitación vacía de Allen, que habían visto al ir a recoger las pertenencias del paciente, en busca de cualquier pista que pudieran proporcionar los efectos personales que hubiese dejado allí. El señor Ward departió con los detectives en la antigua biblioteca de su hijo y al marcharse éstos sintieron una clara sensación de alivio, pues parecía pender sobre el lugar una vaga aura de maldad. Tal vez hubiesen oído hablar del infame hechicero cuyo retrato colgaba antaño de los paneles sobre la repisa de la chimenea, o puede que fuese algo distinto e irrelevante, pero el caso es que todos percibieron una miasma intangible centrada en aquel vestigio de una morada más antigua que en ocasiones casi adquiría la intensidad de una emanación material.

V

UNA PESADILLA Y UN CATACLISMO

Poco después, precipitadamente, se produjo el horrible suceso que ha dejado una marca de terror indeleble en el alma de Marinus Bicknell Willett, y le ha echado diez años encima a un hombre cuya juventud quedaba ya lejos. El doctor Willett había hablado largamente con el señor Ward y ambos habían estado de acuerdo en varias cosas que sabían que despertarían las burlas de los demás médicos. Coincidieron en que estaba en marcha un terrible movimiento cuya conexión directa con una necromancia más antigua incluso que la brujería de Salem quedaba fuera de toda duda. No menos indudable, por más que contradijera las leyes naturales, era que había al menos dos hombres vivos —y otro en quien no osaban pararse a pensar— que ejercían un dominio absoluto sobre mentes o personalidades que habían existido en 1690 o incluso antes. A juzgar por las cartas y por las revelaciones antiguas y recientes sobre el caso, estaba claro lo que aquellos horribles seres —y el propio Charles Ward— estaban haciendo o intentando hacer: profanar tumbas de todas las épocas, en particular las de los hombres más sabios y grandes del mundo, con la esperanza de recobrar de sus cenizas algún vestigio de la conciencia y el saber que en otro tiempo les había animado y dado forma.

Un horrendo tráfico estaba teniendo lugar entre aquellos necrófilos de pesadilla, que intercambiaban huesos ilustres con la calma calculada de unos escolares cambiando libros, y de lo que extraían de aquel polvo secular esperaban obtener un poder y una sabiduría que excedieran a cualquier otra que el cosmos hubiera visto jamás reunida en un hombre o un grupo de personas. Habían encontrado medios inmorales de mantener con vida sus cerebros, fuese en el mismo cuerpo o en otros, y era evidente que habían descubierto el modo de manipular la conciencia de los muertos que juntaban entre todos. Al parecer había habido cierta verdad en el viejo y quimérico Borellus cuando describió la preparación, a partir de restos antiquísimos, de ciertas «sales esenciales» con las que se podía conjurar la sombra de los muertos. Había una fórmula para convocarla y otra para dominarla, y la habían perfeccionado tanto que podían utilizarla con éxito. Aunque debían tener cuidado con las invocaciones, pues las inscripciones de las tumbas antiguas no siempre eran exactas.

Willett y el señor Ward se estremecían al pasar de una conclusión a otra. Era posible convocar algo —voces o presencias de algún tipo— de sitios desconocidos y no sólo de la tumba, y también había que tener cuidado en el proceso. Joseph Curwen sin duda había convocado muchas cosas prohibidas, y en cuanto a Charles... ¿qué pensar de él? ¿Qué fuerzas de las «esferas exteriores» le habían dominado desde la época de Joseph Curwen y le habían empujado a interesarse por cuestiones olvidadas? Sin duda habían hecho que diera con ciertas instrucciones y las había seguido. Había hablado con aquel horrible individuo de Praga y había convivido largo tiempo con el ser de las montañas de Transilvania. Y finalmente debía de haber encontrado la tumba de Joseph Curwen. La noticia del periódico y lo que su madre había oído aquella noche eran cosas demasiado significativas para pasarlas por alto. Luego había convocado algo, y ese algo había acudido. La poderosa voz que resonó el Viernes Santo y aquellas modulaciones diferentes que se oyeron en el laboratorio cerrado del desván, ¿a qué se parecían, con su tono hueco y profundo? ¿No serían una anticipación del temido doctor Allen y su voz grave y espectral? ¡Sí, eso era lo que el señor Ward había intuido con vago horror la única vez que había hablado con aquel hombre —si es que era un hombre— por teléfono!

¿Qué conciencia o voz infernal, que morbosa sombra o presencia había respondido a los ritos celebrados en secreto por Charles Ward tras la puerta cerrada? Aquellas voces que oyeron discutir: «Necesitaré sangre durante tres meses». ¡Dios Santo! ¿No había sido justo antes de que empezasen los

casos de vampirismo? El saqueo de la antigua tumba de Ezra Weeden, y los gritos oídos después en Pawtuxet... ¿quién había planeado la venganza y descubierto el lugar donde tuvieron lugar las viejas blasfemias? Y luego el bungalow, el desconocido de la barba, las murmuraciones y el temor. Ni el médico ni el padre se atrevían a explicar la locura de Charles, pero ambos estaban convencidos de que el espíritu de Joseph Curwen había regresado a la tierra y se dedicaba a sus antiguas perversiones. ¿Sería de verdad posible la posesión diabólica? Allen tenía algo que ver, y era necesario que los detectives averiguasen más sobre aquel sujeto cuya existencia suponía una amenaza para la vida del joven. Entretanto, puesto que la existencia de alguna vasta cripta en el subsuelo del bungalow parecía indiscutible, era necesario intentar dar con ella. Willett y el señor Ward, conscientes del escepticismo de los demás médicos, decidieron en una última conversación llevar a cabo un registro minucioso y acordaron verse a la mañana siguiente en el bungalow con maletines de herramientas y los accesorios necesarios para estudiar su arquitectura y explorar el subsuelo.

La mañana del 6 de abril amaneció despejada y ambos se presentaron en el bungalow a las diez en punto. El señor Ward tenía la llave, así que entraron y procedieron a realizar una primera inspección ocular. Al ver el desorden que reinaba en la habitación del doctor Allen, comprendieron que los detectives habían estado ya allí, y que cabía la posibilidad de que hubiesen encontrado alguna pista útil. Por supuesto, su principal objetivo era la bodega, así que descendieron sin más demora, repitiendo la visita que ambos habían hecho en vano en compañía de su enajenado y joven propietario. Al principio fue ciertamente desconcertante, pues cada centímetro del suelo de tierra y de las paredes de piedra tenía un aspecto tan sólido e inocuo que la existencia de una enorme entrada resultaba inconcebible. Willett reflexionó que, puesto que la bodega original se había excavado sin saber que debajo hubiese catacumba alguna, la entrada al pasadizo debía de ser obra del joven Ward y sus compinches, que habrían hecho sondeos en busca de los antiguos sótanos de cuya existencia habrían tenido noticia por medios perversos.

El médico intentó ponerse en el lugar de Charles para imaginar por dónde habría podido empezar, pero aquel método no le sirvió de mucha inspiración. Luego decidió proceder por eliminación, y examinó con cuidado todas las superficies de la bodega, tanto horizontales como verticales, procurando considerar cada centímetro por separado. Pronto no le quedó por inspeccionar más que la pequeña plataforma de delante de las tinas de lavar, que ya había revisado antes en vano. Probando de todos los modos posibles y haciendo el doble de fuerza, descubrió por fin que la parte superior giraba y se deslizaba horizontalmente sobre una de las esquinas. Debajo había una superficie de cemento con una tapa de hierro, sobre la que se abalanzó impaciente el señor Ward. No era muy pesada y el padre casi la había abierto cuando Willett reparó en su extraño modo de actuar. Estaba tambaleándose e inclinaba la cabeza mareado. El médico comprendió enseguida que se debía al aire hediondo que emanaba de la negrura del pozo.

Al instante, el doctor Willett llevó arriba a su compañero, lo tendió en el suelo y lo reanimó con agua fría. El señor Ward respondió débilmente, pero era evidente que aquella ráfaga de aire mefítico procedente de la cripta le había afectado gravemente. No queriendo correr riesgos, Willett salió a Broad Street en busca de un taxi y envió a casa al enfermo a pesar de sus débiles protestas; hecho lo cual cogió una linterna eléctrica, se tapó la nariz con una gasa estéril, y volvió a bajar a la bodega para asomarse a las recién descubiertas profundidades. El aire viciado se había dispersado un poco y Willett pudo apuntar el haz de luz hacia el agujero estigio. Vio que los primeros tres metros eran una pared cilíndrica de hormigón con una escalera de hierro, tras lo cual el agujero parecía conducir a una vieja escalera de piedra que originalmente debía de salir a la superficie al suroeste del actual edificio.

Willett admite que por un momento el recuerdo de las viejas leyendas sobre Curwen le impidieron bajar solo a aquel abismo maloliente. No podía olvidar lo que había contado Luke Fenner de aquella última noche monstruosa. Luego el deber se impuso y bajó llevando consigo una maleta para guardar aquellos papeles que le parecieran tener mayor importancia. Despacio, como cualquier persona de su edad, descendió por la escalera y llegó a los resbaladizos escalones que había abajo. A la luz de la linterna comprobó que la mampostería era antigua, y que las paredes goteantes estaban cubiertas del moho inmundo de varios siglos. Los escalones descendían y descendían, no en espiral, sino en tres bruscos giros, y eran tan estrechos que dos hombres habrían pasado con dificultad. Llevaba contados unos treinta cuando oyó un leve sonido, y ya no se sintió con ánimos para seguir contando.

Era un sonido perverso: uno de esos graves e insidiosos ultrajes a la naturaleza que no deberían existir. Llamarlo un quejido sordo, un llanto de condenación o un aullido desesperado de angustia y torturada carne sin alma equivaldría a renunciar a describir su abominable quintaesencia y sus tonos más sobrecogedores. ¿Sería eso lo que parecía escuchar Ward el día que se lo llevaron? Era lo más espantoso que Willett había oído jamás, y continuó sonando en algún lugar indeterminado mientras el médico llegaba al pie de las escaleras e iluminaba con la linterna las altas paredes de un pasillo rematadas con unas bóvedas ciclópeas y atravesadas por innumerables pasadizos abovedados y oscuros. La sala en la que se hallaba debía de tener tres o cuatro metros de altura. Estaba empavesada con losas talladas y las paredes y el techo eran de mampostería cubierta de yeso. No pudo calcular su longitud pues se alejaba indefinidamente en la oscuridad. Algunos de los pasadizos tenían puertas de estilo colonial con seis entrepaños y otros no.

Sobreponiéndose al espanto que le inspiraban el hedor y los aullidos, Willett empezó a inspeccionar los pasadizos uno por uno, y descubrió que al final de todos ellos había habitaciones con el techo abovedado, de tamaño mediano y al parecer dedicadas a extraños usos. La mayoría tenían chimeneas cuyo tubo constituía un interesante ejemplo de ingeniería. Nunca había visto ni volvería a ver un instrumental, suponiendo que fuera eso, como el que asomaba por todas partes entre la capa de polvo y telarañas de un siglo y medio, y que en muchos casos estaba roto como si lo hubiesen hecho pedazos los antiguos asaltantes. Muchas de las habitaciones no parecían haber sido holladas desde hacía mucho tiempo, y debían de corresponder a las fases más antiguas y obsoletas de los experimentos de Joseph Curwen. Por fin llegó a una habitación evidentemente moderna, o que al menos había sido ocupada hacía poco. Había estufas de petróleo, estanterías y mesas, sillas, armaritos y un escritorio donde se apilaban papeles antiguos y contemporáneos. En varios sitios había candelabros y lamparillas de aceite, y Willett, tras encontrar una caja de cerillas, procedió a encender todas las que estaban en uso.

Bajo aquel resplandor comprobó que aquella estancia era nada menos que el estudio o biblioteca de Charles Ward. El médico había visto antes muchos de aquellos libros, y buena parte de los muebles procedían directamente de la mansión de Prospect Street. Aquí y allá los fue reconociendo, y la sensación de familiaridad llegó a ser tan grande que casi olvidó los ruidos y los gemidos que allí eran más claros que al pie de las escaleras. Su primera obligación, tal como había planeado de antemano, era buscar y llevarse consigo cualquier papel que le pareciera de vital importancia, sobre todo los ominosos documentos que Charles había encontrado hacía tanto tiempo detrás del cuadro en Olney Court. Nada más ponerse a buscar reparó en lo difícil que iba a ser su tarea, pues todos los archivos estaban repletos de papeles con extrañas caligrafías y curiosos dibujos, tanto que harían falta meses o incluso años para ordenarlos y descifrarlos. Entre otras cosas, encontró varios paquetes de cartas con matasellos de Praga

y Rakus, con la letra claramente reconocible de Orne y Hutchinson, y los añadió al montón que pensaba llevarse en la maleta.

Por fin, en un armarito de caoba cerrado con llave que una vez había adornado el hogar de los Ward, Willett encontró los antiguos papeles de Curwen; los reconoció por el vistazo que Charles le había permitido dar hacía tantos años. Estaba claro que el joven los había conservado tal cual estaban en el momento en que los había encontrado, pues no faltaba ninguno de los títulos que recordaban los operarios, excepto los documentos dirigidos a Orne y a Hutchinson y la cifra con su clave. Willett colocó todo en la maleta y continuó registrando los archivos. Puesto que lo más importante era la salud del joven Ward, buscó con más cuidado entre los documentos más recientes y enseguida reparó en una peculiaridad desconcertante: entre los numerosos manuscritos contemporáneos apenas había unos cuantos con la letra normal de Charles y llegaban a lo sumo a dos meses antes. En cambio, había literalmente resmas de símbolos y fórmulas, notas históricas y comentarios filosóficos, con una letra apretada absolutamente idéntica a la de los antiguos documentos de Joseph Curwen, aunque sin duda fechados mucho después. Era evidente que una parte de sus últimas actividades había consistido en la diligente imitación de la letra del viejo hechicero, que Charles parecía haber llevado a un maravilloso grado de perfección. No había ni rastro de ninguna otra caligrafía que pudiera atribuirse al doctor Allen. Si de verdad había llegado a ser el jefe, debía de haber obligado al joven Ward a convertirse en su amanuense.

Entre aquel material reciente una fórmula mística, o más bien un par de fórmulas, se repetían tan a menudo que Willett llegó a memorizarlas antes de dar por concluida su búsqueda. Consistían en dos columnas paralelas, la izquierda encabezada por un símbolo arcaico conocido como la Cabeza del Dragón, utilizado en los almanaques para indicar el nodo ascendente, y la derecha encabezada por el símbolo correspondiente a la Cola del Dragón o nodo descendente. Tal era la apariencia del conjunto, y el médico reparó casi inconscientemente en que la segunda mitad no era sino la primera escrita silábicamente al revés, con la excepción de los monosílabos finales y el extraño nombre Yog-Sothoth, que había llegado a reconocer escrito de varias formas en otros documentos relacionados con aquel horrible asunto. Las fórmulas eran como sigue —exactamente así, como ha tenido ocasión de testificar Willett varias veces— y la primera reavivó un desagradable recuerdo latente en su cerebro en el que no cayó hasta más tarde, cuando repasó los acontecimientos de aquel espantoso Viernes Santo del año anterior.

Tan obsesivas eran aquellas fórmulas y tan a menudo topó con ellas, que sin darse cuenta el médico acabó repitiéndolas para sus adentros. No obstante, por fin tuvo la sensación de haber reunido todos los papeles que podía asimilar por el momento, así que decidió no examinar ninguno más hasta que pudiera llevar allí a los otros médicos y realizar una incursión más amplia y sistemática. Aún tenía que encontrar el laboratorio oculto, así que dejó la maleta en la habitación iluminada y volvió a salir al negro y ruidoso pasillo en cuyo techo abovedado resonaba sin cesar aquel gemido sordo y espantoso.

Las siguientes habitaciones en las que entró o bien habían sido abandonadas o estaban llenas de ataúdes de plomo y cajas rotas de ominoso aspecto, pero aun así le impresionaron por la magnitud de las operaciones originales de Joseph Curwen. Pensó en los esclavos y los marineros desaparecidos, en las tumbas que había profanado en todo el mundo y en lo que por fuerza habría debido ver la partida de asaltantes; luego decidió que era mejor no pensar más. Vio una gran escalera de piedra que había a su derecha y dedujo que debía desubir a alguna de las dependencias de Curwen —tal vez al famoso edificio de piedra de ventanas altas y estrechas—, suponiendo que la que había utilizado para bajar

procediera de la granja de tejados inclinados. De pronto las paredes parecieron alejarse y el hedor y los gemidos se volvieron más fuertes. Willett vio que había llegado a un lugar muy espacioso, tanto que la linterna no bastaba para iluminarlo todo, y a medida que avanzaba topó con varios pilares recios que sostenían los arcos del techo.

Al poco rato llegó a un círculo de pilares agrupados como los monolitos de Stonehenge, en cuyo centro había un enorme altar tallado con tres escalones en la base; las inscripciones del altar llamaron tanto su atención que se acercó para examinarlas a la luz de la linterna. Pero cuando vio lo que eran se apartó estremecido y no se detuvo a investigar las manchas oscuras que teñían la parte de arriba y que habían caído por los bordes formando finas líneas. En vez de eso avanzó hasta llegar a la pared y vio que describía un círculo gigantesco y estaba perforada por oscuros pasadizos y mellada por miles de celdas sombrías con rejas de hierro y cadenas para las manos y los pies en la mampostería del fondo. Las celdas estaban vacías, pero el horrible hedor y los deprimentes gemidos continuaban oyéndose, más insistentes que nunca y alternados con una especie de golpes resbaladizos.

3

Willett no pudo seguir pasando por alto el espantoso olor ni los misteriosos sonidos. Ambos eran más evidentes y horribles en la gran sala de los pilares que en ninguna otra parte, aunque daban la impresión de proceder de muy lejos, incluso en ese oscuro mundo de misterios subterráneos. Antes de explorar los negros pasadizos en busca de otras escaleras que llevasen más abajo, el médico recorrió con la linterna las losas del suelo. Muchas estaban sueltas y a intervalos irregulares había algunas perforadas con agujeros que no parecían seguir una pauta concreta, mientras que a un lado encontró una escala muy larga tirada en el suelo. Por raro que pareciese, daba la impresión de estar particularmente impregnada de aquel espantoso olor que lo inundaba todo. Mientras recorría despacio aquel lugar, reparó de pronto en que el ruido y el olor eran más intensos sobre las losas perforadas, como si se tratase de toscas trampillas que condujeran a una región de horrores más profundos. Se arrodilló junto a una de las losas, tiró de ella con ambas manos y descubrió que con mucha dificultad era posible desplazarla. Al tocarla, los gemidos de abajo se volvieron más fuertes y un enorme nerviosismo lo dominó al levantar la pesada piedra. Un hedor inconcebible se alzó desde abajo, y la cabeza le dio vueltas mientras apartaba mareado la losa e iluminaba con la linterna el metro cuadrado de negrura que se abría ante él.

Si había esperado encontrar una escalera que condujera a otro abismo de espantosas abominaciones, Willett se llevó una decepción, pues entre la fetidez y los gemidos sólo acertó a discernir el pretil de ladrillo de un pozo cilíndrico de un metro y medio de diámetro, sin escalera ni ningún otro medio para descender hasta él. Cuando lo iluminó con la linterna, los gemidos se transformaron en una serie de gritos horribles, unidos al sonido de aquellos golpes ciegos, fútiles y resbaladizos. El explorador tembló y no quiso imaginar siquiera qué nocivo ser podía estar acechando en aquel abismo, pero hizo acopio de valor para asomarse al tosco pretil; se tumbó cuan largo era y sostuvo la linterna con el brazo extendido para ver lo que había abajo. Por un segundo sólo distinguió las paredes de ladrillo cubiertas de moho fangoso, que se hundían ilimitadamente en aquel miasma casi tangible de tenebrosa pestilencia y desesperado frenesí, y luego vio algo oscuro que saltaba torpemente arriba y abajo desde el fondo del estrecho pozo, a unos seis o siete metros del suelo de piedra donde él estaba. La linterna le tembló en la mano, pero volvió a mirar para ver qué criatura viviente podía estar emparedada en la oscuridad de aquel pozo antinatural, abandonada sin comida por el joven Ward todo el largo mes transcurrido desde que los médicos se lo llevaron, y que sin duda era sólo uno de los muchos prisioneros encerrados en los

pozos que tapaban las losas perforadas del suelo de la enorme caverna abovedada. Fueran lo que fuesen aquellas cosas, no podían tumbarse en un espacio tan angosto, por lo que debían de haber pasado aquellas horribles semanas acurrucadas, gimiendo y dando saltos cada vez más débiles desde que su amo las abandonara.

Sin embargo Marinus Bicknell Willett lamentó haberse vuelto a asomar, pues pese a ser cirujano y un veterano de la sala de disección, no ha vuelto a ser el mismo desde entonces. Es difícil explicar cómo la mera visión de un objeto tangible de dimensiones mensurables pudo conmover y cambiar así a un hombre, y sólo podemos decir que ciertas figuras y seres poseen un poder simbólico y de sugestión que producen un efecto terrible en el punto de vista de un pensador sensible y le susurran aterradoras insinuaciones acerca de las oscuras relaciones cósmicas y las realidades innombrables que subyacen tras las ilusiones protectoras de lo que vemos normalmente. En esa segunda ocasión, Willett vio una de esas figuras o seres, pues por unos instantes enloqueció igual que cualquiera de los pacientes del hospital privado del doctor Waite. La linterna cayó de una mano privada de fuerza y coordinación nerviosa y no prestó atención al chasquido de dientes trituradores que dieron a entender cuál había sido su destino en el fondo del pozo. Chilló, chilló y chilló con una voz cuyo aterrorizado falsete no habría podido identificar ninguno de sus conocidos, y aunque no consiguió ponerse en pie, se arrastró y rodó desesperado sobre el húmedo empavesado donde docenas de pozos tartáreos emitían gritos y gemidos exhaustos en respuesta a sus propios gritos enloquecidos. Se arañó las manos contra las toscas losas, se golpeó varias veces la cabeza contra los pilares, pero continuó alejándose. Por fin, fue recobrando lentamente el juicio en medio del hedor y la oscuridad, y se tapó los oídos para no oír el murmullo de los gemidos en que fueron convirtiéndose poco a poco aquellos gritos. Estaba empapado de sudor y no tenía con qué iluminarse; se hallaba abatido y enervado en aquella negrura abismal y pavorosa, y lo abrumaba un recuerdo que ya nunca podría borrar. Bajo sus pies, docenas de aquellas cosas seguían con vida, y él mismo había quitado la tapa de uno de los pozos. Sabía que lo que había visto no podía trepar por las paredes resbaladizas, pero se estremeció al pensar que llegase a encontrar algún asidero.

Nunca ha dicho qué era aquella cosa. Se parecía a algunos de los relieves del diabólico altar, pero estaba viva. La naturaleza no le había dado aquella forma, pues era evidente que estaba inacabada. Sus deficiencias no podían ser más sorprendentes, y las anomalías de las proporciones desafiaban cualquier descripción posible. Willett sólo acierta a decir que una cosa semejante debía de ser un ejemplo de las entidades que Ward convocaba a partir de sales imperfectas, y que conservaba con propósitos serviles o rituales. Si no hubiese tenido algún significado, su imagen no habría estado tallada en aquel altar maldito. No era el peor de los seres reproducidos en el altar..., pero Willett no llegó a abrir el resto de los pozos. En ese momento, la primera idea coherente que acudió a su memoria fue una frase de uno de los documentos de Joseph Curwen que había leído hacía mucho, una frase utilizada por Simon o Jedediah Orne en aquella ominosa carta confiscada al desaparecido hechicero: «Sin duda H. sólo convocó un puro espanto y apenas consiguió una parte».

Luego, añadiéndose horriblemente a aquella imagen más que desplazándola, llegó el recuerdo de los antiguos rumores sobre el ser quemado y retorcido hallado en los campos una semana después de producirse el asalto contra la granja de Curwen. Charles Ward le había contado una vez al médico lo que había dicho el viejo Slocum: que no era del todo humano ni se parecía a ningún animal que la gente de Pawtuxet hubiese visto o del que hubiera tenido noticia jamás.

Aquellas palabras zumbaban en la imaginación del médico mientras se mecía adelante y atrás sobre el nitroso suelo de piedra. Intentó apartarlas de su cabeza y rezó el Padrenuestro para sus adentros,

aunque acabó convirtiéndose en un batiburrillo mnemotécnico como los versos modernistas de La tierra baldía de T. S. Eliot y por fin terminó repitiendo la doble fórmula que había encontrado en la biblioteca subterránea de Ward: «Y'ai 'ng'ngah, Yog-Sothoth», y así hasta el «Zhro» subrayado del final. Eso pareció tranquilizarle, y al cabo de un rato se las arregló para ponerse en pie tambaleándose; lamentó amargamente que el pánico le hubiese hecho perder la linterna y miró desesperado en busca de cualquier rayo de luz en la pegajosa oscuridad del aire frío. Pensó que no lo encontraría, pero aun así forzó la vista en todas las direcciones tratando de localizar un leve resplandor o reflejo de la biblioteca iluminada. Pasado un tiempo le pareció ver un indicio de claridad muy a lo lejos y gateó hacia allí con angustiosa cautela entre el hedor y los aullidos, tanteando siempre por delante pues temía chocar con los numerosos pilares o caer en el abominable pozo que había destapado.

En un momento determinado, sus dedos tocaron algo que supo que debían ser los escalones que conducían a aquel altar infernal, y se apartó asqueado. En otra ocasión, encontró la losa perforada que había apartado y su cautela se volvió casi dolorosa. Pero no topó con la temida abertura, ni nada salió de ella para cortarle el paso. Lo que había visto allí abajo no se movió ni hizo el menor ruido. Evidentemente, no le había sentado bien triturar la linterna caída. Cada vez que los dedos de Willett tocaban una losa perforada se echaba a temblar. A veces su paso aumentaba los gemidos de abajo, pero por lo general no tenía efecto alguno pues se movía casi sin hacer ruido. En varias ocasiones el resplandor disminuyó a medida que avanzaba, y comprendió que las velas y lámparas que había dejado encendidas debían de estar apagándose una a una. La idea de perderse en aquella completa oscuridad sin cerillas en mitad de un laberíntico mundo subterráneo de pesadilla le impulsó a levantarse y echar a correr, lo que volvía a ser seguro ahora que había pasado el pozo abierto; pues sabía que una vez se apagaran las luces su única esperanza de ser rescatado sería la ayuda que pudiera enviar el señor Ward al ver que no regresaba. Cuando, poco después alcanzó el angosto pasillo vio que el resplandor procedía de una puerta que había a su derecha. Momentos más tarde llegó allí y volvió a hallarse en la biblioteca secreta del joven Ward, temblando de alivio y observando el chisporroteo de la última lámpara que lo había guiado hasta un lugar seguro.

4

Al instante Willett relleno apresuradamente las lámparas con una lata de petróleo que había visto antes, y cuando la habitación volvió a estar iluminada la registró en busca de una linterna para proseguir su exploración. Pues, a pesar de estar sobrecogido por el horror, su lúgubre determinación seguía intacta y estaba firmemente decidido a no dejar piedra sin remover con tal de averiguar los horrendos hechos que habían causado la extraña locura de Charles Ward. No encontró ninguna linterna, así que escogió la lámpara más pequeña, se llenó los bolsillos de velas y cerillas y llevó consigo una lata de petróleo, con intención de utilizarla como reserva en cualquier laboratorio oculto que pudiese encontrar al otro lado de la sala terrible del impuro altar y los aterradores pozos. Para volver a cruzar dicho lugar tendría que hacer acopio de valor, pero sabía que debía hacerlo. Por fortuna, ni el espantoso altar ni el pozo vacío estaban cerca del muro perforado de celdas que limitaba el área de la caverna, y cuyos pasadizos negros y misteriosos constituían el siguiente objetivo de una búsqueda sistemática.

De modo que Willett regresó a la gran sala del hedor y los angustiosos aullidos y movió la lámpara para no vislumbrar a lo lejos el altar infernal ni el pozo destapado con la losa agujereada al lado. La mayoría de los pasadizos conducían a pequeñas estancias, algunas vacías y otras utilizadas como almacenes, y en varias de estas últimas vio extrañísimos montones de objetos diversos. Una estaba llena de paquetes de ropa apolillados y cubiertos de polvo, y el explorador se estremeció al reconocer de

forma inconfundible las vestimentas de hacía un siglo y medio. En otra encontró diversas prendas modernas, como si estuviesen reuniéndolas poco a poco para vestir a un gran contingente de hombres. Pero lo que más le repugnó fueron las enormes tinajas de cobre que fue encontrando y las siniestras incrustaciones que las cubrían. Le desagradaron aún más que los cuencos de plomo extrañamente labrados, en cuyos bordes había inmundos sedimentos de olores tan repulsivos que destacaban por encima del hedor general de la cripta. Una vez completada la mitad del circuito de la pared encontró otro pasillo como el que había utilizado para llegar hasta allí y en el que había numerosas puertas. Procedió a investigarlo, y tras entrar en tres habitaciones de tamaño mediano que no contenían nada en particular, llegó por fin a una estancia grande de forma oblonga cuyos tanques y mesas de aspecto profesional, hornos e instrumental moderno, libros e infinitos estantes cubiertos de tarros y matraces le anunciaron que se hallaba por fin en el laboratorio de Charles Ward... y sin duda en el del viejo Joseph Curwen.

Tras encender las tres lámparas que había llenado y preparado antes, el doctor Willett examinó el lugar y sus alrededores con el mayor interés; dada la cantidad de reactivos químicos, reparó en que la principal preocupación del joven Ward debía de haber tenido que ver con alguna rama de la química orgánica. En general no pudo averiguar mucho de aquel laboratorio científico, que incluía una horrible mesa de disección, por lo que en conjunto el lugar le pareció bastante decepcionante. Entre los libros había un ejemplar viejo y manoseado de las obras de Borellus en letra gótica, y curiosamente vio que Ward había subrayado el pasaje que tanto había turbado al bueno del señor Merritt en la granja de Curwen hacía más de un siglo y medio. El ejemplar más antiguo, por supuesto, debía de haberse perdido, con el resto de la biblioteca ocultista de Curwen, durante el asalto final. Del laboratorio salían tres pasillos, y el médico decidió echarles un vistazo. Comprobó que dos de ellos conducían a pequeños almacenes y al escudriñar en su interior vio que había pilas de ataúdes en diverso estado de deterioro algunas de cuyas placas logró descifrar estremecido. También había mucha ropa y varias cajas cerradas cuyo contenido no se detuvo a investigar. Lo más interesante tal vez fuesen algunos restos de lo que juzgó que sería el material de laboratorio del viejo Curwen. Los asaltantes los habían roto, pero seguía siendo posible reconocer en ellos el instrumental químico de la época georgiana.

El tercer pasillo conducía a una sala bastante espaciosa, totalmente cubierta de estanterías, con una mesa en el centro sobre la que había dos lámparas. Willett procedió a encenderlas y a inspeccionar bajo su brillante resplandor los interminables estantes que le rodeaban. Casi todos los de arriba se hallaban vacíos, pero la mayoría estaban abarrotados de extraños recipientes de plomo de dos tipos: uno alto y sin asas como un lecito griego o vaso de aceite, y el otro con un asa y las mismas proporciones que un jarro de Falerón. Todos tenían tapas metálicas y estaban cubiertos con extraños símbolos modelados en bajorrelieve. El médico reparó enseguida en que dichos recipientes estaban clasificados siguiendo un orden muy estricto: los leцитos estaban a un lado de la sala bajo un gran cartel de madera que decía CUSTODES y los jarros de Falerón al otro, igualmente indicados con un cartel que decía MATERIA. Todos los jarros o vasos, a excepción de unos cuantos en los estantes superiores que estaban vacíos, llevaban una etiqueta de cartón con un número de catálogo, y Willett decidió buscar después aquel catálogo. No obstante, de momento le interesó más la naturaleza general de aquella colección: probó a abrir algunos de los leцитos y jarros de Falerón al azar para inspeccionar su contenido. El resultado fue invariable. Ambos tipos de recipiente contenían pequeñas cantidades de la misma sustancia: un polvillo fino muy ligero y de diversos tonos más bien neutros y apagados. No parecía que estuviesen ordenados por colores, que era lo único que cambiaba, y tampoco había diferencias entre el contenido de los leцитos y los jarros de Falerón. Un polvo gris azulado podía encontrarse junto a otro blanco rosado y uno que

estuviese en un jarro podía encontrarse después en un lecito. El rasgo más peculiar de aquellos polvos era su falta de adherencia. Si Wallet se los echaba en la mano, al devolverlos al recipiente no le quedaba el menor residuo en la palma.

El significado de los dos carteles le dejó un tanto perplejo, y se preguntó por qué aquellos productos químicos estarían tan claramente separados de los tarros de cristal del laboratorio propiamente dicho. Custodes y materia eran los términos latinos para guardianes y materiales respectivamente, y de pronto recordó dónde había visto antes la palabra guardianes en relación con aquel terrible misterio. Había sido, naturalmente, en la carta que supuestamente envió el viejo Edward Hutchinson al doctor Allen, y la frase decía: «Pues no hay necesidad de conservar en forma a los guardianes devorándolo todo, y dando ocasión de ser descubierto al menor contratiempo, como bien sabéis». ¿Qué significaba aquello? Pero, un momento... ¿no había aún otra referencia a los «guardianes» que había pasado por alto al leer la carta de Hutchinson? En los días en que todavía no se mostraba tan reservado, Ward le había hablado del diario de Eleazar Smith donde se narraba la vigilancia a que él y Weeden habían sometido la granja de Curwen, y en aquella horrible crónica había una alusión a ciertas conversaciones oídas antes de que el viejo hechicero se recluyera bajo tierra. Smith y Weeden insistían en que se habían producido terribles diálogos entre Curwen, ciertos prisioneros y sus guardianes. Dichos guardianes, según Hutchinson o su avatar, lo «devoraban todo», por lo que el doctor Allen no los había mantenido con su forma. Y si no con su forma, ¿cómo conservarlos sino en forma de aquellas «sales», en las que al parecer convertían todos los cuerpos o esqueletos humanos que podía aquella banda de hechiceros?

¿Con que ése era el contenido de los lecitos: el fruto monstruoso de ritos y hazañas profanas, presumiblemente forzado o sometido para que, cuando se le convocara mediante algún diabólico encantamiento, ayudase a proteger a su blasfemo señor o a interrogar a quienes se resistieran? Willett se estremeció al pensar en lo que acababa de tener en la palma de la mano, y por un momento sintió el impulso de huir presa del pánico de aquella caverna llena de pavorosas estanterías y de silenciosos centinelas que tal vez estuvieran observándole. Luego pensó en la «materia», en los miles de jarros que había al otro lado de la sala. Eran sales también, pero si no de los «guardianes», entonces ¿de qué? ¡Dios! ¿Sería posible que allí descansaran los restos mortales de la mitad de los grandes pensadores de todas las épocas, robados por aquellos odiosos profanadores de las criptas donde el mundo los creía a salvo, y sometidos al capricho de unos locos que aspiraban a arrancarles su saber con fines aún más demenciales cuyo efecto definitivo afectaría, como había sugerido Charles en su frenética nota, «a la civilización, la ley natural y puede que incluso al destino del sistema solar y el universo»? ¡Y Marinus Bicknell Willett había dejado que ese polvo se le escurriera entre los dedos de la mano!

Luego reparó en una portezuela que había al fondo de la habitación y logró sosegarlo lo suficiente para acercarse a examinar el tosco cartel tallado encima. No era más que un símbolo, pero le llenó de un vago temor espiritual, pues un morbosos y soñador amigo suyo se lo había dibujado una vez en un papel y le había explicado alguno de sus significados en el oscuro abismo del sueño. Era el signo de Koth, que los soñadores ven sobre el dintel de cierta torre negra que se alza solitaria en el crepúsculo..., y a Willett no le gustaba lo que su amigo Randolph Carter le había contado de sus poderes. No obstante, un momento después olvidó aquel signo pues reconoció un nuevo olor acre en el aire hediondo. Era un olor químico más que animal, y evidentemente procedía de la habitación que había detrás de aquella puerta. Se trataba, sin duda, del mismo olor que impregnaba la ropa de Charles Ward el día que se lo habían llevado los médicos. ¿Con que era allí donde habían interrumpido al joven con aquella última visita? Había sido más astuto que el viejo Joseph Curwen, pues no había ofrecido resistencia. Willett, totalmente decidido a indagar cualquier misterio o pesadilla que pudiera albergar aquel reino

subterráneo, cogió la lamparita y cruzó el umbral. Le recibió una oleada de pavor indescriptible, pero no cedió ante ninguna fantasía ni permitió que se interpusiera ante él ningún capricho. Allí no había nada vivo que pudiera hacerle daño, y nada le impediría atravesar la espantosa nube que rodeaba a su paciente.

La habitación que había al otro lado era de tamaño mediano, y no tenía más muebles que una mesa, una silla y dos máquinas con cepos y engranajes que Willett reconoció al cabo de un rato como instrumentos de tortura medievales. A un lado de la puerta había una percha con látigos terribles y encima varios estantes repletos de copas de plomo vacías con forma de cálices griegos. Al otro lado se hallaba una mesa con una potente lámpara de Argand, un cuaderno, un lápiz, y dos de los lecitos tapados de los estantes de fuera, dejados ahí de forma temporal o apresurada. Willett encendió la lámpara y hojeó atentamente el cuaderno para ver qué notas estaba tomando el joven Ward cuando le interrumpieron, pero no encontró nada inteligible, salvo los siguientes fragmentos inconexos en la apretada caligrafía de Curwen, que no arrojaron ninguna luz sobre el caso:

B. no murió. Escapó por la pared y encontró un sitio abajo.

He visto al viejo V. recitar el Sabaoth y he aprendido el camino.

Convoqué tres veces a Yog-Sothoth y apareció al tercer día.

F. intentó eliminar a todos los que saben cómo convocar a los de fuera.

El intenso resplandor de la lámpara de Argand iluminaba toda la estancia y el médico vio que la pared de enfrente de la puerta, entre las dos máquinas de tortura de los rincones, estaba cubierta de ganchos de los que colgaban varias batas deformadas de un deprimente color blanco amarillento. Pero mucho más interesantes eran las dos paredes vacías, que estaban cubiertas de símbolos y fórmulas místicas toscamente cinceladas sobre la piedra lisa. El suelo húmedo también había sido cincelado, y Willett reconoció con facilidad una enorme estrella de cinco puntas en el centro con unos círculos de unos noventa centímetros de diámetro situados a mitad de la distancia entre la estrella y las cuatro esquinas de la habitación. En uno de aquellos cuatro círculos, junto a una bata amarillenta tirada en el suelo de cualquier manera, encontró un cáliz similar a los del estante que había sobre la percha de los látigos, y justo en el borde vio un jarro de Falerón, como los de las estanterías de la sala contigua, marcado con la etiqueta «118». Estaba abierto y al inspeccionarlo vio que se hallaba vacío; sin embargo, el investigador reparó con un escalofrío en que el cáliz no lo estaba. En el interior del círculo había una pequeña cantidad de polvo seco y eflorescente de color verdoso mate que no se había desperdigado por la ausencia de corrientes de aire en aquella apartada caverna y que debía de pertenecer a aquel jarro; a Willett le dio vueltas la cabeza al pensar en las implicaciones que acudieron a su mente cuando fue relacionando poco a poco los elementos y antecedentes de la escena. Los látigos e instrumentos de tortura, el polvo o sales del frasco con el cartel de MATERIA y los dos lecitos del estante con el de CUSTODES, las batas, las fórmulas de las paredes, las notas apuntadas en el cuaderno, las insinuaciones de las cartas y leyendas, y los miles de atisbos, dudas y suposiciones que habían atormentado a los amigos y parientes de Charles Ward, todo aquello sumergió al médico en una ola de horror mientras contemplaba el polvo seco y verduzco vertido en el suelo desde el cáliz de plomo.

No obstante, haciendo un esfuerzo, Willett logró serenarse y empezó a inspeccionar las fórmulas cinceladas en la pared. Por la caligrafía era evidente que se habían tallado en tiempos de Joseph Curwen, y su texto habría resultado vagamente familiar a cualquiera que hubiese leído los escritos de Curwen o que estuviese familiarizado con la historia de la magia. En una de ellas el médico reconoció

con claridad lo que la señora Ward había oído recitar a su hijo aquel horrible Viernes Santo de hacía un año, y que una autoridad le había explicado que era una terrible invocación dirigida a dioses secretos fuera de las esferas normales. No aparecía exactamente como lo había transcrito de memoria la señora Ward, ni como se lo había mostrado dicha autoridad en las páginas prohibidas de Eliphaz Lévi, pero aun así resultaba inconfundible, y palabras como Sabaoth, Metraton, Almousin y Zariatnatmik hicieron que un escalofrío recorriera al investigador que había visto y sentido aquella abominación cósmica a la vuelta de la esquina.

Eso en lo que se refiere a la pared de la izquierda, según se entraba en la habitación. La derecha estaba igualmente cubierta de inscripciones y Willett sintió un escalofrío al ver las dos fórmulas tantas veces repetidas en las notas tomadas en la biblioteca. Eran, a grandes rasgos, las mismas, encabezadas con los antiguos símbolos de la Cabeza del Dragón y la Cola del Dragón, igual que en las anotaciones de Ward. Pero la forma de escribirlas era distinta, como si el viejo Curwen hubiese tenido otro sistema de transcribir los sonidos, o como si estudios posteriores hubiesen servido para dar con otras variantes, más poderosas y perfeccionadas, de dichas invocaciones. El médico intentó conciliar la versión cincelada con la que aún seguía rondándole por la cabeza y no le resultó fácil. La que él había memorizado empezaba «Y'ai 'ng'ngah, Yog-Sothoth», mientras que este epígrafe empezaba «Aye, engengah, Yogge-Sothotha», lo que a su entender afectaba a la división en sílabas de la segunda palabra.

Aquella discrepancia le inquietó, pues el segundo texto parecía haberse grabado en su conciencia, y se sorprendió canturreando en voz alta la primera de las fórmulas para encajar su sonido con las letras que había encontrado talladas. Su voz sonó rara y amenazadora en aquel abismo de antiguas blasfemias, su tono se convirtió en un monótono sonsonete, ya fuese por el hechizo del pasado y lo desconocido o por el infernal ejemplo de aquel gemido sordo y odioso procedente de los pozos cuyas inhumanas cadencias se alzaban y acallaban rítmicamente en la distancia a través del hedor y la oscuridad.

¡Y'AI 'NG'NGAH,

YOG-SOTHOTH

H'EE: L'GEB

F'AI THRODOG

UAAAH!

Pero ¿qué era ese viento frío que se había levantado nada más empezar los cánticos? Las lámparas chisporroteaban tristemente, y la oscuridad se volvió tan densa que las letras de la pared se hicieron casi indistinguibles. También había humo, y un olor acre que apagó el hedor de los pozos lejanos; un olor como el que había olido antes, pero infinitamente más fuerte y punzante. Apartó la vista de las inscripciones para contemplar la habitación y los extraños objetos que en ella había, y vio que del cáliz del suelo, que había contenido el ominoso polvo eflorescente, estaba saliendo una nube de espeso humo negro y verdoso de una opacidad y un volumen sorprendentes. Aquel polvo — ¡Dios Santo!, procedía del estante de MATERIA— ¿qué estaba haciendo y qué lo había causado? La fórmula que había recitado —la primera de las dos: la Cabeza del Dragón, el nodo ascendente—, Dios Todopoderoso, ¿sería posible?...

Al médico le dio vueltas la cabeza y por su memoria pasaron descabellados fragmentos inconexos de lo que había visto, oído y leído acerca del espantoso caso de Joseph Curwen y Charles Dexter Ward: «Insisto en que no convoquéis nada que no podáis controlar...»; «Tened siempre disponibles las

palabras para aplacarlo y detenedlo si tenéis la menor duda de a quién habéis convocado...»; «Tres conversaciones con lo que había inhumado en él...». «¡Por el amor del cielo! —exclamó para sus adentros—. ¡¿Qué es esa silueta que aparece detrás del humo que se disipa?!».

5

Marinus Bicknell Willett no tiene esperanza de que ninguna parte de su historia sea creída más que por unos cuantos amigos comprensivos, por ello no ha intentado contarla más allá de su círculo más íntimo. Pocas personas la han oído y la mayoría se ríen y dicen que el médico empieza a hacerse mayor. Le han aconsejado que se tome unas vacaciones y que no vuelva a aceptar casos de trastorno mental. Pero el señor Ward sabe que el veterano médico se limita a decir la horrible verdad. ¿Acaso no vio él mismo la espantosa entrada en la bodega del bungalow? ¿No le envió Willett a casa enfermo y postrado a las once en punto de aquella ominosa mañana? ¿No había telefoneado al médico en vano esa tarde y al día siguiente, y no había ido en coche a mediodía al bungalow para encontrar a su amigo inconsciente, pero ileso, en una de las camas de arriba? Willett respiraba con un estertor, y abrió despacio los ojos cuando el señor Ward le dio un poco de coñac que llevaba en el coche. Luego se estremeció y gritó: «Esa barba..., esos ojos... ¿Dios, quién es usted?», unas palabras muy raras para dedicárselas a un caballero bien afeitado de ojos azules a quien conocía desde la infancia.

Bajo la luminosa luz de mediodía el bungalow estaba igual que la mañana anterior. La ropa de Willett no parecía desaseada, salvo por unas cuantas manchas, un par de rozaduras en las rodillas y un vago olor acre que al señor Ward le recordó a cómo olía su hijo el día que lo llevaron al hospital. El médico había extraviado la linterna, pero su maleta seguía allí tan vacía como cuando la llevó consigo. Antes de dar ninguna explicación y haciendo un ingente esfuerzo moral, Willett bajó tambaleándose a la bodega e intentó abrir la plataforma situada delante de las tinas de lavar. Fue inútil. Volvió adonde había dejado las herramientas, cogió un cincel y empezó a quitar las duras planchas una por una. Debajo asomó el hormigón, pero no quedaba ni rastro de ninguna apertura o perforación. Esta vez no se abrió nada que causara náuseas al perplejo padre que había seguido al médico allí abajo; debajo de las planchas sólo había hormigón liso: ni pozos malolientes, ni un mundo de horrores subterráneos, ni una biblioteca secreta, ni los papeles de Curwen, ni hediondos y ruidosos pozos de pesadilla, ni laboratorio, ni estantes, ni formulas cinceladas en las paredes, no... El doctor Willett palideció y sujetó con fuerza al hombre más joven.

«Ayer —preguntó en voz baja— ¿lo vio... y lo olió usted?». Y cuando el señor Ward, transfigurado a su vez por el espanto y el temor, encontró fuerzas para asentir, el médico soltó una mezcla de jadeo y suspiro, y asintió a su vez. «En tal caso se lo contaré todo», dijo.

Y así, por espacio de una hora, en la habitación más soleada que pudieron encontrar arriba, el médico susurró su pavorosa historia al padre sorprendido. Nada pudo contar de lo sucedido después de que apareciera aquella silueta al disiparse el humo verdoso y negro del cáliz, y Willett estaba demasiado cansado para preguntarse qué era lo que había ocurrido en realidad. Perplejos, los dos hombres movieron inútilmente la cabeza, y una vez el señor Ward se atrevió a proponer con un susurro: «¿Cree usted que cavar serviría de algo?». El médico guardó silencio, pues apenas parecía apropiado responder cuando poderes de unas esferas desconocidas habían invadido vitalmente este lado del Gran Abismo. En otra ocasión, el señor Ward preguntó: «Pero ¿dónde se habrá metido? Lo ha traído a usted aquí, y luego ha sellado la entrada de algún modo». Y Willett volvió a dejar que el silencio respondiera por él.

Pero, después de todo, no fue ése el final del asunto. Al echar mano a su pañuelo antes de

marcharse, los dedos del doctor Willett se cerraron en torno a un trozo de papel que antes no llevaba en el bolsillo y a las velas y las cerillas que había cogido en la bóveda desaparecida. Era una hoja de papel normal, arrancada evidentemente del cuaderno barato que había en aquella imponente cámara de los horrores subterránea, y escrita con un vulgar lápiz de grafito, probablemente el que había al lado del cuaderno. Estaba doblada con descuido, y aparte del leve olor acre de la misteriosa estancia no tenía ninguna huella o marca que indicara su procedencia. Sin embargo, el texto resultaba de lo más sorprendente pues no estaba escrito con la letra de una época normal, sino con los trazos laboriosos de las oscuridades medievales, apenas legibles para los legos que se inclinaron sobre él, pese a que formaban combinaciones de símbolos que parecían vagamente familiares. El breve mensaje garrapateado era el siguiente y su misterio dio un objetivo a la conmovida pareja que se dirigió al coche de Ward y dio órdenes de que los llevaran a comer a algún sitio tranquilo y luego a la Biblioteca John Hay en la colina.

Una vez en la biblioteca les fue fácil encontrar buenos manuales de paleografía y los dos hombres estuvieron dándole vueltas al mensaje hasta que encendieron las luces de la gran araña al caer la tarde. Al final encontraron lo que buscaban. La letra no era ninguna invención fantasiosa, sino la escritura normal de una época muy oscura. Correspondía a las minúsculas del siglo VIII o IX, y les trajo recuerdos de una época muy inculta, cuando por debajo de una capa fresca de cristianismo se agitaban sigilosas religiones y ritos antiguos, y la pálida luna de Gran Bretaña contemplaba extrañas ceremonias en las ruinas romanas de Caerleon y Hexham, y junto a las torres a lo largo del decrepito muro de Adriano. Las palabras estaban escritas en el latín que había preservado esa época bárbara: «Corvinus necandus est. Cadaver aq(ua) forti dissolvendum, nec aliq(ui)d retinendum. Tace ut potes». Que podría traducirse así: «Curwen debe morir. El cadáver debe disolverse en agua fuerte, sin conservar nada. Calla si puedes».

Willett y Ward se quedaron mudos y perplejos. Se habían enfrentado a lo desconocido y habían descubierto que carecían de emociones con las que responder tal como consideraban vagamente necesario. Sobre todo Willett parecía haber perdido la capacidad de asimilar nuevas impresiones aterradoras, y ambos hombres se quedaron callados e impotentes hasta que cerraron la biblioteca y tuvieron que marcharse. Luego se dirigieron apáticos a la mansión de los Ward en Prospect Street y no dijeron nada en toda la noche. El médico se acostó de madrugada, pero no volvió a su casa. Y aún seguía allí el domingo a mediodía cuando recibieron un recado telefónico de los detectives a quienes habían encargado hacer averiguaciones sobre el doctor Allen.

El señor Ward, que iba en bata de aquí para allá, respondió personalmente la llamada, y cuando supo que su informe estaba casi terminado, pidió a los hombres que se presentaran a primera hora del día siguiente. Tanto Willett como él se alegraron de que aquella fase del asunto empezara a cobrar forma, pues fuese cual fuese el origen del extraño mensaje parecía evidente que el Curwen que debía ser destruido no podía ser otro que el desconocido de la barba y las gafas. Charles había temido a aquel hombre, y había afirmado en su desquiciada nota que debían matarlo y disolverlo en ácido. Por otro lado, Allen había estado recibiendo correspondencia de los extraños hechiceros de Europa bajo el nombre de Curwen y era obvio que se consideraba un avatar del desaparecido nigromante. Y ahora habían recibido un mensaje de una fuente desconocida que decía que Curwen debía morir y ser disuelto en ácido. El vínculo era demasiado inequívoco para ser inventado. Por otro lado, ¿acaso Allen no estaba planeando asesinar al joven por consejo de aquel ser que se hacía llamar Hutchinson? Claro que el desconocido de la barba no había llegado a recibir la carta que ellos habían visto, pero de su texto se deducía que Allen ya había hecho planes para librarse del joven si se volvía demasiado «aprensivo». Sin

duda, Allen debía ser detenido, y aun en el caso de que no siguiesen sus drásticas instrucciones, debían llevarlo a algún lugar donde no pudiese hacer daño a Charles Ward.

Esa tarde, esperando contra toda esperanza, sonsacarle alguna información acerca de tan recónditos misterios a la única persona que podía dársela, el padre y el médico fueron a la bahía y visitaron al joven Charles en el hospital. Willett le contó de manera breve y solemne todo lo que había visto y comprobó que su palidez corroboraba la verdad de sus descubrimientos. El médico empleó todos los efectos dramáticos a su alcance y observó con atención los gestos de Charles cuando llegó al asunto de los pozos y los híbridos innombrables que había en su interior. Pero Ward no hizo el menor aspaviento. Willett se detuvo y alzó la voz indignado al contarle que aquellos seres se estaban muriendo de hambre. Tachó al joven de inhumano y se estremeció al recibir tan sólo una risa sardónica como respuesta. Charles abandonó sus esfuerzos por fingir que la cripta no existía, dio la impresión de tomarse aquello como una broma macabra y soltó una risa ronca al pensar en algo que le divertía. Luego susurró en un tono que a Willett le pareció doblemente horrible por su voz cascada:

—¡Malditos sean, comen pese a que no lo necesitan! ¡Eso es lo raro! ¿Decís que llevan un mes sin comer? No, señor, os estáis quedando muy corto. ¡Qué ironía para el viejo Whipple y su virtuoso asalto! ¿Quería matarlos a todos? ¡Maldito sea, estaba tan ensordecido por el ruido de fuera que no vio ni oyó lo que había en los pozos! ¡Ni siquiera llegó a tener noticia de su existencia! ¡El diablo se os lleve! ¡Esas cosas llevan aullando ahí abajo desde que mataron a Curwen hace ciento cincuenta y siete años!

El doctor Willett no pudo arrancarle al joven una palabra más. Horrorizado, pero casi convencido aun a su pesar, prosiguió su historia con la esperanza de que algún incidente pudiera sacar a su joven interlocutor de la demencial circunspección en que se había refugiado. Al contemplar el rostro del muchacho, el médico no pudo evitar sentir una especie de horror ante los cambios producidos en él en los últimos meses. Sin duda el joven había convocado horrores indecibles de los cielos. Cuando aludió a la habitación de las fórmulas y el polvo verdoso, Charles pareció reaccionar por vez primera. Una expresión de extrañeza se instaló en su semblante cuando oyó que Willett había leído lo que había encontrado en el cuaderno, y se aventuró a decir que eran unas anotaciones viejas sin el menor significado para alguien que no estuviese iniciado en la historia de la magia.

—No obstante —añadió—, si hubieseis conocido las palabras para convocar lo que había en ese cáliz, no estaríais aquí para contarlo. Era el número ciento dieciocho, y si hubierais consultado la lista en el otro cuarto os habríais estremecido. Yo no llegué a convocarlo, aunque me disponía a hacerlo el día que me invitasteis a venir aquí.

Luego Willett le habló de la fórmula que había pronunciado y del humo negro verdoso que se había alzado; al hacerlo vio verdadero temor en el rostro de Charles Ward.

—¿Lo trajisteis y aun así seguís con vida? —graznó Ward, y su voz pareció librarse de todas las trabas y sumirse en cavernosos abismos de ecos inquietantes.

Willett, con un destello de inspiración, creyó entender la situación e incluyó en su respuesta una advertencia que recordaba de una de las cartas:

—¿El ciento dieciocho, dice usted? No olvide que las lápidas están cambiadas en nueve de cada diez cementerios. No se puede estar seguro hasta convocarlo.

Y, sin previo aviso, sacó el mensaje y lo puso ante los ojos del paciente. Su reacción no pudo ser mayor, pues Charles Ward se desmayó al verlo.

Toda esa conversación, por supuesto, se llevó a cabo bajo el mayor secreto para que los demás médicos no acusaran al padre y a Willett de alentar los delirios de un loco. Sin pedir ayuda, levantaron al joven y lo acostaron en el sofá. Al despertar, el paciente murmuró varias veces unas palabras que debía hacer llegar a Orne y a Hutchinson cuanto antes, por lo que, en cuanto recobró del todo la conciencia, el médico le contó que al menos uno de aquellos extraños individuos era su enemigo mortal y había aconsejado a Allen que lo asesinara. Esa revelación no produjo ningún efecto visible, pues antes de hacerla los visitantes ya habían notado que su anfitrión parecía un hombre atormentado. Después se negó a seguir hablando y Willett y el padre se marcharon no sin antes advertir al joven de que se guardara del barbado Allen, a lo cual éste se limitó a responder que ya se había librado de dicho individuo y que no podría hacerle ningún daño aunque quisiera. Luego soltó una risa casi perversa que les produjo una penosa impresión. No les preocupó que Charles pudiese intentar comunicarse con la monstruosa pareja de Europa, pues sabían que el correo pasaba la censura de las autoridades del hospital y que no le dejarían enviar ninguna misiva desquiciada o extraña.

No obstante el asunto de Orne y Hutchinson, si de verdad eran ellos los hechiceros exiliados, tuvo un curioso desenlace. Movido por un vago presentimiento entre los horrores de la época, Willett solicitó a una agencia internacional de prensa que le enviaran noticias sobre crímenes y accidentes notables ocurridos recientemente en Praga y la parte oriental de Transilvania, y al cabo de dos meses creyó haber encontrado dos muy significativos entre los muchos que recibió y mandó traducir. Uno era el desplome de una casa en el barrio antiguo de Praga y la desaparición de un malvado llamado Josef Nadek, que había vivido en ella desde que los vecinos tenían memoria. El otro era una enorme explosión en las montañas de Transilvania al este de Rakus, y la total eliminación de los habitantes del infausto castillo Ferenczy, cuyo dueño gozaba de tan mala reputación entre los campesinos y la soldadesca que no habrían tardado en citarlo para ser interrogado en Bucarest si aquel accidente no hubiese cortado de raíz una carrera tan larga que superaba con creces la memoria de los lugareños. Willett sostiene que la mano que escribió aquel mensaje también podía blandir armas más poderosas, y que aunque prefirió encomendarle a él la misión de acabar con Curwen se creyó capaz de encontrar y eliminar a Orne y al propio Hutchinson. El médico se esfuerza constantemente en no pensar en cuál pudo ser su destino.

6

A la mañana siguiente, el doctor Willett corrió a casa de los Ward para estar presente cuando llegaran los detectives. Estaba convencido de que debían proceder a la destrucción o encarcelamiento de Allen —o Curwen, si daban por buena la supuesta reencarnación— a cualquier coste, y así se lo dijo al señor Ward mientras esperaban la llegada de los hombres. En esa ocasión se quedaron en el piso de abajo, pues todos empezaban a evitar la parte superior de la casa debido al peculiar hedor que reinaba en ella, y que los viejos criados atribuían a alguna maldición relacionada con el desaparecido retrato de Curwen.

A las nueve en punto llegaron los tres detectives y procedieron a contarles sin la menor dilación lo que habían averiguado. Por desgracia, no habían logrado localizar al facineroso Tony Gomes, ni descubierto un solo indicio sobre el paradero del doctor Allen; no obstante, se las habían arreglado para recabar muchos testimonios y descubrir hechos relacionados con el huidizo desconocido. Los habitantes de Pawtuxet coincidían en que Allen era un ser vagamente sobrenatural y en que la espesa barba rubia era teñida o postiza..., sospecha que se había confirmado con el hallazgo en su habitación del fatídico bungalow de una barba postiza y unas gafas oscuras. Su voz, tal como corroboró el señor Ward por su única conversación telefónica, tenía un tono profundo y cavernoso imposible de olvidar, y su mirada

parecía perversa incluso a través de las gafas ahumadas de concha. Un tendero había tenido ocasión de ver su letra en una ocasión en que le hizo un pedido y declaró que era muy apretada y enrevesada, lo cual confirmaban las notas de oscuro significado halladas en su cuarto e identificadas por dicho comerciante. Respecto a los rumores de vampirismo del verano anterior, la mayoría de los rumores afirmaban que el vampiro era Allen y no Ward. También habían tenido acceso a la declaración de los agentes que habían visitado el bungalow tras el desagradable incidente del robo del camión. El doctor Allen no les había parecido tan siniestro, pero habían tenido la impresión de que era la figura dominante en aquella casa sombría y extraña. El lugar estaba demasiado oscuro para que pudiesen observarlo con claridad, pero lo reconocerían si volvieran a verle. Su barba les había resultado extraña, y creían recordar que tenía una pequeña cicatriz sobre el ojo derecho por encima de las gafas. En cuanto al registro llevado a cabo en la habitación de Allen no había proporcionado nada aparte de la barba y las gafas, y varias notas escritas a lápiz con la apretada caligrafía, que Willett enseguida vio que era idéntica a la de los viejos manuscritos de Curwen y las abundantes notas tomadas por el joven Ward en las desaparecidas catacumbas del horror.

Una especie de temor cósmico, profundo, sutil e insidioso fue embargando al doctor Willett y al señor Ward a medida que les iban exponiendo aquellos datos, y casi se echaron a temblar al llegar simultáneamente a la misma vaga y descabellada conclusión. La barba postiza y las gafas..., la apretada escritura de Curwen..., el antiguo retrato y la cicatriz..., el alterado joven del hospital justo con la misma cicatriz..., aquella voz hueca y profunda del teléfono... ¿no era la que había recordado el señor Ward cuando su hijo le habló con aquel tono lastimoso al que aseguraba verse reducido? ¿Quién había visto juntos a Charles y a Allen? Sí, los policías en una ocasión, pero ¿y después? ¿No había coincidido la marcha de Allen con que Charles perdiera de pronto el miedo y se instalase a vivir en el bungalow? Curwen..., Allen..., Ward... ¿de qué forma blasfema y abominable se habían fusionado dos épocas y dos personas? El odioso parecido del cuadro con Charles... ¿acaso no lo había observado y seguido con la mirada mientras se movía por la habitación? ¿Por qué tanto Allen como Charles imitaban la caligrafía de Curwen incluso cuando estaban solos y sin vigilancia? Y las espantosas actividades de aquella gente..., la cripta perdida de los horrores que habían envejecido al médico en una sola noche, los monstruos famélicos en los pozos pestilentes, las temibles fórmulas que habían producido resultados inconcebibles, el mensaje en minúsculas medievales hallado en el bolsillo de Willett, las cartas, los documentos y todas las alusiones a tumbas, sales y hallazgos... ¿a qué apuntaba todo aquello? Al final, el señor Ward hizo lo más sensato. Sin pararse a pensar en sus motivos, dio a los detectives un objeto para que se lo mostrasen a los tenderos de Pawtuxet que habían visto al siniestro doctor Allen. Dicho objeto era una fotografía de su desdichado hijo, en la que había pintado con mucho cuidado un par de gafas de concha y la barba negra y apuntada que habían encontrado en la habitación de Allen.

Pasó dos horas esperando con el médico en la agobiante casa por la que se iban extendiendo el miedo y los miasmas mientras el panel vacío de la biblioteca miraba, miraba y miraba con sorna. Por fin regresaron los hombres. Efectivamente, la fotografía modificada guardaba un gran parecido con el doctor Allen. El señor Ward palideció y Willett se secó la frente húmeda con el pañuelo. Allen..., Ward..., Curwen..., era demasiado horrible para pensar con claridad. ¿Qué había convocado el muchacho de la nada y qué le había hecho? ¿Qué había ocurrido en realidad desde el principio hasta el fin? ¿Quién era ese Allen que intentaba matar a Charles por ser demasiado «aprensivo» y por qué había dicho su víctima que había que disolver su cuerpo en ácido? ¿Por qué el mensaje en minúsculas medievales, cuyo origen nadie se atrevía a imaginar, afirmaba que «Curwen» debía ser eliminado del mismo modo? El día en que el doctor recibió la desquiciada misiva de Charles, éste había estado

nervioso toda la mañana, luego se había producido un cambio. Se había escabullido sin que lo viesen y a su regreso había pasado con descaro por delante de los hombres contratados para protegerle. Tenía que haber ocurrido entonces, mientras estuvo fuera. Pero no... ¿acaso no había gritado de terror al entrar en su estudio..., en esa misma habitación? ¿Qué había encontrado allí? O, un momento... ¿qué le había encontrado a él? ¿Sería aquel simulacro que entró sin que le hubiesen visto salir una sombra extraña, un terror llegado para dominar a una figura temblorosa que no había ido a ninguna parte? ¿No había hablado el mayordomo de voces extrañas?

Willett lo mandó llamar y le hizo varias preguntas en voz baja. Sin duda, había sido un mal asunto. Se habían oído ruidos: un grito, un jadeo, un sonido ahogado y una especie de repiqueteo, golpe o crujido, o más bien todo a la vez. Y el señorito Charles ya no había sido el mismo cuando salió sin decir palabra. El mayordomo se estremeció y olisqueó el aire denso que llegó de las ventanas abiertas de arriba. El terror se había instalado definitivamente en la casa, y sólo los prosaicos detectives fueron incapaces de percibirlo del todo. Pero incluso a ellos les dominó la inquietud, pues en el fondo del caso había varios elementos que no les gustaban lo más mínimo. El doctor Willett estaba pensando deprisa y con mucha lucidez, y sus ideas eran terribles. De vez en cuando murmuraba al repasar en su imaginación una nueva serie de acontecimientos de pesadilla y cada vez más concluyentes.

Después el señor Ward indicó con un gesto que la reunión había concluido y todo el mundo menos el médico y él salió de la habitación. Era mediodía, pero las sombras parecieron envolver la mansión acosada por los espectros. Willett le habló muy serio a su anfitrión, y le pidió que dejara en sus manos las investigaciones futuras. Habría, predijo, ciertos elementos aborrecibles que un amigo podría soportar mejor que un familiar. Como médico de la familia debía disponer de absoluta libertad, y lo primero que le pidió fue pasar un rato a solas y sin que nadie le molestara en la biblioteca abandonada de arriba, donde los viejos paneles habían adquirido un aura de horror pestilente más intenso que cuando los propios rasgos de Joseph Curwen miraban taimados desde el retrato. El señor Ward, aturdido por las oleadas de grotescas morbideces y sugerencias inconcebiblemente enloquecedoras que le llovían por todas partes, no pudo sino acceder, y media hora más tarde el médico se encerró en la temida habitación de los paneles de Olney Court. El padre se quedó escuchando fuera, y le oyó hurgar y revolver en la biblioteca mientras iba pasando el tiempo; por fin oyó un tirón y un crujido, como si abriesen la puerta atascada de un armario. Luego se oyó un grito ahogado, una especie de jadeo y un portazo apresurado. Casi al instante tintineó la llave y Willett apareció en el rellano, demacrado y ojeroso, y pidió leña para la chimenea de la pared sur. Aseguró que la estufa no era suficiente y que el tronco eléctrico no servía de nada. Preocupado, pero sin atreverse a preguntar, el señor Ward dio las órdenes oportunas y un hombre subió varios troncos de pino, estremeciéndose al entrar en la atmósfera contaminada de la biblioteca para colocarlos en la chimenea. Willett, entretanto, había ido al laboratorio desmantelado y había bajado algunas cosas que habían quedado allí después del traslado del mes de julio. Estaban en una cesta tapada con una tela, y el señor Ward no vio de qué se trataba.

A continuación, el médico volvió a encerrarse en la biblioteca y por las nubes de humo que veían por la ventana supieron que había encendido el fuego. Más tarde, tras un gran ruido de papeles arrugados, volvieron a oír el extraño tirón y el crujido, seguidos de un golpe que desagradó a todos los que escuchaban. Acto seguido se oyeron dos gritos ahogados de Willett y una especie de susurro indefiniblemente repulsivo. Por fin el humo que el viento arrastraba desde la chimenea se volvió muy oscuro y acre, y todo el mundo deseó que el tiempo les hubiese ahorrado respirar aquella extraña humareda asfixiante y ponzoñosa. Al señor Ward le dio vueltas la cabeza, y los criados se apiñaron para observar cómo descendía desde la chimenea el horrible humo negro. Al cabo de una eternidad los

vapores parecieron disiparse y se oyeron ruidos indefinibles, como si rascaran, barrieran e hiciesen otras operaciones menores tras la puerta cerrada. Por fin, tras cerrar de un portazo algún armario, apareció Willett, triste, pálido y demacrado, y con la cesta tapada con una tela que había sacado del laboratorio de arriba. Había dejado la ventana abierta y la habitación maldita se estaba inundando de aire puro y vivificante que se mezclaba con un nuevo y extraño olor a desinfectante. La repisa de la chimenea seguía en su sitio, pero parecía haber perdido su malignidad y se alzaba tan tranquila y elegante como si de sus blancos paneles nunca hubiese colgado el retrato de Joseph Curwen. Se estaba haciendo de noche, pero esta vez no había en las sombras ningún pavor latente, sino sólo una amable melancolía. El médico no habló jamás de lo que había hecho. Al señor Ward le dijo: «No puedo responder a sus preguntas, pero sepa que hay varios tipos de magia. He llevado a cabo una gran purificación y ahora los habitantes de esta casa podrán dormir mejor».

7

Que la «purificación» realizada por el doctor Willett había sido a su modo una prueba casi tan angustiada como sus horribles andanzas por la cripta desaparecida lo demuestra el hecho de que el anciano médico se encontrara totalmente exhausto cuando llegó a su casa esa noche. Descansó tres días seguidos sin salir de su habitación, aunque los criados murmuraron más tarde que lo habían oído la medianoche del miércoles, cuando la puerta de la calle se abrió y se cerró con mucha suavidad. Por suerte la imaginación de los criados era limitada, de lo contrario habría suscitado sospechas este artículo publicado en el Evening Bulletin del jueves:

LOS PROFANADORES DE NORTH END VUELVEN A ACTUAR

Diez meses después del vil acto de vandalismo cometido en la sepultura de Weeden en el cementerio norte, Robert Hart, el vigilante nocturno, vislumbró esta madrugada a un merodeador en dicho cementerio. Al asomarse por la ventana de su cobertizo hacia las dos de la madrugada. Hart vio el resplandor de un farol o linterna eléctrica hacia el noroeste, y al abrir la puerta distinguió la silueta de un hombre con una pala claramente recortada contra una luz eléctrica cercana. Al instante corrió en su persecución, pero la figura huyó apresuradamente hacia la puerta principal, llegó a la calle y se perdió entre las sombras antes de que pudiera alcanzarla o capturarla.

Como ocurrió con los profanadores del año pasado, el intruso no tuvo tiempo de causar ningún daño antes de ser descubierto. En una parte vacía del terreno de los Ward había indicios de una excavación superficial, pero no tenía ni mucho menos el tamaño de una tumba, y todas las sepulturas estaban intactas.

Hart, que sólo ha podido describir al merodeador como un hombre bajo y probablemente con barba, se inclina a creer que los tres episodios están relacionados, pero la policía del Segundo Distrito no opina lo mismo por la naturaleza violenta del segundo incidente, en el que robaron un ataúd antiguo y destrozaron una lápida.

El primer incidente, ocurrido en marzo del año pasado, se considera un intento frustrado de enterrar algo y se atribuye a contrabandistas en busca de un escondrijo. Según el sargento Riley, es posible que este tercer asunto sea de naturaleza similar. Los agentes del Segundo Distrito han incrementado sus esfuerzos por detener a la banda de maleantes responsable de estos atropellos.

El doctor Willett pasó todo el día del jueves descansando como si necesitase recuperarse de lo sucedido o quisiera hacer acopio de fuerzas para lo que le esperaba. Por la noche escribió una nota al

señor Ward, a quien se la entregaron a la mañana siguiente, y que dio mucho que pensar al aturrido progenitor. El señor Ward aún no había podido ir a trabajar tras la impresión sufrida el lunes con los frustrantes informes y la siniestra purificación, pero la carta del médico pareció tranquilizarle a pesar de la desesperanza que parecía augurar y los nuevos misterios que daba la impresión de evocar.

10 Barnes Street

Providence R. I.

12 de abril de 1928

Querido Theodore:

Me siento obligado a escribirle unas palabras antes de poner en práctica lo que me propongo hacer mañana. Pondrá fin a este terrible asunto por el que hemos pasado (pues tengo la sensación de que ninguna pala podrá llegar jamás al monstruoso lugar que ambos sabemos), pero temo que su espíritu no halle descanso si no le aseguro de manera expresa que será un final definitivo.

Me conoce desde que era usted niño, y sé que confiará en mí si le digo que es mejor no explorar ni investigar ciertas cosas. Es mejor que no especule usted más sobre el caso de Charles, e imperativo que no le cuente a su madre más de lo que ya sospecha. Cuando yo pase a verle mañana, Charles habrá escapado. Es lo único que todos debemos recordar. Estaba loco y escapó. Puede decirle a su madre lo de la locura poco a poco, cuando deje de enviarle notas mecanografiadas en su nombre. Le recomiendo que vaya con ella a Atlantic City y descanse usted también. Dios sabe que lo necesita después de estas vivencias tan horribles. Yo también iré al sur una temporada para calmar mis nervios y recuperarme.

No me pregunte nada cuando vaya a verle. Podría ser que algo fuese mal, pero en tal caso yo se lo diré. No lo creo. No habrá nada de qué preocuparse, porque Charles estará muy, muy a salvo. Lo está ya más de lo que imagina. No tema usted a Allen, ni se preocupe por quién o qué pueda ser. Forma parte del pasado igual que el retrato de Joseph Curwen, y mañana, cuando me oiga llamar a la puerta, podrá usted estar seguro de que dicha persona ya no existe. Y el ser que escribió ese mensaje en minúsculas medievales no volverá a perturbarle a usted ni a los suyos.

Pero debe armarse de valor para hacer frente a la tristeza y preparar a su mujer para lo mismo. Debo decirle con franqueza que la huida de Charles no significa que vayan a recuperarlo. Ha contraído una enfermedad muy peculiar, como habrá notado por sus sutiles cambios físicos y también mentales y más vale que renuncien a sus esperanzas de volver a verlo. Quédense con el consuelo de que no fue un malvado, ni siquiera un loco, sino sólo un muchacho curioso y aplicado a quien perdió su amor por el misterio y el pasado. Tropezó con cosas que ningún mortal debería conocer, y retrocedió a épocas a las que nadie debería llegar, hasta que algo surgido de esas épocas lo engulló.

Llego ahora a la cuestión en la que debo pedirle una mayor confianza, pues no debe quedar la menor incertidumbre sobre el destino de Charles. Dentro de, digamos, un año, podrá usted inventar la explicación de su final que le parezca más apropiada, pues el muchacho ya no se hallará entre nosotros, y colocar una lápida en su parte del Cementerio Norte, exactamente a tres metros de la de su padre y orientada del mismo modo, que indique el lugar exacto donde reposa su hijo. Puede descartar cualquier temor de que en él descansa alguna anormalidad o sustituto. Las cenizas de dicha tumba serán las de su propia sangre..., las del verdadero Charles Dexter Ward, cuya educación supervisó usted desde su infancia, el verdadero Charles con la mancha de nacimiento olivácea en la cadera y sin la marca negra de brujería en el pecho ni la cicatriz de la frente. El Charles que nunca hizo daño a nadie y que habrá

pagado con su vida haber sido demasiado «aprensivo».

Es todo. Charles habrá escapado y dentro de un año podrá usted colocar su lápida. No me pregunte mañana. Y créame que el honor de su antigua familia sigue sin mancillar hoy, como lo ha estado siempre en el pasado.

Con mi más sincera condolencia y mis ánimos para que tengan fuerza, serenidad y resignación, se despide de usted su amigo y servidor,

MARINUS B. WILLETT

Así, la mañana del viernes 13 de abril de 1928, Marinus Bickell Willett llamó a la puerta de la habitación de Charles Dexter Ward en el hospital privado del doctor Waite, en la isla de Conanicut. El joven, pese a que no intentó rehuir el visitante, estaba malhumorado y poco inclinado a iniciar la conversación que Willett obviamente quería tener con él. El descubrimiento de la cripta por parte del médico y sus monstruosas vivencias en ella suponían, claro, un nuevo motivo de vergüenza, y ambos dudaron perceptiblemente tras intercambiar unas cuantas formalidades tensas. Luego Ward se mostró aún más cohibido pues en el rostro impertérrito del médico le pareció detectar una terrible determinación que nunca había visto en él. El paciente se apartó, consciente de que desde su última visita se había producido un cambio que había convertido al solícito médico de la familia en un vengador cruel e implacable.

De hecho, Ward palideció y fue el médico quien empezó a hablar.

—Se han descubierto más cosas —dijo—, y debo advertirle de que ha llegado el momento de ajustar cuentas.

—¿Habéis vuelto a excavar y encontrado más mascotas hambrientas? —respondió con ironía. Era evidente que el joven estaba dispuesto a ser jactancioso hasta el último momento.

—No —replicó con calma Willett—, en esta ocasión no ha sido necesario excavar. Enviamos a unos detectives a buscar al doctor Allen, y encontraron la barba postiza y las gafas en el bungalow.

—Estupendo —comentó el inquieto anfitrión en un esfuerzo por ser ingenioso e hiriente—, ¡espero que os favorezcan más que las que lleváis puestas!

—Desde luego, a usted le favorecerían —fue su flemática y estudiada respuesta—, y de hecho le favorecían.

Cuando Willett dijo eso, fue casi como si una nube cruzara por delante del sol, aunque las sombras del suelo no cambiaron lo más mínimo. Luego Ward se aventuró a decir:

—¿Y por eso os acaloráis y decís que ha llegado el momento de saldar cuentas? ¿Y si creyera útil tener dos personalidades de vez en cuando?

—No —repuso Willett con gravedad—, vuelve usted a equivocarse. No es asunto mío si alguien opta o no por la dualidad; siempre que tenga derecho a existir y que no destruya a lo que le hizo venir del espacio.

Ward estalló violentamente:

—Bueno, señor, ¿qué habéis descubierto y qué queréis de mí?

El médico dejó pasar unos minutos antes de responder, como si eligiera sus palabras en busca de una

respuesta más contundente.

—He descubierto —entonó por fin— algo en un armario oculto detrás de la repisa de la chimenea donde antes hubo un cuadro, lo he quemado y he enterrado las cenizas donde debería estar la tumba de Charles Dexter Ward.

El loco se atragantó y se levantó de su asiento como un resorte.

—¡Maldito seáis! ¿Quién os lo ha dicho... y quién va a creer que era él después de dos meses de estar yo aquí? ¿Qué vais a hacer?

Willett, aunque era un hombre menudo, tranquilizó al paciente con un gesto majestuoso.

—No se lo he contado a nadie. Éste no es un caso corriente... es una locura fuera del tiempo y un error que está más allá de las esferas que policías, abogados, jueces, médicos podrían comprender o juzgar. Gracias a Dios, el azar ha dejado en mi interior una chispa de imaginación para que no me extravíe al pensar en todo esto. ¡No puede usted engañarme, Joseph Curwen, pues sé que su magia es auténtica!

»Sé cómo urdió el encantamiento que ha estado esperando todos estos años hasta hechizar a su doble y descendiente; sé cómo le arrastró usted hasta el pasado e hizo que le sacara de su odiosa tumba. Sé que él le escondió en su laboratorio para que estudiara el mundo moderno y vagase de noche como un vampiro, y que después utilizó usted la barba y las gafas para que a nadie le extrañase su sobrenatural parecido; sé lo que decidió usted cuando él se mostró reacio ante el monstruoso saqueo de las tumbas por todo el mundo y lo que planeaba hacer después, y sé cómo puso en práctica su propósito.

»Se quitó usted la barba y las gafas y engañó a los que vigilaban la casa. Pensaron que era él quien entraba y quien salía cuando en realidad lo había estrangulado y escondido. Pero no contó usted con el diferente contenido de los espíritus. Fue un loco, Curwen, al pensar que con la mera identidad visual sería suficiente. ¿Por qué no pensó en la forma de hablar, la voz y la escritura? Ya ve que al final no ha funcionado. Sabe mejor que yo quién o qué escribió el mensaje en minúsculas medievales, pero le advierto que no se escribió en vano. Hay blasfemias y abominaciones que deben ser eliminadas y creo que quien escribió esas palabras se ocupará de Orne y de Hutchinson. Uno de esos seres le escribió una vez: «no convoquéis nada que no podáis controlar». Una vez le derrotó eso mismo, y es posible que su magia perversa vuelva a derrotarle ahora. Curwen, el hombre no puede manipular la naturaleza más allá de ciertos límites, y los horrores que ha ido tejiendo se alzarán para borrarlo del mapa.

En ese momento el médico se vio interrumpido por un grito convulso del ser que tenía ante sus ojos. Acosado y sin esperanzas, inerte y sabedor de que cualquier violencia física atraería a una docena de celadores que acudirían a rescatar al médico, Joseph Curwen recurrió a su antiguo aliado y empezó una serie de movimientos cabalísticos con los dedos índices mientras su voz hueca y profunda, que ya no disimulaba ronquera alguna, entonaba las palabras iniciales de una fórmula temible:

PER ADONAI ELOIM, ADONAI JEHOVA,

ADONAI SABAOTH, METRATON...

Pero Willett fue más rápido. Cuando los perros del patio empezaron a aullar y se levantó un viento frío de la bahía, el médico empezó a entonar solemnemente lo que tenía pensado recitar desde un primer momento. Ojo por ojo, magia por magia... ¡y que el resultado demostrara hasta qué punto había aprendido la lección del abismo! Así, con voz clara, Marinus Bicknell Willett salmodió la segunda de

las dos fórmulas —la primera había convocado al autor de la nota en minúsculas medievales—, la invocación críptica cuyo encabezamiento era la Cola del Dragón, el signo del nodo descendente:

¡OGTHROD AI'F

GEB'L: EE'H

YOG-SOTHOTH

'NAGAH'NG AI'Y

ZHRO!

Nada más oír la primera palabra de boca de Willett el paciente interrumpió en seco su propia fórmula. Incapaz de hablar, el monstruo movió los brazos con violencia hasta que también se detuvo. Cuando se pronunció el terrible nombre de Yog-Sothoth, empezó a producirse el horrible cambio. No fue sólo una disolución, sino más bien una transformación o recapitulación, y Willett cerró los ojos para no desmayarse antes de pronunciar el resto del encantamiento.

Pero no se desmayó, y aquel hombre de siglos impíos y secretos prohibidos no volvió a perturbar al mundo. La locura fuera del tiempo fue derrotada y el caso de Charles Dexter Ward quedó cerrado. Al abrir los ojos antes de salir dando tumbos de aquella habitación del horror, el doctor Willett vio que no se había equivocado al recitar lo que había conservado en la memoria. Tal como había previsto, no había hecho falta ningún ácido, pues, igual que el odioso retrato de la pared un año antes, Joseph Curwen yacía ahora en el suelo convertido en una fina capa de polvo gris azulado.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es